

***UNIVERSIDAD TORCUATO DI TELLA***

Departamento de Historia

**El Instituto Católico de Ciencias. 1953-1954.**

Tesis de Licenciatura

Alumno: Javier Magdalena

Tutor: Dr. Guillermo Ranea

**Firma del tutor**

Buenos Aires, julio de 2014

## **Abstract**

El Instituto Católico de Ciencias fue creado el 9 de junio de 1953 por un grupo de científicos bajo el patrocinio de la Iglesia Católica. Su consejo directivo estuvo formado por Eduardo Braun Menéndez, Venancio Deulofeu y Emiliano MacDonagh. En un contexto de polarización entre renombrados científicos y el peronismo, por un lado, y de la Iglesia con el gobierno, por el otro, la creación de un instituto católico de ciencias no pasó desapercibida. Este trabajo analizará el recorrido histórico y las causas coyunturales que desembocaron en la creación del ICC así como su funcionamiento y su legado más próximo, indagando principalmente las razones políticas.

## **Palabras claves**

Peronismo, ciencia, Iglesia, universidad.

## Índice

|                                                    |    |
|----------------------------------------------------|----|
| Introducción.....                                  | 4  |
| Capítulo 1. Los científicos proscriptos.....       | 17 |
| Capítulo 2. El papel de la Iglesia Católica.....   | 35 |
| Capítulo 3. El Instituto Católico de Ciencias..... | 50 |
| Capítulo 4. Los primeros años posperonistas.....   | 70 |
| Conclusiones.....                                  | 84 |
| Bibliografía.....                                  | 88 |

## Introducción

El estudio del peronismo ha merecido un tratamiento especial dentro de la historiografía argentina. Desde distintos ángulos de las ciencias sociales se ha abordado sobre sus orígenes y sus presuntas agonías, sus modelos económicos y sus gestiones de poder, sus vinculaciones con los sectores populares, su relación con el nacionalismo y el sindicalismo, su propio lenguaje y sus manifestaciones culturales, entre tantos temas.

Desde la caída de Juan D. Perón, en septiembre de 1955, la mayoría de los estudios históricos, sociológicos y políticos han coincidido en señalar la influencia determinante del peronismo en la historia argentina. Ya sea elogiosa o críticamente, coinciden en que el peronismo tuvo la particularidad de resignificar las relaciones socio-políticas y de generar también un clima de controversias y de polarización que se perpetúan en Argentina hasta estos días. En otras palabras, un legado político-institucional y otro más bien sentimental que marcaron a fuego los destinos contemporáneos de esta nación. En primer lugar, el “legado sentimental” ha dificultado en muchos casos el análisis objetivo de la experiencia peronista: resulta bastante factible encontrar estudios sobre el peronismo que están atravesados por juicios de valor y por confrontaciones ideológicas y que apelan sobre todo a la sensibilidad política del lector. En este sentido, se puede apreciar que muchos especialistas –nacionales y extranjeros- se han visto tentados a “tomar partido” -a favor o en contra- lo que ha contribuido al debilitamiento de las fronteras del campo académico y ha dificultado la posibilidad de un serio abordaje del tema en cuestión<sup>1</sup>. En segundo lugar, la importancia del peronismo en la historia nacional resulta evidente tan sólo con comparar la numerosa cantidad de estudios sobre esta fuerza política con la de otros movimientos. El peronismo fue –y sigue siendo- tema de interés masivo por encima de otras experiencias nacionales del siglo pasado y esto conllevó a un sinfín de interpretaciones, análisis, debates, trabajos y enfoques respecto a este movimiento.

Resulta imposible para esta investigación reseñar tan vasta producción académica y ensayística, aun cuando este trabajo se ocupa sólo del primer peronismo (1946-1955). Sin

---

<sup>1</sup> Sidicaro, R., *Los tres peronismos*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2002, p.11.

embargo, se pretende plasmar aquí de manera ordenada una premisa casi obvia: que el peronismo se ha convertido en la actualidad en un campo de estudios en sí mismo en el cual las miradas iniciales fueron ampliadas y replanteadas por los nuevos trabajos, generando un conjunto de explicaciones y valoraciones diversas.

Si se hace un repaso sobre esta bibliografía se podrá apreciar que los estudios sobre el peronismo habían girado hasta la década del ochenta sobre los orígenes mismos de este movimiento en general y sobre las relaciones entre Perón y los trabajadores en particular. Partiendo de postulados sociológicos, *Política y sociedad en una época de transición* de Gino Germani, *Estudios sobre los orígenes del peronismo* de Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero y *Perón y la vieja Guardia Sindical* de Juan Carlos Torre han dado cuenta de estas peculiaridades del peronismo y continúan siendo referencias indispensables para el abordaje de este tema. Durante los años ochenta surgieron nuevos trabajos que fueron más allá del análisis de la base social del peronismo: la biografía *Perón* de Joseph Page, *Perón y el GOU. Los documentos de una logia secreta* y *El ejército y la política en la Argentina, 1945-1962. De Perón a Frondizi* de Robert Potash, el estudio de Eliseo Verón y Silvia Sigal sobre los fundamentos discursivos plasmados en *Perón o Muerte*, entre otros. Algunos trabajos, en cambio, siguieron profundizando sobre los cimientos del movimiento: *Sindicalismo y peronismo* de Hugo del Campo, “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo” del mismo Torre y *Resistencia e Integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946 – 1976* de Daniel James dan prueba de esta continuidad.

De fines de los ochenta a esta parte, se puede notar que la historia introdujo otros análisis, provenientes de áreas interdisciplinarias, que contribuyeron a una visión más amplia y detallada del movimiento peronista. En este sentido, se dio un relevante lugar a los aportes de la medicina, la arquitectura, la sociología, la politología, la literatura, la educación, el arte, la economía, la cultura y la semiótica indicando que el flujo historiográfico no había cesado a pesar de la inmensa cantidad de escritos sobre este tema<sup>2</sup>. Dentro de esta nueva ola de interpretaciones se ubican, entre tantos otros, trabajos como

---

<sup>2</sup> Barry, C., “Pero... ¿sos peronista? Perspectiva de análisis, abordajes y dificultades en los estudios sobre el primer período peronista”, en *Red de estudios sobre el peronismo*, p.69. Disponible en: <http://redesperonismo.com.ar/archivos/reinetal.pdf>.

*Mañana es San Perón* de Mariano Plotkin, *Perón y la Iglesia Católica* de Lila Caimari, *Políticas del sentimiento* de Claudia Soria, Paola Cortés Rocca y Edgardo Dieleke (eds.), *Viviendas para el pueblo* de Rosa Aboy, *Un mundo feliz* de Marcela Gené y *Cine y peronismo* de Clara Kriger. Estos trabajos se alejan de los debates iniciales sobre los orígenes del peronismo y sus bases de apoyo y se focalizan en la propia experiencia peronista, devolviéndola así a su entramado histórico propio.

Este trabajo busca insertarse en esta tendencia historiográfica que analiza la propia experiencia peronista a partir de un acercamiento interdisciplinario. De esta manera, se propone realizar un análisis político sobre el *Instituto Católico de Ciencias*, que busca nutrirse del campo religioso y científico para su abordaje y que pretende echar luz sobre algunos aspectos de esta etapa histórica cuya indagación se considera aún vigente.

## **Presentación**

El *Instituto Católico de Ciencias* (ICC) funcionó entre junio de 1953 y septiembre de 1954 - el detalle de las circunstancias de su creación así como de su cierre será ampliamente tratado en el cuerpo de esta tesis. Integrado por un grupo de científicos destacados y bajo el patrocinio del arzobispado de Buenos Aires, este instituto se convirtió en un centro privado de investigación y de dictado de cursos cortos (de medicina, física y química, entre otros temas) contrapuesto a los espacios de ciencia de la época, que en su gran mayoría estaban regulados y dirigidos por el Estado. Sin definirse públicamente como un espacio opositor, la mayoría de los integrantes del ICC se consideraban distantes al gobierno de Perón y esto le daba al instituto “cierto aire subversivo”<sup>3</sup>. Más aún si se tiene en cuenta que en los años del ICC la Iglesia que los apoyaba había comenzado a distanciarse del peronismo –y viceversa- a partir del progresivo aumento de la tensión y de la falta de manifestaciones de adhesión entre ambos.

Por tales motivos, este emprendimiento científico-docente constituye un objeto especialmente útil para estudiar algunas cuestiones de la historia del primer peronismo: no

---

<sup>3</sup> Cerejido, M., *La nuca de Houssay*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1990, p.61.

sólo para comprender el contexto y la propia dinámica del instituto, los intereses que estaban en juego y las tensiones provenientes del ámbito científico y del catolicismo con el gobierno nacional, sino también para apreciar la relación del peronismo con un instituto independiente y el papel de algunos integrantes de éstos durante los primeros años posperonistas.

### **Estado de la cuestión**

Sería complejo suponer la relevancia histórica del ICC si no se comprende el tratamiento que la historiografía argentina le dio a los espacios independientes de producción de conocimiento que surgieron durante el primer peronismo -y en los años inmediatos que le siguieron. Las investigaciones de fines de los años ochenta en adelante resultan especialmente útiles para descubrir la importancia de la cuestión. La justificación, como se explicó, es bastante sencilla: la principal preocupación de la historiografía hasta esos años giró en torno a explicar por qué y cómo apareció el peronismo, sin ahondar en los detalles de lo sucedido durante la experiencia peronista<sup>4</sup>. A partir de fines de los ochenta se advierte un cambio en los intereses historiográficos. La producción se concentró más sobre lo acontecido durante la misma década peronista sin olvidar la génesis de este movimiento y las implicancias sustanciales que ésta tuvo en su desarrollo. Además, la participación de otras disciplinas –anteriormente mencionadas- en la investigación histórica sobre el peronismo a partir de la década del noventa, dio lugar a preguntas, investigaciones y enfoques que colaboran directamente con este trabajo.

Por otra parte, es importante remarcar que esta investigación considera a este instituto y a los otros espacios independientes que se mencionarán como ámbitos que contribuyeron al desarrollo científico y cultural, a través de la investigación, al debate de ideas y posturas, a la construcción de miradas abarcativas de una sociedad y de un momento histórico y la formación de profesionales idóneos. Sin embargo, a pesar de una constante apelación a la “objetividad” y a la asepsia ideológica, no eran “apolíticos”, sino

---

<sup>4</sup> En este sentido, se considera muy prolijo y riguroso el trabajo sobre la bibliografía referida al peronismo de Mariano Plotkin en “Perón y el peronismo: un ensayo bibliográfico”, EIAL, vol.2, nº1, 1991.

que destilaron, a través de prácticas, objetivos y decisiones, un sentido político, más cercano o más alejado de este gobierno de turno.

Con estas aclaraciones, cabe preguntarse: ¿cuál ha sido, entonces, el tratamiento en la historiografía argentina que han merecido algunos grupos de investigación (científicos o culturales) de aquellos años? En otras palabras, resulta necesario analizar cómo la historiografía dio cuenta de algunos espacios intelectuales y científicos durante la etapa peronista y observó las relaciones que se tejieron entre éstos y el gobierno. Asimismo, este análisis pretende insertarse en una problemática historiográfica más amplia: entender las relaciones entre los espacios científico-culturales y el gobierno de Perón (1946-1955) marcadas por la pretensión del segundo en regular y dirigir a los primeros.

#### El CLES, la SADE y los católicos

A diferencia del caso concreto del ICC, la historiografía argentina centró la mirada sobre la relación entre los intelectuales y el peronismo. Para tener una referencia general sobre esta cuestión existen libros clásicos como *Realismo y Realidad en la narrativa argentina* (1961) de Juan Carlos Portantiero y *En busca de la ideología argentina* (1986) de Oscar Terán. Trabajos más recientes como *Los intelectuales y la invención del peronismo* (1998) de Federico Neiburg, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad: 1955-1966* (2006) de José Zanca e *Intelectuales y peronismo, 1945-1955* (2011) de Flavia Fiorucci, entre otros, aportaron sustancialmente al conocimiento de esta problemática. Tanto Neiburg como Fiorucci exploran el itinerario cultural de diferentes grupos intelectuales: Neiburg estudia el Colegio Libre de Estudios Superiores (CLES) y Fiorucci, la Sociedad Argentina de Escritores (SADE). Zanca, en cambio, se preocupa más por comprender la evolución del pensamiento de la intelectualidad católica a partir del post-peronismo –aunque constantemente deba volver la mirada a la época previa a 1955.

Si bien Neiburg trabaja con figuras de la argentina post-peronista resulta valiosa su interpretación sobre la invención del peronismo, que se hizo desde el CLES y con Gino Germani como exponente, como objeto de estudio desde un punto de vista sociológico.

Esta nueva disciplina debía construirse en una nueva universidad basada en el valor de la modernización y el cientificismo. Pero para ello, explica Neiburg, los intelectuales del CLES consideraban que era necesario desperonizarla<sup>5</sup>. Desde este punto, se observa retrospectivamente la relación entre los intelectuales antiperonistas, como agentes de investigación moderna, y el peronismo que opacó a estos intelectuales y detuvo el camino de la modernización académica. En este sentido, la universidad en tiempos de Perón se transformó en un espacio en el que primaba la ausencia de algún tipo de autonomía intelectual y de exclusión para los más destacados investigadores. En este punto reside el interés por el trabajo de Neiburg: permite la posibilidad de encontrar una analogía con el ICC como un espacio alternativo, pero no por eso apolítico, en donde científicos dejados a un lado por la política estatal pudieron realizar contribuciones de alto nivel académico en espacios privados.

El trabajo de Zanca describe cómo a partir de 1953 y 1954 los dirigentes y cuadros del catolicismo empezaron a alejarse de un gobierno que, cada vez más, irritaba a la opinión católica del país<sup>6</sup>. De esta forma, la intelectualidad católica argentina -donde los laicos cobraban cada vez mayor relevancia- fomentó la creación de institutos privados para afianzar las contribuciones culturales de su propio círculo y conservar cierto grado de autonomía frente a las pretensiones estatales. Coincidentemente, desde Roma se abogaba por la creación de institutos de investigación y difusión católica - sostenidas por las iglesias de cada país- frente al avance de las ideas seculares de momento. Como se detallará en esta investigación, probablemente el surgimiento del *Instituto Católico de Ciencias* respondió más al primero de los motivos, sin oponerse al segundo.

En este sentido queda claro que la intelectualidad católica optó por caminos propios e independientes a los trazados por el gobierno de Perón y esto avivó las tensiones incipientes entre las partes. Sin embargo, también se evidencia en el trabajo de Zanca que las búsquedas del laicado católico se fueron diferenciando de las de la jerarquía eclesiástica, que en cierta medida seguía respondiendo -ya sea por adhesión o conveniencia- a los

---

<sup>5</sup> Neiburg, F., *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza Editorial, 1998, p.219.

<sup>6</sup> Zanca, J., *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad: 1955-1966*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006, p.23.

lineamientos del gobierno nacional. Esto quedará evidenciado con la caída del gobierno de Perón y la participación de varios integrantes laicos del ICC en la institucionalización universitaria de la cultura católica.

Fiorucci, por su parte, trabaja la relación entre la SADE y el peronismo que estuvo “marcada desde el principio por el desentendimiento”<sup>7</sup>. Se toma el caso concreto de este grupo para explicar el desencuentro entre intelectuales y gobierno a partir de dos procesos que tuvieron importancia durante el peronismo: el avance del intervencionismo estatal en el área cultural y la politización del debate intelectual<sup>8</sup>. Para realizar estos objetivos, el peronismo buscó primero cooptar a la intelectualidad y, al no lograrlo en muchos casos, privilegió a partir de 1950 la censura y el enfrentamiento directo con instituciones de cultura opositoras:

“A partir de 1950, sobre todo luego de iniciada la segunda presidencia de Perón, las estrategias del Estado con los intelectuales comenzaron a adquirir un cariz más unilateral. Es en ese entonces cuando es posible registrar una mayor recurrencia de políticas y de acciones estatales claramente censuradoras y de confrontación, probablemente alimentadas por la indiferencia y el rechazo a las propuestas previas”<sup>9</sup>.

En este clima de control y regulación de toda actividad científica, la aparición de institutos alternativos, como el ICC, pudo ser vista al menos como sospechosa.

En definitiva, estos estudios historiográficos coinciden en que sólo había un lugar legítimo disponible en el espacio intelectual, así como también existía un único lugar legítimo para una ciencia, para una Iglesia y para una cultura. No había espacio para dos o más opciones. El campo legítimo, en consecuencia, debía ser ocupado necesariamente por el peronismo y sus adeptos. Por su parte, la oposición –los “no peronistas”- se encontraba entre la marginalidad y la lenta desaparición. Con las disputas por los espacios comenzaron los problemas y con ellos, los desencuentros. En numerosas oportunidades se tejieron relaciones tensas entre el peronismo y la intelectualidad, a partir de una política estatal que

---

<sup>7</sup> Fiorucci, F., *Intelectuales y peronismo. 1945-1955*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2011, p.12.

<sup>8</sup> Fiorucci, F., *op.cit.*, p.18.

<sup>9</sup> Fiorucci, F., *op.cit.*, p. 40.

consistió en regular la actividad científico-cultural y homogeneizar el discurso socio-político.

#### El Instituto Católico de Ciencias en la historiografía argentina:

La historiografía argentina no ha reparado profundamente en el estudio de los institutos científicos surgidos durante ese tiempo histórico, ni tampoco del ICC en particular. En este sentido, los estudios sobre la política de la ciencia han descuidado el análisis de este período por un motivo claro: las bases del actual sistema científico argentino fueron concebidas y comenzaron a edificarse a partir de 1956, por lo cual la atención se concentró en esos años. A su vez, una numerosa cantidad de estudios sobre la política científica se centran en la enumeración de instituciones y de planes dedicados a la ciencia que se crearon y desarrollaron en algún determinado período. La minoría de los trabajos explora un poco más y propone una mirada acabada y concreta sobre la política científica – lo que implica analizar al Estado, los presupuestos destinados al área, ver continuidades y rupturas en un proceso, contextualizar los avatares de la política científica dentro de una época y en relación con el mundo, entrar en relación con otras investigaciones, entre otros factores. Entre ellos, podemos destacar los análisis que hacen Diego Hurtado en *La Ciencia Argentina* y Miguel de Asúa en *Una gloria silenciosa* y algunos trabajos menores como “Perón y la Ciencia” de Claudio Iriarte y Sergio Scalise y “De la ‘movilización industrial’ a la ‘Argentina científica’” del mismo Hurtado y Analía Busala.

En otro aspecto, algunos estudios dieron cuenta del ICC como parte de un proyecto mayor de universidades privadas que se discutía en los años cincuenta y que logró concretarse luego del peronismo. Es decir, en algunos casos se utilizó al ICC de manera tangencial y secundaria para vislumbrar otro tipo de problemáticas. En otros, directamente se lo ignoró.

Lo poco que se sabía sobre este instituto y su funcionamiento fue aportado por los trabajos de Marcelino Cereijido. Este científico investigador, que participó de los cursos del

ICC, publicó en 1990 un ensayo titulado *La nuca de Houssay*<sup>10</sup>. En este trabajo, Cerejido hace memoria de su vida, de sus investigaciones compartidas con Bernardo Houssay y Eduardo Braun Menéndez (profesor y director del ICC) y de los obstáculos permanentes que tuvo la ciencia en Argentina. Sin tomar al ICC como una cuestión central en su trabajo, el autor recuerda su incursión como estudiante de este espacio científico y aporta elementos claves para el análisis político que se analizarán en este trabajo. *La nuca de Houssay* brinda información sobre la ubicación, los cursos, las figuras y el nivel académico –según el autor, muy superior al de la UBA de esos tiempos- del ICC. La originalidad de Cerejido reside en haber dado cuenta de este instituto olvidado por la historiografía a partir de su propio testimonio.

La versión de un instituto estrictamente “antiperonista” fue reinterpretada por los historiadores de la ciencia Miguel de Asúa y Analía Busala en su artículo “Instituto Católico de Ciencias (1953-1954). Más en la leyenda que en la historia”, publicado en la revista católica *Criterio* en el año 2011<sup>11</sup>. Para los autores existen testimonios que dan cuenta de que el ICC tuvo signos de apertura con relación a los adeptos del gobierno. Prueba de ello fue la convocatoria de Rodolfo Pasqualini, de conocida afinidad con el gobierno peronista, para brindar cursos sobre endocrinología. A su vez, de Asúa y Busala entienden que el Instituto actuó como un “refugio académico” para los científicos ante el avance del peronismo en su área de investigación. Es decir, no tiene lugar la visión “subversiva” del instituto que planteaba Cerejido, sino que estos autores se concentran en la concepción puramente científica de este espacio. Ahondan en una actitud del instituto ajena a lo político aunque aceptan que “es innegable que el ICC se autocomprendía y era considerado como un grupo opositor al gobierno”<sup>12</sup>. Si bien el artículo es breve y contiene una concepción idealizada sobre el funcionamiento del instituto, su análisis resulta valioso: se trata del primer trabajo que profundiza sobre el ICC.

---

<sup>10</sup> Cerejido, M., *op.cit.*, p. 61.

<sup>11</sup> de Asúa, M. y Busala, A., “El Instituto Católico de Ciencias (1953-1954). Más en la leyenda que en la historia” publicado en Revista *Criterio*, n° 2368, marzo 2011. Disponible en: <http://www.revistacriterio.com.ar/cultura/instituto-catolico-de-ciencias-1953-1954-mas-en-la-leyenda-que-en-la-historia/>.

<sup>12</sup> de Asúa, M. y Busala, A., *op.cit.*, p.2.

A pesar de los pocos antecedentes historiográficos que tiene el análisis de este instituto, y por eso se crea que está más en la leyenda que en la Historia, queda claro que el caso del ICC no escapa a la relación constante que se dio entre el peronismo con algunos grupos intelectuales. No podría esperarse menos de un instituto “católico” y “de ciencias” en un contexto de tensión entre la Iglesia y el peronismo, por un lado, y entre los intelectuales y el peronismo, por el otro.

### **Objetivos e hipótesis**

Luego de señalarse la naturaleza del objeto de estudio y de indicar someramente las limitaciones que presenta la historiografía sobre el mismo, a continuación se formularán los objetivos e hipótesis de esta investigación. De lo general a lo particular, se sostiene, en primer lugar, la necesidad de profundizar un aspecto que los estudios historiográficos no han ahondado detenidamente hasta el momento: la aparición de institutos científicos o espacios de intelectualidad que surgieron como ámbitos alternativos frente a la intervención del gobierno de Perón en la universidad y a las posteriores acusaciones y conflictos entre oficialistas y opositores.

En segundo lugar, se pretende demostrar que la aparición y el funcionamiento del *Instituto Católico de Ciencias* estuvieron dados dentro de un proceso de luchas y disputas entre este grupo de científicos y el gobierno, por un lado, y de tensiones crecientes entre la Iglesia y el peronismo, por el otro. En otras palabras, se tratará de analizar el recorrido político de las distintas partes que congeneraron en la aparición de este instituto católico de ciencias durante la etapa peronista.

Vale observar que el presente estudio se propone concretamente ordenar la aparición y el funcionamiento del *Instituto Católico de Ciencias* teniendo en cuenta el contexto y las cuestiones que implicaban la creación de tal institución en los años de 1950. En otras palabras, el objetivo de este trabajo es estudiar la aparición de este instituto y situarlo con claridad en el contexto científico y católico en tiempos del primer peronismo. Con este objetivo como guía, la pregunta de fondo podría resumirse así: ¿qué dice la aparición del ICC en este contexto y cómo pretendió realizar sus cometidos? En este

sentido, este trabajo señala que, más allá de la aparición del instituto por el deseo mismo de promover la investigación científica, en el ICC se concretizan ciertas intenciones, visiones y luchas, políticas e históricas, provenientes tanto del catolicismo como del mundo de las ciencias. Para demostrar esto, será imprescindible poner la mirada también en los años previos y posteriores a la formación del instituto para dar un paso en la explicación sobre dichos intereses políticos e históricos, que se articularon para la formación de este espacio y de los cuales nadie se había detenido anteriormente.

En suma, en tiempos de tensión entre intelectuales y el peronismo, por un lado, y de la Iglesia con el gobierno, por el otro, la creación de un ICC no resulta casual. Incluso, su aparición debió ser vista como un desafío a la política estatal del gobierno nacional que desde 1952 debía ser el “rector y organizador de toda actividad que interese al patrimonio social, tanto en el terreno cultural como en el científico”<sup>13</sup>. Planteadas algunas evidencias, la pregunta que guiará esta investigación se completa: ¿de qué manera el ICC se inscribe como espacio independiente, científico y católico cuando el peronismo ocupó todos los espacios posibles?

## **Metodología**

Para dar respuesta a los cuestionamientos planteados fue necesario un detallado relevamiento de distintos materiales. En el presente trabajo, el tratamiento de éstos será a partir del análisis cualitativo y el tipo de resolución para avanzar será narrativo. En este sentido, se trata de comprender hechos y matices mediante un análisis exhaustivo de materiales diversos.

Las fuentes han sido divididas para entender mejor el uso que se les da en esta investigación. Las revistas en general permitirán observar producciones cargadas de información sobre el contexto analizado (posiciones políticas, intereses de investigación y/o divulgación, personajes concretos, etc.). El *Boletín de la Universidad Católica Argentina* brindará información sobre las asistencias a los Cursos de Cultura Católica y poder descifrar mejor a los participantes del mismo. *Ciencia e investigación* es clave para

---

<sup>13</sup> Fiorucci, F., *op.cit.*, p. 40.

comprender los avatares de la producción científica nacional e internacional. Se trata de la revista dirigida por Eduardo Braun Menéndez en la cual se pueden seguir sus líneas de pensamiento a través de editoriales. Asimismo, esta revista contiene los anuncios mensuales de los cursos que brindaba el ICC. La revista *Criterio* aportará al estudio las concepciones y posiciones más tradicionales de la Iglesia en la Argentina pero sobre todo anunciará la creación del instituto católico. Servirá también para dar cuenta de los movimientos del Papado a los ojos de escritores argentinos. Los escritos del Papa Pío XII y Monseñor Octavio Derisi, la compilación de trabajos de Bernardo Houssay y discípulos y los discursos y producciones de Juan D. Perón serán utilizadas como fuentes éditas: se trata de testimonios claros y sustanciosos que aportarán profundidad al análisis de la problemática.

Por último, cabe decir que la bibliografía está ordenada por temas y está compuesta por trabajos que teorizan, contextualizan y problematizan las cuestiones analizadas en este trabajo.

### **Estructura de la tesis**

Como se ha adelantado, el conocimiento del *Instituto Católico de Ciencias* reúne una serie de elementos que van más allá de su propia descripción y desde los cuales se organiza este trabajo. Primero, se presentarán los avatares políticos que provocaron algunos cambios en los espacios de saber desde 1943 y el papel que jugó el grupo de científicos que, años después, participará en el ICC. Así, se buscará demostrar cómo surgió la relación entre estos científicos y la poca cordialidad con el gobierno nacional. En esta dirección apunta el primer capítulo, intentando mostrar cómo se fueron cerrando los espacios públicos de investigación para este grupo de científicos –que durante la etapa peronista se mostró ciertamente amalgamado como opositores- y en consecuencia, fueron creando y ocupando centros privados.

El segundo capítulo profundiza sobre algunos elementos claves de la Iglesia Católica que tendrán posterior repercusión al momento fundante del ICC. De esta manera,

se indagan tres elementos: a) los espacios católicos de conocimiento que funcionaron durante el peronismo previos al ICC; b) los lineamientos que llegaron desde Roma -sobre todo a partir del documento conocido como *Pax Romana*- que buscaban promover, entre otras cosas, la creación de institutos privados; y c) la creciente tensión entre la Iglesia Católica y el peronismo a partir de los años de 1950.

De tal secuencia no pueden disociarse las características propias del *Instituto Católico de Ciencias*, materia que explora el tercer capítulo. En dicho apartado se pretende dar cuenta de la fundación, la organización y las actividades que llevó adelante el ICC y reflejar los aportes que tuvo para la sociedad de su tiempo.

El cuarto capítulo está dedicado a esbozar una primera explicación integral y ordenada sobre la repercusión que tuvo esta experiencia en los primeros años posperonistas. De esta manera, no sólo se pretende ver la aparición del instituto en perspectiva, uniendo y ordenando cabos sueltos, sino dar cuenta también del momento de su cierre y del papel que tomaron algunos de los participantes del instituto luego de 1955.

Por último, las conclusiones presentan un balance final de algunos elementos recogidos a lo largo de la investigación.

## Capítulo 1 Los científicos proscritos

La relación entre Perón y el grupo de científicos que participaron del ICC estuvo marcada por un constante conflicto que se inició en tiempos del GOU –movimiento del cual emergió la figura de este futuro presidente- y perduró hasta 1955. Fue Bernardo Houssay – maestro y jefe reconocido de estos científicos- el primero en pagar cara su pública oposición a los gobiernos de este movimiento al ser cesanteado como profesor de la UBA en dos oportunidades: primero en 1943, durante la presidencia de Pedro Ramírez, y luego en 1946, con Edelmiro Farrell al mando. En solidaridad con su mentor, los discípulos más cercanos de Houssay dejaron también la universidad: Eduardo Braun Menéndez (futuro creador y director del ICC) y Virgilio Foglia (profesor de dicho instituto) abandonaron ese mismo año sus puestos y con el tiempo se fueron sumando otros científicos de tal envergadura como Juan Lewis, Luis Leloir, Oscar Orías, Venancio Deulofeu (futuro directivo del ICC) y Miguel Covián. Para este grupo, se abría un camino de investigación y producción científica alejados de la universidad estatal y los encontraría nucleados en espacios privados de investigación y enseñanza hasta el final del gobierno peronista.

### **El origen del conflicto: El golpe de 1943 y el problema de la democracia efectiva en la universidad**

El movimiento militar del 4 de junio de 1943 terminó con el gobierno de Ramón Castillo. Cuestionado por las prácticas políticas y electorales poco decorosas y por la orientación profundamente conservadora del gobierno depuesto, el golpe fue celebrado por una considerable parte de la dirigencia política argentina. Como bien explica Pablo Buchbinder en su trabajo sobre las universidades en nuestro país, el golpe contaba con hombres del radicalismo, de algunos dirigentes universitarios y, por supuesto, de los oficiales militares<sup>14</sup>. Las naturales diferencias entre los sectores que conformaban este movimiento no impidieron que rápidamente predominara una fracción de “raigambre

---

<sup>14</sup> Buchbinder, P., *Historia de las Universidades argentinas*, 1 ed., Buenos Aires, Sudamericana, 2010.

profundamente conservadora, nacionalista y católica” que se proponía llevar adelante una sustancial transformación de la sociedad y, especialmente, del sistema de enseñanza pública<sup>15</sup>. Así fue que comenzaron una serie de intervenciones en las universidades de todo el país:

“En la mayoría de las casas de estudios se decretó la suspensión de las actividades de los centros estudiantiles, la separación de algunos miembros del cuerpo docente y la expulsión de los estudiantes señalados por su militancia opositora”<sup>16</sup>.

La universidad no era un espacio menor en la disputa de poder. Por el contrario, se trataba de un ámbito que condensaba a los mejores profesionales de la época y a un vasto número de jóvenes y en el cual se dirimían cuestiones de carácter político, social y cultural además de contribuir al desarrollo del saber y a la formación de los ciudadanos. El plan de acción del nuevo gobierno pregonaba un cambio en ellas para implementar su ideario educativo basado en la tradición católica de corte tradicionalista. Esto se reflejaba, sobre todo, en la UBA:

“En la Universidad de Buenos Aires fueron designados interventores Tomás Casares, reconocido jurista de orientación tomista, y Carlos Obligado después. Este último habilitó el título de doctor en Teología para el dictado de materias como Filosofía, Moral, Psicología y Latín en la Universidad y ordenó la participación de la casa de estudios superiores en la festividad del Corpus Christi”<sup>17</sup>.

La respuesta de los grupos universitarios no tardó en llegar. Según Virgilio Foglia, testigo privilegiado de este conflicto, la situación era la siguiente:

---

<sup>15</sup> Buchbinder, P., *op.cit.*, p. 144. Además, los funcionarios del nuevo gobierno manifestaban que el país necesitaba una solución inmediata por “la inmoralidad de la administración pública, la ausencia de Dios en la educación pública, el poder excesivo del capital usurario en detrimento de los intereses nacionales, la falta de autoridad moral en el sistema judicial y, desde luego, la amenaza comunista que los miembros del GOU percibían como inmediata”. Véase Plotkin, M., *El día que se inventó el peronismo*, 1 ed., Buenos Aires, Sudamericana, 2007, pp. 24 y 25.

<sup>16</sup> Buchbinder, P., *op.cit.*, p. 146.

<sup>17</sup> *Ibidem*.

“Las Universidades argentinas se rebelaron contra el nuevo gobierno tanto a nivel de rectores, decanos, profesores o alumnos que tomaron parte a favor o en contra, llegando hasta el encuentro violento entre ambos grupos. Esto llevó al cierre de las Facultades y la parálisis total de la enseñanza”<sup>18</sup>.

La parálisis duró algunos meses. Un grupo de estudiantes se expresó a través de movilizaciones en la calle y de protestas dentro de las universidades pidiendo por la autonomía y por la exclusión de los sectores más conservadores –promovidos por el golpe de 1943- de las mismas<sup>19</sup>. Sumado a esto, existía un descontento en este grupo por la neutralidad del gobierno en la Guerra Mundial. Por su parte, personas representativas de la época plantearon su resistencia al emitir “Una declaración sobre democracia efectiva y solidaridad americana” publicada en el diario “La Prensa” y el diario “La Nación” el 16 de octubre de 1943. Entre los firmantes de esta declaración se encontraba Bernardo Houssay, quien se desempeñaba como profesor de la UBA desde 1912 y como profesor full time del Instituto de Fisiología de la Facultad de Medicina de la misma universidad desde 1919 y cuyo prestigio era ya indudable en esos tiempos. En la declaración, figuraba la visión de hombres “de actuación destacada” provenientes de diversos campos de acción - universidades, bancas, comercio, periodismo, política- de Capital Federal, Rosario, Córdoba y La Plata: Arturo Illia, Adolfo Bioy, Mariano Castex, José María Cullen, Juan Lewis, Oscar Orías, el ya mencionado Houssay, entre varios otros. Dicha proclama enunciaba una “solución” para los problemas de intervención y atropello por parte del gobierno nacional, que no sólo se apreciaban en la esfera universitaria, de la siguiente forma:

“Sintetizamos esa solución en los siguientes términos: democracia efectiva por medio de la fiel aplicación de todas las prescripciones de la Constitución Nacional y la solidaridad americana por el leal cumplimiento de los compromisos internacionales firmados por los representantes del país. La Argentina no puede ni debe vivir al margen de su Constitución y aislada o alejada de los pueblos hermanos de América y de los que en el mundo luchan por la democracia. Entendemos, también, que la libertad de reunión y de prensa - esencialísima dentro de nuestro régimen institucional - daba oportunidad para que la opinión pública ratificara en forma terminante los conceptos básicos que aquí enunciamos.

---

<sup>18</sup> Foglia, V. G. y Deulofeu, V. (editores), *Bernardo A. Houssay, Su vida y su obra, 1887-1971*, Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Buenos Aires, 1971, p.46.

<sup>19</sup> Buchbinder, P., *op.cit.*, p. 146.

Creemos indispensable propender a la realización de este anhelo nacional y esperamos que los ciudadanos que participen de nuestros propósitos nos hagan llegar su adhesión por intermedio de cualquiera de los suscriptos, coincidentes con el lema: Democracia efectiva y solidaridad americana”<sup>20</sup>.

A raíz de esta declaración algunos de los firmantes sufrieron las represalias del gobierno. Tres días después de la proclama, el 19 de octubre de 1943, Houssay fue separado de su instituto, de su cátedra y de la Presidencia de la *Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias*, entidad ésta que, en teoría, no respondía a las decisiones del gobierno nacional sino que era de carácter privado. Juan Lewis y Oscar Orías también fueron removidos de sus cargos en la universidad. Al respecto, Luis Leloir comentaba lo siguiente:

“Tal vez el gobierno quiso amedrentar a los que pensaban independientemente o tal vez intervino el odio a los intelectuales, lo cierto es que a raíz de una publicación en los diarios fueron dejados cesantes en sus puestos muchas personas bien conocidas y responsables. Una de ellas era Houssay”<sup>21</sup>.

Sumada a su desvinculación, el clima hostil hacia Houssay se evidencia en las palabras de su discípulo, Virgilio Foglia:

“Se distribuyeron panfletos en la Facultad insultándolo e inclusive apareció una revista con el mismo fin. Pero lo más grave fue la colocación de una bomba en su casa que explotó y causó daños materiales considerables sin lesionarlo por el hecho de haber cambiado de lugar segundos antes”<sup>22</sup>.

Las cesantías de Houssay y de otros profesores perduraron por más de un año. El régimen militar -sometido a presiones constantes como huelgas, movilizaciones y disturbios en las universidades- a partir de 1945 tuvo que retroceder en su proceso de intervención gubernamental para dar lugar a la normalización de las casas de estudio. Así fue como el 25 de abril de 1945 se reincorporó a sus funciones al doctor Houssay y a sus colaboradores, pero con la convicción de que la llama del conflicto entre su grupo y el gobierno ya se había encendido.

---

<sup>20</sup> Foglia, V. G. y Deulofeu, V. (editores), *op.cit.*, p. 47.

<sup>21</sup> Leloir en Foglia, V. G. y Deulofeu, V. (editores), *op.cit.*, p.166.

<sup>22</sup> Foglia, V. G. y Deulofeu, V. (editores), *op.cit.*, p.49.

## El ascenso de Perón y la proscripción del grupo

Las elecciones de febrero de 1946 posibilitaron el acceso de Juan D. Perón a la presidencia de la nación. Desde la Secretaria de Trabajo y Previsión, en tiempos del GOU, Perón había llevado a cabo su política social que le permitió disfrutar de la lealtad de los trabajadores. A ellos se les sumaron algunos sectores del conservadurismo y el nacionalismo, la Iglesia Católica y el Ejército. Su base de apoyo era amplia y quedó demostrada en las urnas. Una vez consumado el triunfo electoral, Perón promovió medidas en favor de estos sectores aliados.

No corrieron la misma suerte los grupos que no comulgaban con el peronismo: la mayoría de las organizaciones empresariales, sectores de la clase media, los profesionales e intelectuales y, por supuesto, los partidos tradicionales. A ellos se les sumaron también un grueso número de universitarios descontentos por la política llevada adelante desde 1943 y por las situaciones particulares que se habían producido dentro de la UBA y de otras universidades del interior<sup>23</sup>. En este sentido, quienes habían creído que con Perón volverían las intervenciones en la universidad sólo tuvieron que esperar un corto tiempo para poder comprobarlo.

La designación de Oscar Ivanissevich<sup>24</sup> como interventor de la UBA (desde 1946 hasta 1948), algunas medidas iniciales y sobre todo la Ley Universitaria N° 13031, promulgada en octubre de 1947 y de alcance nacional, marcaron los objetivos que el gobierno tuvo para estos centros educativos y que pueden agruparse de la siguiente manera: 1) limitar el proceso de politización de la universidad; 2) reestructurar la composición del profesorado; 3) establecer un control directo en la esfera universitaria; y 4) lograr la “peronización” del ámbito estudiantil. Dichos objetivos, en mayor o menor medida, se mantuvieron hasta 1955. Para lograr la “despolitización”, se prohibieron las actividades políticas y el abordaje de cuestiones ajenas a lo estrictamente educativo en estos círculos

---

<sup>23</sup> Buchbinder, P., *op.cit.*, p.147.

<sup>24</sup> Oscar Ivanissevich fue un médico cirujano de raigambre católica y antiliberal. Además de interventor de la UBA fue Ministro de Educación durante los primeros años del peronismo. Para una caracterización más detallada de Ivanissevich, véase Puiggrós, A. (dir.), *Peronismo: cultura, política y educación*, Buenos Aires, Galerna, 1993, p. 123-127.

tanto para profesores como para alumnos. Esta medida no sólo buscaba atemperar las discusiones políticas en el seno de las universidades –que tanta cola habían traído en los últimos tiempos- sino también dar lugar a la internalización, sin objeciones, del programa peronista. La “despolitización” quedaría reglamentada con la mencionada Ley Universitaria, más precisamente en su artículo 4<sup>25</sup>.

Los cambios en el cuerpo docente también fueron significativos. Entre cesantías de oficio, jubilaciones anticipadas, presiones directas y renunciaciones, al finalizar 1946 habían dejado su labor 1.250 docentes de las universidades del país, casi un tercio del total<sup>26</sup>. Con esta medida, el peronismo prescindía de aquellos docentes que no comulgaban con el gobierno y sentaba las bases para la renovación de los círculos universitarios. Docentes prestigiosos, como Juan Garrahan, Emilio Ravignani, Ricardo Rojas y hasta el propio Houssay, tuvieron que abandonar la UBA, por ejemplo. A lo largo de toda la época peronista, éstos y otros tantos docentes fueron reemplazados por otros –de cuestionada idoneidad y experiencia para los cargos, pero adeptos al gobierno- conocidos despectivamente como profesores *flor de ceibo*<sup>27</sup>.

Con el reordenamiento institucional y del cuerpo docente, el objetivo que tuvo el gobierno fue el de impregnar en las universidades el “espíritu peronista” a partir de un sistema de control y de medidas concretas que regulaban su funcionamiento. La mencionada ley N° 13031 contemplaba entre otras cuestiones la designación directa de rectores y profesores titulares por parte del Poder Ejecutivo, la dependencia de la

---

<sup>25</sup> Este artículo establecía que “las universidades no deberán desvirtuar en ningún caso y por ningún motivo sus funciones específicas. Los profesores y los alumnos no deben actuar directa, ni indirectamente en política, invocando su carácter de miembros de la corporación universitaria, ni formular declaraciones conjuntas que supongan militancia política o intervención en cuestiones ajenas a su función específica, siendo pasible quien incurra en transgresión de ello, de suspensión, cesantía, exoneración o expulsión según el caso. Esto no impide la actuación individual por la vía legítima de los partidos políticos, pero, en ese caso, actuarán como simples ciudadanos y no en función universitaria”. “Leyes Universitarias Argentinas: un recorrido histórico” en *Cuadernos de Investigación de a.d.u.m.*, n° 5, ISSN: 1668-9527 Disponible en: [http://www.adiunju.org.ar/Archivos/Rev\\_05\\_Leyes\\_UniversitariasADUM.pdf](http://www.adiunju.org.ar/Archivos/Rev_05_Leyes_UniversitariasADUM.pdf).

<sup>26</sup> Buchbinder, P., *op.cit.*, p. 148 y Luna, F., *Perón y su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, Edición unificada, p. 260.

<sup>27</sup> Buchbinder, P., *op.cit.* p. 151. Los profesores de la universidad peronista fueron calificados como “flor de ceibo” en alusión a la marca de ciertos productos de fabricación nacional, de bajo precio y pobre calidad que se vendían en esa época. En otras palabras, con este calificativo se trataba de señalar la supuesta mediocridad de estos profesores.

universidad del Ministerio de Educación, la elección por sorteo de un solo miembro -“con voz, pero sin voto”- que garantice la representación estudiantil y la concepción del saber en pos de promover el desarrollo industrial y cultural siguiendo los lineamientos políticos y económicos del peronismo<sup>28</sup>.

Esta concepción más utilitarista de la enseñanza y la investigación quedaba clara con el artículo 13a. de la ley que ponía como objetivo de cualquier universidad “reunir antecedentes y proponer soluciones para los diversos problemas económico sociales de la Nación”<sup>29</sup>. Así fue como la producción científica oficial –situada en la universidad y en los nuevos centros públicos de investigación- estuvo orientada sobre todo a profundizar el proceso de industrialización desde la perspectiva militar. Dicho de otra manera, durante el peronismo se comprendió a la ciencia “como subsidiaria del desarrollo técnico e industrial” que fortalecería la posición económica de Argentina<sup>30</sup>. La exhaustiva promoción de las carreras de Ingeniería Civil e Industrial, el programa de extensión universitaria rentada N° 6.242/48 -que establecía la vinculación de la Universidad con la Dirección General de Agua y Energía Eléctrica a través de la incorporación de estudiantes de Ingeniería en tareas de la empresa – y los proyectos costosos y poco exitosos de investigación aeronáutica – a partir del Plan Quinquenal de Aeronáutica- y atómica –con la creación de la Dirección Nacional de Energía Atómica y la participación del físico austríaco Ronald Richter- mostraron el sumo interés del peronismo por esta cuestión.

Por otra parte, la vinculación intrínseca que debía existir entre la educación y la promesa de justicia social -que el peronismo se proponía cumplir- era otro objetivo de las universidades “peronistas”. Entre algunas de estas medidas se pueden encontrar la gratuidad de la enseñanza con la anulación de los aranceles -aplicada por el decreto 29.337 de 1949- y el ingreso sin restricciones de nuevos alumnos resuelto tiempo después por el decreto n° 4.493. Estos nuevos lineamientos, que sostuvieron el “espíritu peronista” para la

---

<sup>28</sup> Buchbinder, P., *op.cit.*, p. 151 y Luna, F., *op.cit.*, p. 261.

<sup>29</sup> “Leyes Universitarias Argentinas: un recorrido histórico” en *Cuadernos de Investigación de a.d.u.m.*, n° 5, ISSN: 1668-9527.

<sup>30</sup> Véase Hurtado, D. y Busala, A., “De la ‘movilización industrial’ a la ‘Argentina científica’: La organización de la ciencia durante el peronismo (1946-1955)” en *Revista Da SBHC*, Rio de Janeiro, v. 4, n. 1, p. 17-33, jan | jun 2006.

universidad, quedaron ratificados en la reforma constitucional de 1949, que además supuso un paso firme para las pretensiones del gobierno en otros ámbitos de poder. Al respecto, el artículo 37 “De la Educación y la Cultura” explicitaba lo siguiente:

“Las universidades establecerán cursos obligatorios y comunes destinados a los estudiantes de todas las facultades para su formación política, con el propósito de que cada alumno conozca la esencia de lo argentino, la realidad espiritual, económica, social y política de su país, la evolución y la misión histórica de la República Argentina, y para que adquiera conciencia de la responsabilidad que debe asumir en la empresa de lograr y afianzar los fines reconocidos y fijados en esta Constitución”<sup>31</sup>.

Con esta marcada pretensión de organizar los destinos de las universidades, el gobierno tardó sólo tres meses desde su asunción para establecer sus primeras medidas. El 6 de septiembre de 1946 el profesor Houssay fue separado de la UBA al “reproducirse con gran intensidad los viejos problemas de manera grave e irreversible”<sup>32</sup>. Su protagonismo frente a los problemas de la universidad que surgieron durante el gobierno militar y su sabida apatía por el gobierno de Perón fueron argumentos decisivos para su destitución. Sin embargo, el motivo oficial de su exclusión tenía que ver con su edad para jubilarse. Para su abrupta despedida, algunos colegas –que no permanecerían mucho más en la UBA- le realizaron un homenaje. En el mismo, se le regaló un libro encabezado por una corta dedicatoria en latín que traducida bien podía describir la situación que le tocaba vivir: “A la sabiduría no se la puede dañar; el tiempo no la borra; nada la menoscaba”<sup>33</sup>. Con él, sus discípulos y profesores adjuntos de cátedra, Eduardo Braun Menéndez y Virgilio Foglia, resolvieron renunciar a sus cargos en solidaridad con su maestro.

Un año después, en octubre de 1947, Houssay recibió el Premio Nobel de Fisiología y Medicina por descubrir que la anterohipófisis no sólo regula el crecimiento sino también el metabolismo de los hidratos de carbono. Todo un hallazgo y todo un reconocimiento para un científico argentino. Además, ese mismo año, Houssay fue designado como Doctor *Honoris Causa* de la Universidad de Oxford. Sin embargo, sus diferencias con el gobierno

---

<sup>31</sup> “Leyes Universitarias Argentinas: un recorrido histórico” en *Cuadernos de Investigación de a.d.u.m.*, n° 5, ISSN: 1668-9527.

<sup>32</sup> Foglia, V. G. y Deulofeu, V. (editores), *op.cit.*, p. 49.

<sup>33</sup> Foglia, V. G. y Deulofeu, V. (editores), *op.cit.*, p. 111.

le impidieron disfrutar las honras nacionales: a través de algunas publicaciones oficialistas, el gobierno ponía en duda la legitimidad del premio y cuestionaba la relevancia de su hallazgo para los problemas vinculados a la sociedad en general<sup>34</sup>. Al respecto, Foglia recordaba:

"Grande fue, sin embargo, nuestra sorpresa al observar el silencio oficial en estas circunstancias, la escasa publicidad por los medios habituales y la dificultad o prohibición de homenajes públicos. Ni siquiera se pudo pasar el noticiero de cine mostrando los actos de entrega del premio en Estocolmo. Esta situación era un tanto más chocante, cuanto que Don Santiago Ramón y Cajal que recibió el Premio Nobel muchos años antes, había manifestado la repercusión que la noticia tuvo en España y las facilidades que encontró luego para el desarrollo científico. Pero ¡nadie es profeta en su tierra!"<sup>35</sup>.

Así como se destaca la apatía del gobierno para el logro de Houssay, se observaron también los cuestionamientos del científico para los distintos emprendimientos científicos del peronismo<sup>36</sup>. A modo de ejemplo, el 14 de mayo de 1948, en la Sesión Académica de la Asociación Médica Argentina -efectuada en su honor- Houssay manifestaba lo siguiente:

"He tenido la suerte de tener discípulos excepcionales por su capacidad científica y por su altura moral. Dictaron cátedras y dirigieron institutos prestigiosos, investigaron y formaron investigadores, realizaron una obra científica de jerarquía internacional que dio fama y prestigio a nuestro país. Fueron abnegados y patriotas, se mantuvieron siempre rectos y fueron leales a su conciencia aún en las horas difíciles, a pesar que esto les trajo injustamente toda clase de sinsabores. Estoy orgulloso de haber tenido y de tener tales discípulos cuya personalidad intelectual, moral y humana honra a nuestro país. (...) Confío en nuestro porvenir, aunque se contemplan hoy más sombríos nubarrones que rayos de sol. Confío en la juventud de mi patria, en su ansia de perfeccionamiento y en su voluntad de luchar por adelantar y enaltecerse. No sé si

---

<sup>34</sup> Hurtado, D. y Busala, A., *op.cit.*, p. 21.

<sup>35</sup> Barrios Medina, A., "1947: Houssay premio Nobel de Fisiología", disponible en <http://www.houssay.org.ar/hh/1943/1947.htm>.

<sup>36</sup> En Hurtado, D. y Busala, A., *op.cit.* se explica a modo de ejemplo: "Por su parte, Houssay se apoyó en sus contactos externos para negar seriedad a los emprendimientos oficiales relativos al área de las ciencias biomédicas. Así, en su carácter de corresponsal en Buenos Aires de la sección 'Foreign Letters' del Journal of the American Medical Association (JAMA), Houssay le informa a su editor que, si bien el ministro de Salud Pública Ramón Carrillo ha inaugurado en octubre de 1949 un Instituto Central de Cardiología, el más importante centro de investigación en esta área es el Centro de Investigaciones Cardiológicas de la Universidad de Buenos Aires, bajo la dirección de Alberto C. Taquini".

lo que ansío y espero se conseguirá en dos, diez, cien o quinientos años, pero estoy seguro de que llegará sin ninguna duda. Por todas esas razones soy profundamente optimista"<sup>37</sup>.

Este tipo de universidad, que cuidadosamente respondía a los fines propios del programa peronista, no coincidía obviamente con los ideales de un numeroso grupo de académicos y científicos que abogaban por la libertad de la ciencia y la autonomía en las investigaciones. Este grupo defendía a ultranza la ideología de la “ciencia básica” –que de manera primordial se propone enriquecer el conocimiento humano- criticando la visión más utilitarista y técnica llevada adelante por el peronismo. Como señala Hurtado en *La Ciencia Argentina*, en este marco, la tensión clásica y universal entre la “cultura académica” –y su pedido de autonomía- y la “cultura burocrática” –que vinculaba la investigación con las políticas públicas de turno- sólo podía resolverse con la cancelación de uno los sectores de discordia<sup>38</sup>. Para 1953, estos científicos opositores seguían reclamando un “ambiente de libertad”, cuestionando el “criterio estrechamente utilitario” del programa científico del peronismo y preocupándose por la confusión existente entre ciencia y técnica dentro del peronismo<sup>39</sup>.

De esta manera, comenzó una etapa nueva para este grupo de científicos reconocidos, nucleados bajo la figura de Houssay. Desde ese momento hasta 1955, estos científicos y otros muchos docentes quedaron marginados de la universidad y se vieron obligados a continuar su labor en institutos privados de investigación para la ciencia y la cultura. No obstante, y a pesar de las tensiones, los cuestionamientos al programa universitario y científico-técnico del peronismo perduraron a lo largo de toda la década.

### **Los espacios científicos compartidos: la UBA, la AAPC y el IByME**

Como se ha señalado, el conflicto entre estos científicos y el gobierno comenzó en 1943 y no en 1946. Con la exclusión de Houssay y sus seguidores se inicia una etapa de destierro y proscripción para estos profesores en las universidades nacionales. Ahora bien, es necesario para esta investigación deslindar quiénes integraban efectivamente este grupo

---

<sup>37</sup> Barrios Medina, A., *op.cit.*, p. 1.

<sup>38</sup> Hurtado, D., *La Ciencia Argentina*, Buenos Aires, Edhasa, 2010, p. 91.

<sup>39</sup> *Ciencia e Investigación*, “El Segundo Plan Quinquenal” (editorial), año 9, n°12, 1953, pp.529-531.

de científicos “proscritos” -más allá de los mencionados anteriormente- y en qué espacios previos al ICC forjaron su relación producto de lineamientos y objetivos comunes.

Uno de los círculos que estos científicos compartieron obviamente fue la Universidad de Buenos Aires. Con el nombramiento de Houssay como profesor y director del Instituto de Fisiología de la Facultad de Medicina en diciembre de 1919 se abrió un espacio de investigación y dedicación exclusiva para él y su equipo. Las tareas del instituto tuvieron lugar en tres etapas marcadas por los avatares políticos: 1919-1943, 1945-1946 y 1955-1957. Su cierre coincide prácticamente con la formación del CONICET en el cual la mayoría de estos investigadores empezaron a participar. Por su parte, los logros de este instituto rápidamente se reflejaron en las palabras del célebre fisiólogo norteamericano Anton Carlson quien expresó: “Houssay puso a la Argentina en el mapa mundial de la Fisiología”<sup>40</sup>. Para Houssay este instituto le aseguró: a) espacio, recursos y personal para la investigación científica y para el dictado de clases; b) la formación de discípulos que luego enviaría al extranjero para que completen e “importen” sus estudios; c) la consolidación de un equipo de trabajo, conformado por estos mismos discípulos, con el que iba a continuar trabajando en tiempos de su proscripción de la universidad.

Según Virgilio Foglia algunos de sus colaboradores en el Instituto de Biología – y que aparecerán también en otros espacios- fueron: Venancio Deulofeu, Juan Lewis, Oscar Orías, Raúl Wernicke, entre otros<sup>41</sup>. Por su parte, entre algunos profesores de Universidades argentinas formados al lado de Houssay se mencionan a Eduardo Braun Menéndez, Virgilio Foglia, Raúl Trucco, Luis Leloir, Carlos Cardini, Miguel Covián y Hugo Chiodi. La mayoría de ellos, al igual que su profesor, vieron condicionada su labor en la universidad en tiempos de Perón y terminaron alejándose. Sin embargo, cabe resaltar que todos ellos serán participantes del *Instituto Católico de Ciencias* algunos años después.

La ya mencionada *Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias* (AAPC) fue otro de los espacios de investigación que compartieron estos científicos. Fundada en 1933 durante la presidencia de Agustín Justo, la AAPC dio continuidad a este grupo de

---

<sup>40</sup> Foglia, V. G. y Deulofeu, V. (editores), *op.cit.*, p. 35.

<sup>41</sup> Foglia, V. G. y Deulofeu, V. (editores), *op.cit.*, cap. 1.

investigadores quienes se habían propuesto “concebir e impulsar estrategias de financiamiento, difundir la actividad científica en la esfera pública y elaborar diagnósticos del panorama científico a escala nacional”<sup>42</sup>. En otras palabras, se trató del primer espacio privado para la promoción de la ciencia en nuestro país, llevado adelante por profesionales reconocidos y sustentado política y económicamente por el gobierno nacional. Su primer presidente fue Houssay y lo acompañaron Venancio Deulofeu (presidente a partir de 1949), Juan Lewis, Eduardo Braun Menéndez, Horacio Harrington, Alfredo Sordelli, Enrique Butty, Lorenzo Parodi, Adolfo Williams, Enrique Zappi, Raúl Wernicke, entre otros. Luego se sumarían personalidades de talla como Luis Leloir y Alberto Taquini, presidentes a partir de 1958 y 1967 respectivamente.

Pese a algunas tensiones entre sus miembros respecto a la autonomía y financiamiento de la AAPC –que no estaba exenta de intervenciones por parte del gobierno nacional- los logros de este espacio podrían resumirse en: a) haber logrado un primer proyecto de investigación privada de alcance nacional que resistió los avatares políticos, sobre todo, a partir de la llegada del GOU y el peronismo al poder; b) haber conseguido numerosas becas para la capacitación de los investigadores argentinos –entre 1933 y 1946 fueron concedidas 40 becas externas y 45 internas; y c) haber sentado algunos lineamientos para el futuro de la ciencia expresados en su propia revista de divulgación *Ciencia e Investigación*, que comenzó a publicarse en enero de 1945<sup>43</sup>. Esta revista mensual fue creada y dirigida principalmente por Eduardo Braun Menéndez y Juan Lewis y encierra un gran valor para esta investigación: fue la única revista que promocionaba los cursos del *Instituto Católico de Ciencias* a partir de su creación en 1953. Esta cuestión, de por sí, resulta sugerente: pese a que los espacios habían cambiado, producto del momento político del país, la labor de estos científicos y su canal de comunicación para promocionarlos no se vieron totalmente interrumpidos.

---

<sup>42</sup> Hurtado, D., *op.cit.*, p. 34.

<sup>43</sup> Para comprender más el funcionamiento y los lineamientos de la revista se sugiere el trabajo de Hurtado, D. y Busala, A., “La divulgación como estrategia de la comunidad científica argentina: la revista *Ciencia e Investigación* (1945-48)” en *Redes*, Vol. 9, Nº. 18. Los autores afirman que la aparición de *Ciencia e Investigación* respondió a la necesidad de iniciar una actividad sistemática y sostenida de divulgación de una cultura científica amplia en el país, como paso necesario para mejorar la situación material y la pobre valoración del científico y de sus actividad sostenida desde los campos políticos y social”.

El otro espacio de investigación que varios de estos científicos compartieron fue el *Instituto de Biología y Medicina Experimental (IByME)*, fundado a pocos meses de la primera cesantía de Houssay. Sin embargo, a esta fundación le siguió un largo proceso de gestación hasta que el 23 de diciembre de 1949 se le confirió al Instituto la personería jurídica. De todas formas, el IByME ya se había constituido como el principal destino para estos científicos una vez consumados sus alejamientos de la universidad. Ubicado en la calle Costa Rica 4185, el IByME contó en primer lugar con la participación de Houssay, Braun Menéndez, Lewis, Foglia, Orías, Carlos Martínez, Roberto Pinto, Antonio Bernárdez. A ellos se les fue sumando otros científicos como Chiodi, Covián, Rapela, Gitter y hasta el mismo Cerejido.

Este instituto, subvencionado por donaciones privadas<sup>44</sup>, resultó ser un espacio de investigación, discusión y actualización científicas, el cual, según las palabras del mismo Houssay, “suministró los profesores e investigadores que necesitó el país después de la Revolución Libertadora”<sup>45</sup>. La referencia de Houssay no sólo indica las dificultades de su grupo en los años del peronismo, sino también el papel central de este instituto como baluarte de resistencia frente al programa científico-técnico del peronismo y su protagonismo cuando éste cesó.

Otro aspecto a destacar del IByME es la curiosa relación que guardaba con el ICC. Esta relación se dio a partir de la contemporaneidad y de la participación de los mismos profesores y, además, porque el primero le servía al segundo como lugar para el dictado de sus clases prácticas. En este sentido, queda una pregunta planteada que se intentará resolver a medida que la investigación avance: ¿por qué se creó un nuevo instituto, que funcionó al

---

<sup>44</sup> En Foglia, V. G. y Deulofeu, V. (editores), *op.cit.*, se explica: “Los fondos de mantenimiento fueron exclusivamente privados desde su fundación hasta 1955. Se iniciaron con la crucial ayuda de la Fundación Sauberán en 1943, a la que se agregó la del Comité de Ayuda tres años después (1946), La biblioteca y parte de los equipos fueron donados por la Fundación Rockefeller o los Institutos de Salud de los Estados Unidos (NIH) y también por la Fundación Guggenheim. El alquiler del edificio no fue cobrado por el Señor Mauricio Braun” (p.68). Las múltiples contribuciones privadas, que nunca resultaron suficientes, sólo pueden explicarse porque se trataba del Instituto de una figura de alcance internacional y Premio Nobel de Medicina en 1947 como Bernardo Houssay.

<sup>45</sup> Houssay, B., “Vida y obra científica de Eduardo Braun Menéndez” en *Escritos y Discursos*, pp. 499-508. Disponible en: <http://www.houssay.org.ar/hh/bio/braun-m.htm>.

mismo tiempo que el IByME, en el que coincidían los mismos investigadores y hasta compartían las mismas instalaciones?

Lo relevante es que este grupo de científicos había logrado el surgimiento y sostenimiento de espacios de investigación privados, que demostraban la posibilidad de hacer ciencia fuera de los ámbitos oficiales. Junto al IByME aparecieron el *Centro de Investigaciones* de Córdoba dirigido por Orías (1946), la *Fundación Campomar* a cargo de Leloir (1947) y el *Instituto de Investigaciones Médicas* creado en Rosario por Lewis (1948). Las cuatro instituciones estaban destinadas a la investigación científica de la medicina y habían nacido en el seno del grupo de Houssay. Ahora bien, no faltaría mucho para que dentro de éste surgiera la posibilidad de armar un instituto de ciencias subvencionado por la Iglesia Católica.

### **El debate dentro del grupo por el espacio científico: universidad libre o universidad privada**

Al calor de los conflictos anteriormente mencionados, en torno a 1945 se suscitó un debate efímero entre estos científicos sobre un proyecto de universidad privada en nuestro país. Quienes tomaron la delantera en la propuesta fueron Eduardo Braun Menéndez y Enrique Gaviola. El primero aseguraba que las universidades privadas y libres podrían presentar ciertas ventajas sobre las estatales, imitando algunos modelos internacionales<sup>46</sup>. Braun Menéndez soñaba con centros de investigación y enseñanza de alta calidad al sostener que “es más fácil iniciar una reforma partiendo de algo nuevo, que tratando de modificar lo ya existente”<sup>47</sup>. Para ello, intentó persuadir a las “fuerzas vivas del país” –los empresarios- sobre los réditos que podrían brindarles sus inversiones en este nuevo proyecto señalando algunos ejemplos extranjeros. Pese a que nada de esto dio resultado de inmediato, el tema se había instalado y al tiempo se crearon nuevos emprendimientos

---

<sup>46</sup> Los modelos que Braun tenía presentes eran la Universidad de Johns Hopkins (EEUU), el Instituto Pasteur (Francia) y La Sociedad Kaiser Wilhelm (Alemania). Véase de Asúa, *Una gloria silenciosa. Dos siglos de ciencia en Argentina*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2010.

<sup>47</sup> Braun Menéndez, E., “Universidades no oficiales e institutos privados de investigación científica” en diario *La Nación*, 6/9/1945.

científicos de semejante calibre –como los de Houssay, Leloir, Orías y Lewis- con aportes privados.

Sin darse por vencido, Braun Menéndez contactó al físico Enrique Gaviola para sumarlo a este proyecto de universidad privada. No obstante, las diferencias entre los científicos dieron por terminados las ideas y los sueños. De Asúa presenta una carta dirigida de Braun a Gaviola en donde se presenta el origen de las diferencias:

“En la meta que aspiramos, nuestro acuerdo es absoluto. Sin embargo, ya en esa conversación le hice notar que nuestra única divergencia si así puede llamarse, estaba en el distinto énfasis que poníamos en cuanto al método para llegar a ese fin. Ud. Considera que lo principal y urgente es enseñar; yo que lo principal y urgente es disponer de los medios materiales y espirituales para investigar”<sup>48</sup>.

De la investigación de Hurtado y Busala sobre la revista *Ciencia e Investigación* – dirigida por Braun- se desprende que, mientras que Gaviola insistía “en el sentido de impulsar un compromiso absoluto de la tarea del investigador con la actividad de desarrollo tecnológico e industrial”, Braun optaba por un espacio de investigación que, sin descuidar su utilidad social, no estuviera sujeta simplemente a los resultados<sup>49</sup>.

Por el contrario, otros científicos como Houssay y Leloir eran más escépticos y reacios frente a estas iniciativas. En este sentido, sobre las universidades privadas, el primero le confesaba al segundo:

“No estamos seguros de que ellas no se infecten a su vez y por otra parte, el porvenir del país depende de la Universidad. La tendencia mundial es hacer de la investigación una función a cargo de las instituciones oficiales de cada país”<sup>50</sup>.

Esta carta del 3 de agosto de 1945 lo encuentra a Houssay nuevamente dentro de la Universidad. Sus ideas respecto al desarrollo y a la consolidación de los organismos de investigación públicos siempre lo acompañaron en su vida: basta con revisar, por ejemplo,

---

<sup>48</sup> De Asúa, M., *op.cit.*, p. 209.

<sup>49</sup> Hurtado, D. y Busala A., *op.cit.*, p.18.

<sup>50</sup> Hurtado, D. y Busala A., *op.cit.*, p. 207.

el papel fundamental que tuvo en la organización científica nacional a partir de 1955. Sin embargo, lo que no sabía Houssay en ese momento era que, al cabo de un año, iba a ser desplazado nuevamente de la universidad. Esta vez, por un período mucho más extenso.

### **Una breve historia comparada: los científicos y los escritores “proscriptos”**

En su trabajo *Intelectuales y Peronismo, 1945-1955*, Flavia Fiorucci indaga sobre el divorcio entre los intelectuales antiperonistas y el gobierno de Perón centrándose en dos asociaciones de escritores que en ese momento agrupaban a los intelectuales: la Sociedad Argentina de Escritores (SADE) y la Asociación de Escritores Argentinos (ADEA). Tal como lo demuestra en esta minuciosa investigación, con la creación de la Subsecretaría de Cultura (conocida más adelante como Dirección de Cultura), el Estado peronista buscaba explícitamente intervenir en el campo intelectual y legitimar una cultura nacional (y peronista)<sup>51</sup>. Precisamente, para lograr dicho cometido, el peronismo utilizó dos “lógicas” diferentes con estos escritores: en un primer período pretendió cooptar a este sector de la intelectualidad; luego, con la segunda presidencia de Perón, en lugar de la cooptación se privilegió la censura y el enfrentamiento directo<sup>52</sup>. Este giro de la política oficial quedó confirmado, entrados los años de 1950, con el proyecto de regular las academias nacionales y los decretos sancionados por el Poder Ejecutivo que se analizarán más adelante en este trabajo.

Sin reducir este valioso análisis a una sola cuestión, se podrían encontrar algunos puntos de comparación respecto a la relación de Perón con los científicos anteriormente mencionados. Por un lado se observa que, a diferencia del caso de los escritores, el peronismo no pretendió en una primera instancia cooptar a dichos científicos sino que mantuvo una misma estrategia durante su período: excluirlos de la universidad. La pregunta entonces sería: ¿por qué no existió un primer acercamiento del gobierno a estos científicos internacionalmente reconocidos? Probablemente, como se expuso con anterioridad, esta relación se encontraba resquebrajada antes de empezar, imposibilitando un convenio entre

---

<sup>51</sup> Fiorucci, F., *op.cit.*, p. 29.

<sup>52</sup> Fiorucci, F., *op.cit.*, p. 30. Sobre la intervención cultural del peronismo véase Plotkin, M., *Mañana es San Perón*, Buenos Aires, Ariel, 1994.

las partes. La ascensión de Perón al poder terminó de confirmar esta suposición previa que se mantuvo a lo largo de toda la década. Durante este tiempo, el gobierno nacional no incentivó ni apoyó las investigaciones de estos científicos, quienes tuvieron que recurrir a colaboraciones privadas para lograrlo. Por el otro lado, se vislumbran dos similitudes en la suerte que corrieron los científicos y los escritores: ambos grupos continuaron sus labores en espacios “subalternos” y fueron reemplazados por figuras de menor talla, quienes posiblemente eran más maleables a las intenciones del gobierno por no contar con un capital cultural-científico y/o político destacado<sup>53</sup>.

Lo anterior sugiere que la relación del peronismo con los grupos culturales o científicos no siempre se dio de un mismo modo, ni corrieron la misma suerte, pero que aun así fueron varios los grupos que chocaron con los intereses políticos del gobierno en su afán de regular las producciones nacionales.

\* \* \*

En este capítulo se ha pretendido demostrar la persistencia que existió dentro de este grupo de científicos en relación a la posición tomada frente a las medidas –primero del GOU y luego del peronismo - de regular y coordinar la enseñanza universitaria y la producción científica en el país. En este sentido, la confrontación con el gobierno nacional se había desencadenado en dos puntos que fueron imposibles de reconciliar: el primero fue la oposición política y pública de Houssay y de algunos de sus seguidores para con estos gobiernos que supuso la exclusión casi instantánea a sus cargos y la falta de reconocimientos entre las partes a lo largo de estos años<sup>54</sup>; el segundo estuvo marcado por la constante tensión ideológica que existía entre unos y otros sobre los fines que debían tener la universidad y la ciencia en el país<sup>55</sup>. Para este grupo de científicos, el progreso de la ciencia nacional estaba nítidamente asociado a la investigación libre y a la búsqueda legítima del saber, algo que sospechaban no iba a lograrse durante esos años. Aunque

---

<sup>53</sup> Fiorucci, F., *op.cit.*, p. 35.

<sup>54</sup> Juan Carlos Fasciolo, investigador cercano a Houssay, lo recordaba de la siguiente manera: “El Doctor Houssay demostró su temple después de su expulsión. Lejos de amedrentarse criticaba públicamente, dentro y fuera del país a Perón y su gobierno, lo que entonces podía acarrear serios disgustos”. En Foglia, V.G. y Deulofeu, V., *op.cit.*, p. 144.

<sup>55</sup> Ver Hurtado, D., *op.cit.*, p.53.

también es necesario remarcar que para este grupo no fue agradable correrse del lugar predominante para el destino de la ciencia nacional que ocuparon antes y ocuparían después del peronismo.

En este capítulo también se ha buscado dar cuenta de las transformaciones, producto de las discusiones políticas y científicas de la época, que efectivamente se produjeron en el seno de esta comunidad: por un lado, los avatares políticos y las diferencias con el peronismo llevaron a este grupo a desenvolverse en ámbitos alternativos a los oficiales, sin que existiera la posibilidad de sumarlos a sus filas; por el otro, la decisión política de excluirlos de la esfera pública coincidió con la búsqueda de algunos de estos científicos de un espacio de investigación privada que procurase enaltecer y dar prestigio a la ciencia nacional y formara nuevos investigadores. Por estos motivos, aparecieron los mencionados institutos como antesala de esta idea de universidad científica privada. Dichas apariciones fueron una suerte de desafío para la universidad pública en tiempos de Perón, ya que unos y otros pretendían orientar los destinos de la ciencia en nuestro país.

En los próximos pasos de esta tesis se intentará reflejar cómo fue vista la aparición de estos institutos por parte del gobierno nacional, cómo se disputaban el espacio científico el gobierno y este grupo de intelectuales y qué otros intereses entraron en juego en el momento de su creación. Particularmente, el ICC conjuga estas implicancias propias del campo científico con algunas del campo católico. Por este motivo, explicada la “antesala científica”, se profundizará a continuación algunos elementos del accionar católico que tendrán repercusiones en la formación de un espacio diferente: un instituto católico de investigación científica.

## Capítulo 2 El papel de la Iglesia Católica

La historia de las relaciones entre el peronismo y la Iglesia Católica conserva un sinfín de interpretaciones, posturas e investigaciones que lejos está de agotarse. No es objetivo de este capítulo dar cuenta de la vasta historiografía al respecto ni tampoco abarcar totalmente la complejidad de estas relaciones, sino presentar algunos elementos que resultaron determinantes para la formación del Instituto Católico de Ciencias. Dicho de otro modo, con esta presentación detallada del tema se buscará tratar algunos puntos que pueden contribuir de manera directa y decisiva al esclarecimiento del problema que hemos planteado como objeto de estudio de esta investigación. También en esta ocasión es necesario ahondar en los intereses y en las situaciones previas a 1953, en particular dentro del catolicismo, para tener una mirada más integral sobre cómo y por qué apareció este instituto.

### **Una presentación sobre las relaciones entre el peronismo y la Iglesia Católica**

La complejidad con la que se presenta el estudio de las relaciones entre el peronismo y la Iglesia surge, entre otras cuestiones, por las múltiples miradas y acciones de los actores involucrados, la constante fluctuación política e ideológica en las relaciones entre las partes, la significativa heterogeneidad que componía tanto al peronismo como a la Iglesia y los cambios políticos y sociales que supusieron la modificación de los papeles que desempeñaban hasta entonces unos y otros. En todo caso se puede afirmar que, pese a la diversidad de enfoques referidos al tema, la historiografía actual logró escaparse de la trampa de “alianza o conflicto” para definir las relaciones entre la Iglesia y el gobierno durante los años peronistas<sup>56</sup>.

---

<sup>56</sup> En este punto, resulta sugerente el enfoque de Miranda Lida quien sostiene que en la relación entre el peronismo y la Iglesia prevalecieron desde el inicio los grises —“la zona gris” según su denominación— en lugar de “contraposiciones tajantes y opciones excluyentes”. En sus palabras, “ni por definición, ni por esencia, ni siquiera por los respectivos intereses que defendían, la Iglesia y el peronismo estuvieron de antemano destinados a colisionar”. Lida, M., “Catolicismo y peronismo: la zona gris” en *Ecos de la Historia*. Disponible en: [www.academia.edu/732910/Catolicismo\\_y\\_peronismo\\_la\\_zona\\_gris](http://www.academia.edu/732910/Catolicismo_y_peronismo_la_zona_gris).

Para organizar un poco la inmensa producción historiográfica sobre la relación entre Perón y la Iglesia Católica, Roberto Di Stefano y Loris Zanatta proponen un acertado agrupamiento: 1) aquellos trabajos que enfatizan la naturaleza popular del catolicismo peronista y explican el irrevocable conflicto con el conservadurismo de la jerarquía católica; 2) las investigaciones que reconocen las contribuciones propias del catolicismo al movimiento peronista y cuya relación empezó a flaquear por la heterogeneidad del peronismo y la apertura a sectores anticlericales; 3) los estudios que indagan sobre la aspiración del peronismo a transformar algunos preceptos del mundo católico en un conjunto de medidas dirigidas a fomentar la justicia social y la emancipación de las clases populares; 4) en sintonía con la precedente, otras producciones ahondaron en la dificultad surgida en el seno de la Iglesia cuando el peronismo reelaboró algunos de estos preceptos y asestó un golpe a la estructura clerical y a los alcances de su discurso; y 5) una cantidad de trabajos que focalizan el papel de la Iglesia como baluarte de las libertades frente a las tendencias absolutistas y regalistas del Estado que se hicieron presentes durante el peronismo<sup>57</sup>.

En suma, el papel de la Iglesia Católica entre 1943 y 1955 ha recibido la atención de numerosos investigadores ya no sólo por el “apoyo” que la Iglesia le brindó inicialmente a Perón y luego por el creciente “conflicto” desatado entre ambos a partir de 1952, sino también por los nuevos desafíos historiográficos que resaltan la complejidad de las cosmovisiones de las partes, el alcance y los destinatarios de sus discursos y los ideales en común respecto a la sociedad que en algunos casos beneficiaron estas relaciones y en otros, por el contrario, las endurecieron.

Las relaciones públicas entre la Iglesia y Perón, al igual que la de los científicos, comenzaron en 1943 con el ascenso del movimiento de junio. Durante la década del treinta y hasta el momento del golpe militar, la Iglesia había lanzado una estrategia de acción en procura de la ansiada recristianización de la sociedad argentina<sup>58</sup>. Para 1943, el catolicismo ciertamente había recobrado buena parte de ese terreno perdido viéndose reflejado en su

---

<sup>57</sup> Di Stefano, R. y Zanatta, L., *Historia de la Iglesia Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2010, p. 444.

<sup>58</sup> Zanca, J., *op.cit.*, p. 23.

activa participación dentro del grupo que derrocó a Castillo. Como se expuso anteriormente, la transformación profunda de la sociedad que pretendía llevar a cabo este gobierno militar iba de la mano de cambios, a gran escala, del sistema educativo. En concreto, se le encargó esta función a los sectores católicos-nacionalistas más duros a partir de la introducción por decreto de la enseñanza obligatoria de la religión en las escuelas y de la implementación del programa tomista y tradicionalista en las universidades: interventores como Alberto Baldrich en Tucumán, Jordán Bruno Genta en la Universidad del Litoral y el ex presidente de la Acción Católica mendocina, doctor Carlos Pithod, en la de Cuyo son exponentes de esta orientación deseada. En cuanto a las escuelas de enseñanza primaria y media, la Iglesia exponía sus conquistas a partir de 1944 en la revista *Criterio*:

“El establecimiento de la enseñanza religiosa católica en las escuelas de un país no constituye un libre obsequio del gobierno a la Iglesia sino el reconocimiento del derecho de Cristo a llevar, por medio de dicha Iglesia, su Verdad al alma de los niños”<sup>59</sup>.

En consecuencia, durante la incipiente disputa entre los reconocidos profesores universitarios y el gobierno de 1943, la jerarquía y los cuadros católicos no sólo se posicionaron sino que también conservaron un gran protagonismo dentro de los planes del segundo. Prueba de esto fue la gran masa de cuadros del Estado que provenía de la Iglesia y entre los cuales se encontraba el sector militante de Acción Católica que había cobrado notoriedad a partir de los años treinta<sup>60</sup>.

Además del plano educativo, otros dos temas articularon la opinión política de aquel tiempo: la cuestión social en el centro del debate político y el posicionamiento del gobierno ante los eventos europeos. De acuerdo a lo planteado por Lila Caimari en su trabajo *Perón y la Iglesia Católica*, el primer tema se instaló en el campo político como producto del proceso de industrialización que se aceleró en los años treinta y principios de los cuarenta y que provocó grandes transformaciones en la estructura social de nuestro país. Las medidas de Perón -en la Secretaría de Trabajo primero y en la Presidencia después- estuvieron

---

<sup>59</sup> Sigal, S., “Intelectuales y Peronismo” en Torre, J. (dir.), *Nueva Historia Argentina*, t. VIII, *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002, p. 484.

<sup>60</sup> Caimari, L., “El peronismo y la Iglesia Católica” en Torre, J. (dir.), *op.cit.*, p. 446.

dirigidas a complacer algunas demandas del nuevo proletariado y esto implicó un fuerte replanteamiento en las posturas en el seno de la Iglesia al respecto<sup>61</sup>. Por otra parte, la guerra mundial dividía a los sectores de la Iglesia a raíz de la actitud tomada por el gobierno. La neutralidad era una cuestión crucial para los nacionalistas católicos y por este motivo se vieron decepcionados con la declaración de la guerra en marzo de 1945. El fin de la guerra se tradujo en un clima de liberalización, amnistía –tiempos en los cuales, Houssay y su grupo volvieron a la UBA, por ejemplo- y viraje político en la cual los principios escolásticos-traditionalistas del gobierno militar empezaron a atenuarse<sup>62</sup>.

En este panorama, y al acercarse las elecciones presidenciales, surgía una pregunta dentro de la Iglesia: ¿qué candidato brindaría mayores ventajas para la profundización del modelo iniciado por el gobierno en 1943 y que momentáneamente se veía apaciguado? Frente a las opciones posibles, la candidatura de Perón se vio como la más adecuada por tres motivos: en primer lugar, porque el programa de Perón sintonizaba más con los intereses de las distintas facciones de la Iglesia asegurando la impresión de un signo cristiano en la búsqueda de la justicia social, la continuación de la enseñanza religiosa y el nacionalismo económico; en segundo lugar, la Iglesia entendía que, a partir del peronismo, podría acercarse a un numeroso sector social del cual tradicionalmente se vio distanciada, los trabajadores; por último, la Unión Democrática, principal contendiente electoral del peronismo, era vista por la Iglesia como una forma local de los Frentes Populares y, en consecuencia, próxima al comunismo ateo<sup>63</sup>.

A pesar de estas ventajas que el peronismo podría garantizar, la adhesión a Perón no fue absoluta en el interior de la Iglesia, sino que se trató de un apoyo con ciertos reparos y discusiones. Existieron algunos cuestionamientos de la Iglesia para con Perón, sobre todo por amalgamar un movimiento de naturaleza populista y “obrerista”, por su liviana utilización de las encíclicas católicas en cuestiones sociales, por la creciente radicalidad de sus discursos que parecían sugerir el conflicto entre clases y por la limitación de los destinatarios de su propuesta a la clase trabajadora, por ejemplo. En este sentido, las

---

<sup>61</sup> Caimari, L., *Perón y la Iglesia Católica*, Buenos Aires, Emecé, 2010, p.59.

<sup>62</sup> Di Stefano, R. y Zanatta, L., *op.cit.*, p. 439.

<sup>63</sup> Caimari, L., *op.cit.*, p. 74.

posturas en el interior de la Iglesia eran diversas sobre la política de Perón y sobre sus aspiraciones presidenciales y de gobierno. Sin embargo, pese a las divergencias internas, la Iglesia se pronunció públicamente a favor de Perón en la famosa carta pastoral del Episcopado del 15 de noviembre de 1945 que expresaba:

“Ningún católico puede votar a candidatos que inscriban en sus programas los principios siguientes: 1) separación de la Iglesia del Estado 2) supresión de las disposiciones legales que reconocen los derechos de la religión y, especialmente, el juramento religioso; 3) el laicismo escolar y 4) el divorcio legal”<sup>64</sup>.

Aunque esta carta respondía a una larga tradición según la cual los obispos brindaban una reflexión antes de las elecciones presidenciales, ésta fue interpretada por contemporáneos e historiadores como “la muestra más clara del apoyo de la Iglesia oficial al candidato de los trabajadores”<sup>65</sup>. La exhortación de este documento a no votar a la Unión Democrática -que suscitaba la eliminación de la enseñanza religiosa en las escuelas y la separación de Iglesia-Estado y promovía el divorcio y el laicismo en la sociedad- fue de gran utilidad discursiva para los planes presidenciales de Perón. Como afirma Mariano Plotkin, sin lugar a dudas la mayor utilidad residió en la fuente de legitimación del discurso político de Perón que le proporcionó este documento<sup>66</sup>. Sin embargo, retrospectivamente este documento también refleja los laxos cimientos que se encontraban en las bases de la relación Iglesia y peronismo: la identificación condicionada por un mal peor - la Unión Democrática- y algunas garantías que la Iglesia implícitamente le exigía a Perón. No obstante, para esta investigación hay otro factor interesante de remarcar: que la relación que existiría tiempo después entre algunos círculos de la Iglesia y los científicos mencionados en el primer capítulo no tenía todavía lugar ya que -al menos por lo político- se encontraban en veredas opuestas.

Desde ese momento, los esfuerzos de Perón para conseguir el apoyo de la Iglesia y de sus cuadros durante su campaña electoral aumentaron considerablemente. Entre los “gestos de religiosidad” que tuvo Perón en vistas a las elecciones se encuentran la

---

<sup>64</sup>Poderti, A., “Peronismo/Antiperonismo y el diccionario de los argentinos (1945 – 1976)”, en *Revista Rábida*, Huelva, Nº. 24, 2005, p.110.

<sup>65</sup> Caimari, L., “El peronismo y la Iglesia Católica”, *op.cit.*, p. 447.

<sup>66</sup> Plotkin, M., *op.cit.*, p. 150.

publicitada peregrinación al santuario de la Virgen de Luján, algunos discursos electorales con tintes católicos, una campaña concentrada en la reivindicación de la política social que ya había comenzado el líder desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, la utilización de encíclicas católicas y la adopción de la Doctrina Social de la Iglesia como supuesta inspiración ideológica. Estos esfuerzos, en su conjunto, aspiraban a atraer a muchos dentro del mundo eclesiástico —en especial a la Juventud Obrera Católica (JOC) y a los miles de miembros de la Acción Católica- y tranquilizar a aquellos que desconfiaban de la naturaleza de su movimiento popular.

Finalmente, el triunfo de Perón en las elecciones del 24 de febrero de 1946 —con el 55% de los votos- abrió un nuevo período en la historia argentina, en general, y planteó un nuevo escenario en las relaciones del Estado y la Iglesia, en particular. A comienzos de su presidencia, Perón retribuyó el apoyo público de la Iglesia con una batería de medidas complacientes: el decreto de 1944 sobre la enseñanza religiosa en las escuelas se convirtió en ley en 1947, el incremento del presupuesto nacional destinadas para actividades de culto, las participaciones de Perón en ceremonias religiosas, los subsidios para financiar viajes, seminarios y obras de mantenimiento, la intervención de numerosos cuadros católicos en cargos públicos, el Congreso Mariano de 1947, entre otras<sup>67</sup>. Pese a estos esfuerzos, prontamente la complicidad entre los poderes empezó a debilitarse debido a la creciente intervención gubernamental en el campo de la asistencia social —con la promoción de nuevos espacios como la Fundación Eva Perón a partir de 1948- , el uso político de la enseñanza —con los nuevos manuales escolares-, la utilización de símbolos políticos en celebraciones religiosas, la proscripción política, la poca conciliación con las clases altas y la radicalización del discurso que ya no integraba los principios de la Doctrina Social de la Iglesia. Sin embargo, de acuerdo con lo que afirma Juan Carlos Torre, durante los primeros años la Iglesia se abstuvo “de hacer públicas sus reservas, esforzándose por preservar su autonomía y sus ámbitos de acción”<sup>68</sup>. De esta manera, pese a los numerosos esfuerzos de ambas partes para no mostrar grietas en la relación, se presentaba un panorama al menos difícil para sortear las diferencias mencionadas.

---

<sup>67</sup> Caimari, L., “El peronismo y la Iglesia Católica” en *op.cit.*, p. 448.

<sup>68</sup> Torre, J., “Introducción a los años peronistas” en *op.cit.*, p. 42.

Por el lado de la incipiente oposición antiperonista, la relación Iglesia-Estado fue vista desde los comienzos como un atropello a los principios liberales y seculares –que, desde su imaginario, deberían guiar a cualquier nación- y como una continuidad negativa entre el gobierno de facto de 1943 y el peronismo. A su vez, los laboristas que se nucleaban dentro del peronismo, no comulgaban con las numerosas concesiones que el gobierno le otorgaba a la Iglesia.

Hacia fines de los años cuarenta -con la consolidación y crecimiento del Estado que aspiraba a encuadrar las distintas organizaciones bajo la tutela peronista- las diferencias latentes entre el gobierno y la Iglesia empezaron a acrecentarse y a conocerse públicamente a través de los propios protagonistas. Sujeto a sus propias convicciones pero también a las presiones del sector obrero y trabajador, Perón en más de una oportunidad hizo mención en sus discursos a esta Iglesia que se veía desconcertada en su relación con el gobierno y en su participación sociopolítica concreta. Una Iglesia que tampoco estaba preparada para garantizar una transformación social profunda y mucho menos una dirigida, liderada y regulada por Perón. Como sostiene Miranda Lida, el catolicismo “se vio sobrepasado por la enorme capacidad que demostró Perón para movilizar a las masas”<sup>69</sup>.

En este sentido, los primeros chispazos devinieron en constantes cortocircuitos: el discurso de Perón en el homenaje a monseñor Di Carlo (abril de 1948) en el que denunció, delante de reconocidos prelados, que “no todos los que se llaman católicos se inspiran en las doctrinas cristianas”; la carta del propio presidente al Papa Pío XII pidiéndole que, por medio de su intercesión, el Episcopado argentino tenga mayor compromiso con la obra social del país; la confección de una Doctrina Nacional peronista que se presentaba, como afirma Caimari, como un “unificador espiritual” de la sociedad argentina; la implicación de varios sacerdotes en la suerte de atentado a Perón de la que participó Cipriano Reyes; la eliminación de las misas de campaña en las fiestas cívicas; el alejamiento de los cuadros católicos de los puestos públicos; la Constitución de 1949; el conflicto entre el gobierno y

---

<sup>69</sup> Lida, M, *op.cit.*, p.10.

la Santa Sede, entre otros<sup>70</sup>. No obstante, tanto Perón como la jerarquía eclesiástica argentina continuaron preservando una atmósfera de buena voluntad recíproca.

La llegada de los años cincuenta produjo en el movimiento peronista la necesidad de reorganizar las tradiciones nacionales –entre las cuales se encontraba la Iglesia Católica– para dar paso a un nuevo movimiento nacional dirigido por el Estado peronista<sup>71</sup>. Pero esta redirección de las tradiciones, en el imaginario peronista, tenía más que ver con la absorción del catolicismo bajo el ala del Estado. Por ejemplo, como sostiene Lida, “las movilizaciones católicas tendieron a quedar opacadas por la grandiosidad de la liturgia política, jalonada tanto por fiesta cívicas como por otras estrechamente vinculadas al régimen”<sup>72</sup>. Sin embargo, la retirada de muchos cuadros católicos de los organismos oficiales, la iniciativa de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES), el Plan Político de junio de 1952, la hipótesis de “persecución” a la Iglesia por parte del gobierno, las constantes críticas y enfrentamientos entre las partes, la fundación del Partido Demócrata Cristiano y el agitado clima político contribuyeron en esta polarización coyuntural<sup>73</sup>.

Desde este momento hasta la caída de Perón –afirman Di Stefano y Zanatta–, el objetivo primordial de la Iglesia se enfocó en “la defensa de la mayor autonomía posible respecto de la injerencia cada vez más intrusiva del Estado y de la pretensión del peronismo de encarnar la ‘auténtica catolicidad’”<sup>74</sup>. En otras palabras, la lucha se enmarcaba, discursiva y prácticamente, entre el “cristianismo peronista” y el “cristianismo de la Iglesia”<sup>75</sup>. En este contexto, la actitud del catolicismo –sobre todo del laicado– lejos estuvo de ser pasiva frente a los intentos del Estado por desplazarla: la multiplicación de asociaciones

---

<sup>70</sup> Véase Caimari, L., *op.cit.*, cap. VI.

<sup>71</sup> Para Di Stefano y Zanatta (*op.cit.*) el punto de inflexión se da en 1949 con la Reforma Constitucional y el conflicto consecuente entre Perón y la Santa Sede. Por su parte, Caimari (*op.cit.*) advierte que en torno al Congreso Eucarístico de 1950 se da un quiebre en la relación entre Perón y los cuadros católicos.

<sup>72</sup> Lida, M., *op.cit.*, p. 11.

<sup>73</sup> Caimari, *op.cit.*, cap. IX.

<sup>74</sup> Di Stefano, R. y Zanatta, L., *op.cit.*, p. 455.

<sup>75</sup> En este sentido, la reflexión de Perón, en torno a la problemática que rodeó al Congreso Eucarístico (29/10/1950), resultaba ilustrativa para el entendimiento del “nuevo cristianismo”: “(...) Por eso, compañeros, el peronismo, que quizás a veces no respeta las formas pero que trata de asimilar y cumplir el fondo, es una manera efectiva, leal y honrada de hacer el cristianismo, por el que todos nosotros, los argentinos, sentimos inmensa admiración. (...) Queremos ser cristianos en nuestras obras y no por la ropa que nos ponemos ni por los actos formales que realizamos, y también por ello, compañeros, nos hemos puesto a la obra de difundir nuestra doctrina”.

profesionales católicas –como el ICC- no hacía más que agregar nuevos elementos en esta contienda<sup>76</sup>.

Mucha agua correrá debajo del puente hasta llegar a 1954-55 que marcaría la colisión definitiva entre las partes: la derogación de la ley de enseñanza religiosa y de las exenciones de las instituciones religiosas, los proyectos de ley que proponían el mismo goce de derechos a los hijos “ilegítimos” que a los constituidos en matrimonio, la legalización de la prostitución y otro que haría posible el divorcio, la ley que aseguraba la “efectiva libertad e igualdad de cultos”, la competencia abierta entre las partes en los distintos actos públicos, la celebración de Corpus Christi y la respuesta consecuente de Perón asestaron un golpe letal a la relación entre ambos sectores.

### **Los espacios católicos de conocimiento de la primera mitad del siglo XX y los lineamientos provenientes de Roma**

Para dimensionar la complejidad del ICC es necesario dar cuenta también de los intentos previos que tuvo la Iglesia de fomentar espacios de conocimiento en nuestro país durante la primera mitad del siglo XX. La necesidad de profundizar esta cuestión deviene de tres interrogantes importantes para esta investigación y que se desarrollarán más adelante: a) ¿cómo se inserta el ICC en una búsqueda de mayor legitimación de los espacios católicos?; b) ¿qué factores, más allá de los coyunturales y políticos, influyeron en la creación de este instituto?; c) ¿qué continuidades y rupturas se dieron a partir del ICC respecto a los espacios católicos de conocimiento previos?

A partir de 1880 y con la llegada de las conocidas “leyes laicas”<sup>77</sup>, el catolicismo se replegó sobre sí mismo, preocupándose por su propia reproducción social, por la creación de espacios educativos exentos de ideas liberales y por la formación de nuevos dirigentes

---

<sup>76</sup> Caimari, L., *op.cit.*, p. 299.

<sup>77</sup> Para profundizar sobre esta cuestión léase Di Stefano, R., “El proyecto laico argentino (1880-1920)” en *PolHis*, n°8, 2° semestre de 2011: “El empuje laicista ni siquiera puede extenderse a la década de 1880 en su totalidad, sino que conoce dos momentos de agudización de los conflictos: 1882-1884, cuando se discuten y promulgan las leyes de educación y de registro civil, y 1888, cuando se debate y sanciona la ley de matrimonio civil. A partir de entonces tiende a estancarse, y las relaciones entre Iglesia y Estado se modifican notablemente a partir del cambio de siglo”.

confesionales<sup>78</sup>. La fundación de la Universidad Católica en 1910 se entiende entonces como un proyecto educativo novedoso para la Iglesia de nuestro país que respondía a los nuevos desafíos de esos tiempos y a las demandas de los universitarios católicos<sup>79</sup>. A su vez, se inscribía en los lineamientos delineados por la constitución dogmática “De Fide Catholica” del *Concilio Vaticano I*. La misma, entre otras cuestiones, establecía como objetivo de la Iglesia la promoción y el fomento de las artes y las ciencias dentro de sus propios espacios<sup>80</sup>.

Entre las pretensiones de esta universidad católica, que tuvo lugar en el edificio del seminario metropolitano de Buenos Aires cedido por la Compañía de Jesús, se afirmaba lo siguiente:

“Que sus alumnos adquieran en su seno los conocimientos literarios y científicos que correspondan en extensión e intensidad al más alto concepto de la enseñanza universitaria y, al mismo tiempo, dentro de la unidad doctrinaria consagrada por la Iglesia católica, toda la preparación necesaria para defender y propagar los principios civilizadores del catolicismo en todas las esferas de la actividad humana”<sup>81</sup>.

Por su parte, en las memorias de monseñor Derisi, se encuentra una breve mención a la universidad de 1910:

“(…) hubo en Buenos Aires una Universidad Católica desde 1910 hasta 1920. Fue ante todo una Facultad de Derecho, y actuaron en ella profesores eminentes, como el Dr. HÉCTOR LAFAILLÉ y Mons. GUSTAVO J. FRANCESCHI. Fueron sus rectores Mons. PEDRO DUPRAT y Mons. MIGUEL DE ANDREA. Poco puedo decir de esta Universidad, pues no la alcancé a conocer. Baste decir, que al no poderse conseguir una ley de reconocimiento de títulos, esta Universidad tuvo que cerrar sus puertas en 1920. Hubo algunos graduados, como el Dr. Armo DELL'ORO MAINI, que, por la razón apuntada tuvieron que obtener

---

<sup>78</sup> Zanca, J., *op.cit.*, p. 87.

<sup>79</sup> *Ibidem*.

<sup>80</sup> En la declaración fundante de la Universidad Católica Argentina de 1956 se menciona este documento de la siguiente manera: “Todo saber, sagrado o profano, conduce en último término, al mismo Dios, fuente de la sabiduría. Por eso, siempre la Iglesia de Jesucristo puso múltiple empeño en promover, como deber suyo, la difusión, fomento y cultivo de las artes y las ciencias, reconociéndoles, dentro de su ámbito propio, la justa libertad de sus principios y sus métodos (Conc. Vaticano, De fide catholica, cap. 4)”. Véase Derisi, O. N., *La Universidad Católica Argentina en el recuerdo: a los 25 años de su fundación*, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, 1983.

<sup>81</sup> Ramallo, J., *Etapas históricas de la educación argentina*, Buenos Aires, Fundación Nuestra Historia, 2002.

su título también en la Universidad oficial. Fue la primera experiencia de Universidad Católica del País en nuestro siglo”<sup>82</sup>.

Las dificultades fueron numerosas y finalmente la universidad cerró sus puertas ante la imposibilidad que le planteaba el Estado de emitir títulos habilitantes. Por ende, este proyecto inconcluso se postergaría por casi cuarenta años para su realización efectiva.

Consumada esta posibilidad, fueron fundados en 1922 los Cursos de Cultura Católica (CCC) que surgieron como espacios de formación de la elite confesional. Desde su origen, los CCC –ubicados también en la ciudad de Buenos Aires- estuvieron ligados a la jerarquía eclesiástica cuyos miembros promocionaron las iniciativas y las sostuvieron económicamente. Caimari sostiene que los que participaron de estos cursos eran “jóvenes interesados en política o cuestiones sociales, en busca de una perspectiva cristiana para la participación en la vida pública nacional” y se juntaban en un espacio de enseñanza y de debate sobre los temas de la coyuntura política nacional e internacional<sup>83</sup>.

En cuanto a la fundación, la organización, los objetivos y algunos participantes relevantes, Derisi testimonia lo siguiente:

“En. 1922, una vez clausurada la Universidad Católica, un grupo de estudiantes universitarios sobresalientes católicos, deseosos de obtener una sólida formación cristiana, de acuerdo al nivel de sus estudios, se reunieron y constituyeron los *Cursos de Cultura Católica*, cuyo título indica la modestia de las pretensiones de los fundantes. Los mismos alumnos se procuraron los mejores profesores que pudieron conseguir. Recordemos ante todo a Mons. ZACARÍAS DE VISCARRA, alma de estos CCC desde su fundación. Lo acompañaron, entre otros, el P. SERAFÍN PROTIN, el P. BRUNO DE AVILA, el P. VICENTE SAURAS y, poco después, Mons. MANUEL MOLEDO y el P. PÉREZ ACOSTA. (...) Con el correr del tiempo se fueron incorporando nuevas cátedras y nuevos profesores, todos de buen nivel académico. Las materias principales que se dictaron eran las de Teología Dogmática, Teología Moral, Sagradas Escrituras e Historia de la Iglesia. Poco a poco se crearon nuevas cátedras. Recordemos también, no sin emoción, a los primeros alumnos, verdaderos forjadores de la institución: TOMÁS D. CASARES, ATILIO DELLORO MAÍNI, JORGE MAYOR, MANUEL ORDÓÑEZ, CARLOS SANZ, entre otros. (...) La Institución se distinguió siempre por la seriedad de sus estudios, la orientación tomista en Filosofía y

---

<sup>82</sup> Véase Derisi, O. N., *op.cit.* Las mayúsculas son del autor.

<sup>83</sup> Caimari, L., *op.cit.*, p. 66.

Teología, por una inquietud por todos los problemas de la cultura y del País y por una inquebrantable adhesión y fidelidad filial al Magisterio Eclesiástico”<sup>84</sup>.

Estos cursos tuvieron su época de esplendor sobre todo entre 1928 y 1940 creando un ambiente cultural católico de discusión y formación de calidad. A partir de 1946, el arzobispo de Buenos Aires, cardenal Santiago Luis Copello, nombró director de los CCC – rebautizado como Instituto Católico de Cultura, en clara alusión a su homónimo de París- a Luis María Etchevery Boneo quien será integrante del primer Consejo Superior de la UCA.

El Instituto Católico de Cultura se mantuvo inspirado también por los lineamientos culturales y científicos que promovía el Papa Pío XII como fueron, por ejemplo, el “Discurso a los Maestros y alumnos de los Institutos Superiores Católicos de Francia de 1950”, el “Discurso a los miembros del comité internacional por la unidad y la universalidad de la cultura” de 1951 y su carta dirigida al Congreso de *Pax Romana* de 1952. En el primero, Pío XII sostenía la necesidad de consolidar un ambiente de cultura específicamente católico contemplando todas las ramas del saber - incluidas las ciencias jurídicas, físicas y médicas- que, de alguna forma u otra, siempre tuvieron relación con la religión<sup>85</sup>. El segundo abogaba por la unidad integral del campo intelectual en los espacios de conocimiento confesionales y la búsqueda de Dios en “la claridad alumbrada por la ciencia”<sup>86</sup>. El último se refería puntualmente a los objetivos que debían tener estos espacios de cultura católica:

“(…) en el simple orden del conocimiento natural le corresponde superar la diversidad de disciplinas, promover una sabiduría y formar la personalidad intelectual del estudiante: por consiguiente, cuide de no faltar a su más elevada misión, que es la de dar a espíritus jóvenes el respeto de la verdad y guiarlos hacia los libres progresos indispensables para su madurez intelectual”<sup>87</sup>.

---

<sup>84</sup> Derisi, O. N., *op.cit.*, pp.15-16.

<sup>85</sup> Pío XII, “Discours du Pape Pie XII aux Élèves et professeurs des Instituts Catholiques de France” (21/9/1950). Disponible en: [www.vatican.va/holy\\_father/pius\\_xii/speeches/1950/documents/hf\\_p-xii\\_spe\\_19500921\\_istituti-cattolici-francia\\_fr.html](http://www.vatican.va/holy_father/pius_xii/speeches/1950/documents/hf_p-xii_spe_19500921_istituti-cattolici-francia_fr.html).

<sup>86</sup> Pío XII, “Discours du Pape Pie XII aux membres du Comité International pour l’ Unité et l’ Universalité de la Culture” (15/11/1951). Disponible en: [www.vatican.va/holy\\_father/pius\\_xii/speeches/1951/documents/hf\\_p-xii\\_spe\\_19511115\\_cultura\\_fr.html](http://www.vatican.va/holy_father/pius_xii/speeches/1951/documents/hf_p-xii_spe_19511115_cultura_fr.html).

<sup>87</sup> Derisi, O.N., *op.cit.*, p. 196.

Los impulsos del Papa coincidían con el renacimiento de las actividades de las organizaciones católicas en nuestro país. Como bien señala Caimari, “algunas de las nuevas asociaciones, así como las preexistentes, comenzaron a presentarse como depositarias de los valores descuidados por el Estado” convirtiéndose “en lugar de encuentro de los católicos desengañados por el peronismo”<sup>88</sup>. Por la connotación política, en tiempos de polarización abierta entre el peronismo y el catolicismo, este renacimiento devino en una serie de dificultades que cercenaron la capacidad del Instituto Católico de Cultura. Para 1954 algunos de sus cursos fueron cerrados por orden del Estado y otros simplemente perdieron vitalidad. Finalmente, con la caída del peronismo y la organización de la UCA, en 1956, los distintos institutos se fueron incorporando en esta universidad en una clara continuidad de estos espacios.

En síntesis, los logros más evidentes de los CCC podrían resumirse en los siguientes: 1) haberse constituido como un espacio católico afianzado en Buenos Aires para el dictado de clases y seminarios de Filosofía, Teología, Sagradas Escrituras y de discusión sobre la realidad política y de la Iglesia suscribiéndose, a su vez, a los lineamientos de Pío XII; 2) haber dado lugar al surgimiento de varias publicaciones relevantes para el mundo católico como fueron la *Hoja Informativa*, la *Revista Criterio*, la *Revista Ortodoxia* y numerosas cantidades de libros; 3) haber logrado la participación de figuras reconocidas en Europa como Jacques Maritain y el Padre Reginald Garrigou cuyas fundamentaciones tomistas estaban de moda dentro de este círculo; 4) haber sentado las bases de la UCA con la fundación de la Escuela de Filosofía –con Derisi como primer director-, y, años más tarde, la de Economía y el Instituto de Ciencias –organizado por Braun Menéndez, mano derecha de Houssay. Sobre la formación, organización y funcionamiento de este último instituto se ocupará el siguiente capítulo.

\* \* \*

En este capítulo se pretendió dar cuenta sobre tres cuestiones fundamentales que predispusieron algunas condiciones para la creación del ICC. En primer lugar, la relación entre el peronismo y el catolicismo estuvo marcada por los “grises” –simpatías y rechazos,

---

<sup>88</sup> Caimari, L., *op.cit.*, p. 296.

funcionalidades y entorpecimientos, cercanías y lejanías- que, en la década del cincuenta, se fue convirtiendo en una creciente tensión y a partir de 1954 en un enfrentamiento abierto. Dada la complejidad de esta relación y tal como se expuso, las causas de la tensión entre ambos fueron múltiples. Lo cierto es que ambos, con mayor o menor vitalidad, pretendieron sostener y concretar sus ideas en un clima político bastante agitado. El funcionamiento del ICC, entre 1953-1954, no estuvo exento a esta coyuntura en la cual el peronismo intervino y repercutió en algunas esferas concretas de poder —el catolicismo y la ciencia, como se vio, por ejemplo- y la Iglesia, desafiando ese cometido, no cesó en su búsqueda de autonomía y de reacomodamiento político y social. La apertura de un instituto católico de ciencias pretende ser una prueba de ello.

En segundo lugar, esta coyuntura descripta coincidió a su vez con una búsqueda de la Iglesia universal y del laicado nacional de promover espacios de investigación y enseñanza, católicos y libres. El primer intento de una universidad católica y la conformación de los CCC marcaron la pauta de una lucha del catolicismo por legitimar estos espacios. Tal como se expuso, este objetivo fue en parte logrado. Sin embargo, pareciera ser que hasta en tiempos del peronismo, el proyecto de universidad privada católica aún no estaba consolidado. A su vez, los lineamientos provenientes de Roma respecto a la creación de institutos y a la conformación de una cultura católica sirvieron como convicción e impulso para este tipo de iniciativas en la cultura confesional de nuestro país.

Por último, se sugiere que el ICC se insertará en una búsqueda cultural histórica del catolicismo de nuestro país en un contexto poco favorable para hacerlo. La misma confusión que presentaba la relación con el peronismo, la creciente tensión que se dio entre las partes, el impulso que el gobierno peronista intentó darle a la universidad pública y la organización por parte del gobierno de toda iniciativa cultural y científica a partir de 1952 fueron obstáculos para lograr este cometido. Sin embargo, por su parte la polarización invitó a los cuadros laicos, decepcionados por el peronismo, a juntarse en espacios preexistentes y/o nuevos de corte católico. No quedan dudas entonces que, cuando se dio un enfrentamiento abierto entre las partes, el ICC empezó a tener “cierto aire subversivo”.

A continuación, se analizará de qué manera los científicos más destacados de la época -mencionados en el capítulo 1- y el catolicismo congeniaron y concretizaron sus luchas en el *Instituto Católico de Ciencias* pese a que, hasta ese momento, ambos bien lo hacían por sus propios medios.

## Capítulo 3

### El Instituto Católico de Ciencias

Hasta el momento, el trabajo pretendió dar precisiones sobre el clima que se generó alrededor de los científicos más destacados y de la Iglesia en tiempos del peronismo. Por un lado, estos reconocidos científicos, que se fueron alejando de la universidad pública con la llegada de Perón, debieron ubicarse en entidades privadas sin tener la posibilidad de reinsertarse hasta la llegada de la Revolución Libertadora. Su concepción de la ciencia –ni tampoco de la política– simpatizaron desde un principio con el peronismo. Por el otro, la relación “de grises” del peronismo con la Iglesia finalmente no desembocó en los objetivos políticos y culturales –por mencionar sólo los que nos ocupa en esta investigación– que ésta pretendía. La falta de consolidación de una universidad privada, el distanciamiento con el gobierno nacional y la consecuente aparición de espacios alternativos promovidos desde Roma y por la cultura católica nacional propiciaron las condiciones para la creación del ICC. En tiempos de polarización política y de regulación de los sectores científicos y culturales por parte del Estado, tantos unos como otros quedaron en la vereda opuesta de las pretensiones del gobierno nacional.

En este capítulo se analizará concretamente un espacio en el que se entrecruzan los caminos de los científicos y de un sector de la Iglesia: el Instituto Católico de Ciencias, que se organizó y funcionó entre 1953-1954 y que sintetizó las luchas coyunturales e históricas de ambas partes. El mismo se insertó en el marco del Instituto Católico de Cultura de Buenos Aires y contó mayoritariamente con la participación de los “científicos proscriptos” de la universidad, entre ellos Eduardo Braun Menéndez, su autor intelectual.

La figura de Braun es crucial para entender esta relación entre algunos de estos científicos y los espacios católicos de cultura de aquella época. Como católico liberal practicante lideró la creación del instituto que funcionó en paralelo al IByME –entidad también creada especialmente por su gestión y dirigida por Houssay–. Según la mirada de Braun, la formación de este instituto de investigación y enseñanza debería ser el puntapié

inicial para su proyecto de universidad científica de alta calidad. A favor de su objetivo general encontró a un sector de la Iglesia que, como se analizó aquí, históricamente había luchado por la creación de una universidad católica y que, en aquel momento de la historia, pretendía edificar un ambiente de cultura católica que sirviera como resistencia frente al avance del peronismo y que sintonizara con los lineamientos propuestos por el Papa. A esta resistencia se le sumó también la propia lucha del sector científico proscripto el cual, sin comulgar necesariamente con el catolicismo institucional, aprovechó este espacio para investigar y enseñar lejos de la influencia peronista.

Braun nació en Punta Arenas, Chile, el 16 de enero de 1903. Perteneciente a una familia muy acomodada, se radicó en Argentina desde muy temprana edad y fue allí donde desempeñó la mayor parte de su vida académica. Realizó sus estudios en la Facultad de Ciencias Médicas de la UBA, terminándolos en 1929. Su trabajo sobre la “Influencia del diencéfalo y la hipófisis sobre la presión arterial” -bajo la supervisión de Houssay- consiguió el premio anual a la mejor tesis doctoral. Luego de recibirse, y de perfeccionarse en Inglaterra, se unió al prestigioso equipo del mencionado Instituto de Fisiología -con Luis Federico Leloir, Juan Fasciolo, Juan Muñoz y Alberto Taquini-, donde profundizó su investigación sobre el mecanismo de la hipertensión arterial nefrogénica. Con su equipo, logró descubrir la angiotensina que modificó definitivamente la comprensión y el tratamiento de la hipertensión arterial. En el instituto, Braun se convirtió en líder de investigación en la fisiología cardiovascular desde 1935 y se desempeñó como profesor titular y profesor adjunto en la misma especialidad hasta 1946. Luego, como se expuso anteriormente, continuó su labor junto a Houssay en el IByME hasta la caída del peronismo<sup>89</sup>.

Ampliamente conocido en los círculos científicos, fue miembro fundador de la Sociedad Argentina de Cardiología (1938) que presidió en 1951, secretario de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias (1945-48), vicepresidente de la Sociedad Argentina de Fisiología (1953), presidente de la Sociedad Científica Argentina

---

<sup>89</sup> Véase dossier sobre Eduardo Braun Menéndez en *Ciencia Argentina en la Vidriera* (abril de 2012). Disponible en: <http://www.cienciaenlavidriera.com.ar/2012/04/01/personaje-del-mes-abril-2012>.

(en 1956, vice entre 1951-56), vicepresidente de la Sociedad Argentina de Biología y miembro de las Academias Nacionales de Medicina y de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, entre otras labores. La influencia de Braun en estos espacios científicos, como en los círculos católicos, permitió el acercamiento entre las partes y la creación de este instituto. Con la caída del peronismo tiempo después, Braun formaría parte del comité ejecutivo de la Universidad Católica Argentina y del CONICET.

Para completar esta breve descripción, Houssay recordaba a Braun de la siguiente manera:

“Era a la vez un idealista y un hombre de acción. Su espíritu selecto amaba y practicaba los grandes valores humanos: religión, ciencia, cultura, música y arte, principios morales, amor a la familia y a sus semejantes, fe en el destino humano. Fue un cristiano ejemplar, un creyente que vivía la fe en todos sus actos, que practicó el amor al prójimo y la caridad, que era tolerante y respetaba a los hombres de buena fe y buena conducta cualquiera que fuera su credo”<sup>90</sup>.

Tal vez sin quererlo, Braun se convirtió en el nexo para acercar a ambas partes en la concreción de una entidad que respondía a diversos intereses. Estos “puntos de encuentro” entre los grupos católicos y científicos refuerzan la idea que la naturaleza del ICC presentó una simbiosis particular: pese a ser un espacio promovido por la Iglesia no se dictó una “ciencia católica” –de corte tomista, por ejemplo- sino que se propició el espacio para la creación de cátedras que fueron encargadas a personas que se habían destacado en las temáticas propuestas. La función de Braun era invitar a los científicos más destacados en cada una de las materias elegidas fueran o no católicos. Incluso la mayoría de los científicos escogidos pertenecían al núcleo grueso de Houssay, los “proscriptos” que lejos estaban incluso de interpretar la ciencia en clave religiosa. En este sentido, el trabajo de de Asúa y Busala acierta en destacar la novedad de este instituto: se trató de un centro “patrocinado por la Iglesia diocesana cuya agenda respondía a la lógica de la investigación científica y no estaba modulada por problemas morales o pastorales”<sup>91</sup>. Sin embargo, la explicación no se encuentra en la posible apertura de la Iglesia o en la búsqueda de fomento de la ciencia por sí misma: más bien respondía a la secularización de algunos sectores católicos que

---

<sup>90</sup> Houssay, B., *op.cit.*, pp. 499-508.

<sup>91</sup> de Asúa, M. y Busala. A., *op.cit.*, p. 5.

empezaban a tomar cierta distancia de la jerarquía eclesiástica y sus preceptos dogmáticos. De todos modos, lo cierto es que en el ICC coexistieron dos concepciones históricamente separadas, que volverían a distanciarse luego de este proyecto.

Sin embargo, además de los objetivos científicos y culturales subyacieron las razones políticas en el impulso de este instituto. Como se trabajó en los anteriores capítulos, las opciones políticas fueron la razón de las primeras diferencias entre católicos y científicos con la llegada del GOU en 1943. Diez años después, y a partir de un proceso imperceptible y paralelo, las opciones políticas de turno los encontraron más cerca con la creación de este instituto. Dicho de otra forma, las opciones políticas –que para cada sector provenían de visiones y luchas históricas diferentes- sintonizaron en esta experiencia dando respuesta conjunta a un escenario nacional concreto: hacer frente a la política de Estado de regular los proyectos culturales y científicos, entre otras cuestiones.

En septiembre de 1950 el Congreso de la Nación promulgó una ley que establecía la dirección del Poder Ejecutivo de las academias nacionales. Según Fiorucci, el proyecto fue aprobado rápidamente por la mayoría peronista de la Cámara de Diputados pero fue resistido por los políticos y la opinión pública no peronista, quienes veían en esta idea un paso más en la concreción de una “cultura dirigida”. El origen del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CNIcYT) –creado por el decreto del 17 de mayo de 1951- era de especial importancia para estos planes del gobierno. A su vez, en el año de 1952, el Poder Ejecutivo decretó una reglamentación que planteaba que el gobierno nacional debía ser el “rector y el organizador de toda actividad que interese al patrimonio social, tanto en el terreno cultural como en el científico”<sup>92</sup>. Así, las academias e institutos nacionales debieron adecuarse a una serie de medidas que pretendían integrar a la intelectualidad al proyecto peronista. En el caso de las academias privadas, el gobierno agudizaba su función y se “erigía con la potestad para crearlas, intervenirlas o negarles personería jurídica”<sup>93</sup>.

---

<sup>92</sup> Fiorucci, F., *op.cit.*, p. 40.

<sup>93</sup> Fiorucci, F., *op.cit.*, p. 41. Véase también diario *La Nación* en la publicación del 3 de octubre de 1952.

Esta reglamentación se encontraba efectivamente vigente para la creación del ICC. Por tal motivo, este proyecto privado desde su nacimiento dio que hablar en el ámbito cultural y científico. Muestra de ello, Houssay recordaba, a partir de la figura y el pensamiento de Braun, algunas precisiones sobre el origen del instituto:

“Como estaba prohibido que diéramos clases en las asociaciones científicas o en otros sitios públicos, (Braun) organizó el Instituto Católico de Ciencias, donde se dieron muchas clases públicas con todo éxito. Aspiraba a convertirlo en un centro de enseñanza e investigación de selecta calidad, hasta ser la base de una Universidad prestigiosa de la más alta clase. Quería universidades privadas, pero centros de saber de alta calidad y no fábricas de exámenes y diplomas o focos de tendencias políticas”<sup>94</sup>.

Desde la perspectiva de Houssay, el gobierno estaba cercenando las aspiraciones educativas de estos científicos que debieron buscar tutelaje en la jerarquía católica para lograr su propósito. A su vez, el carácter “público” de las clases en el ICC marcaba la pauta de que su desarrollo no se asemejaba a la de un refugio privado, ni secreto. En este sentido, recordaba Cereijido quien participó de estos cursos en su época de estudiante, que habían sido de público conocimiento las simpatías políticas de quienes participaron en este instituto:

“El peronismo había empezado a tambalear, la Iglesia había comenzado una prudente separación que pronto habría de convertirse en estridente divorcio - ¡precisamente, uno de los puntos que dio origen a esta situación fue el divorcio vincular que el peronismo pretendía implantar- por lo cual el instituto pasaba a adquirir cierto aire subversivo. De hecho, todas las caras que recuerdo haber visto allí pertenecían a gente rigurosamente antiperonista. Se trataba de una noche política en la que todos éramos del mismo color...”<sup>95</sup>.

Poniendo incluso en duda la veracidad de esta fuente, es posible conjeturar que en estos espacios se debatieran algunas otras cuestiones más allá de la diabetes, la teoría de la evolución o la función ganglionar en los procesos tumorales. En este sentido, las explicaciones políticas, culturales y científicas, históricas y coyunturales, permitirían comprender de una manera más acabada la aparición de este instituto cuya función lejos estuvo de limitarse a la de un “refugio académico”. En contraposición, se puede afirmar que este instituto se concibió como reacción frente a las intenciones explícitas del gobierno

---

<sup>94</sup> Véase dossier sobre Eduardo Braun Menéndez en *Ciencia Argentina en la Vidriera* (abril de 2012), *op.cit.*

<sup>95</sup> Cereijido, M., *op.cit.*, p.61.

nacional de regular estas esferas de investigación, producción y enseñanza desde sus comienzos, en general, y a partir de los proyectos de ley aprobados desde 1952, en particular. En otras palabras, tanto los científicos como una parte de la iglesia aunaron fuerzas en este proyecto para sostener su autonomía y distanciarse públicamente –una vez más- de los destinos culturales y científicos que el gobierno nacional pretendía.

A partir de esta presentación se da paso a la descripción sobre la fundación, la organización y las actividades que llevó adelante el ICC para ver cuáles fueron sus aportes para la sociedad de su tiempo, en qué medida concretizó las opciones y luchas planteadas y cómo, pese a su corta existencia, reunió a algunos de los grandes protagonistas de la reorganización científica e universitaria de la época posperonista.

### **Los estatutos del Instituto Católico de Ciencias**

La revista *Criterio* daba muestra de la inauguración del ICC en su edición del 25 de junio de 1953. *Criterio* es una publicación que había surgido en el seno de los CCC y que, desde entonces, se había constituido en una referencia indispensable para aquellos interesados en abordar problemas contemporáneos desde una mirada cristiana. Emiliano MacDonag, directivo del ICC, había secundado a Dell’Oro Maini en la primera dirección de la revista. En 1953, su dirección estaba a cargo de Monseñor Gustavo J. Franceschi quien mantenía sutiles diferencias con el peronismo: sus alusiones indirectas y mesuradas para con el gobierno quedaron plasmadas en varias de sus editoriales, incluso durante el conflicto Iglesia-Estado. Más allá de esta coyuntura polarizada, Franceschi pretendía seguir “siendo la voz de la razón, sin perder de vista el bien de la Iglesia y sus fieles”<sup>96</sup>. Con la caída del peronismo, se reveló la crítica deliberada de Franceschi tanto para Perón como para cierta parte del catolicismo argentino<sup>97</sup>.

La extensa nota que le dedicaba esta revista a la fundación, explicación y descripción del ICC daba cuenta también de sus propios estatutos:

---

<sup>96</sup> Caimari, L., *op.cit.*, p. 357.

<sup>97</sup> Caimari, L., *op.cit.*, pp. 350-358.

“Transcribimos a continuación los estatutos del Instituto Católico de Ciencias.

**Creación.-** Con el alto patrocinio del Emmo. Señor Cardenal Arzobispo de Buenos Aires y Primado de la Argentina se crea el Instituto Católico de Ciencias, con sede en la Capital Federal.

**Fines.-** Las actividades del Instituto Católico de Ciencias tenderán a ‘dar a espíritus jóvenes el respeto de la verdad y guiarlos hacia los libres progresos indispensables para su madurez intelectual’ lo cual según S.S. Pío XII es la más elevada misión de la Universidad (carta de S.S. Pío XII al 22° Congreso Pax Romana). Iniciará sus actividades en el campo de las ciencias exactas, físico-químicas, naturales y biológicas sin que ello signifique una limitación para el futuro.

Para lograr sus fines procurará:

- 1) Fundar Institutos, Laboratorios o Gabinetes destinados a la investigación original y formación de investigadores.
- 2) Crear cátedras permanentes u organizar cursos espaciales o conferencias a cargo de personas de reconocida autoridad que se hayan destacado por su labor original en la materia.
- 3) Organizar cursillos teórico-prácticos de orientación para estudiantes y cursos de especialización para graduados.

**Dirección.-** El Instituto Católico de Ciencias estará gobernado por un Consejo Directivo, el cual actuará con las más amplias facultades y estará constituido por un mínimo de tres y un máximo de ocho miembros. El Consejo Directivo elegirá entre sus miembros un secretario quien cumplirá las disposiciones adoptadas por el Consejo Directivo. Para ser miembro del Consejo Directivo se requiere ser votado por la mitad más uno de los miembros componentes del Consejo Directivo.

**Reforma del estatuto.-** Toda reforma del presente estatuto deberá ser votada por el Consejo Directivo y ratificada por el Emmo. Señor Cardenal Arzobispo de Buenos Aires.

**Recursos.-** El Instituto contará con los siguientes recursos:

- 1) Los aranceles de los estudiantes y oyentes.
- 2) Los aportes fijos o accidentales de instituciones o personas que deseen contribuir al desarrollo del Instituto.
- 3) Las donaciones o legados en favor del Instituto.

**Destino de los bienes en caso de disolución.-** En caso de disolverse el Instituto Católico de Ciencias en sus bienes pasarán al acervo común de los Institutos Católicos de Buenos Aires o en su defecto a la Fundación Ateneo de la Juventud.

**Disposiciones transitorias.-**Contando con la aprobación del Emmo. Señor Cardenal Arzobispo de Buenos Aires se constituye el Consejo Directivo del Instituto Católico de Ciencias con las siguientes personas: Doctor Eduardo Braun Menéndez (secretario), Doctor Venancio Deulofeu y Doctor Emiliano Mac Donagh.

El Instituto Católico de Ciencias, tendrá como sede el edificio de la calle Carlos Pellegrini 1535, Buenos Aires, gentilmente cedido a tal efecto por el Sr. Director de los Cursos de Cultura Católica, Cgo. Luis M. Etcheverry Boneo<sup>98</sup>.

A continuación se desarrollarán algunos puntos cruciales de este estatuto para la mejor comprensión del instituto.

### **La creación, los objetivos y los cursos del ICC**

El 9 de junio de 1953 en la ciudad de Buenos Aires fueron inaugurados con un acto público los cursos del ICC “al cual asistieron su Excia. Emma. el Cardenal Arzobispo de Buenos Aires y un numeroso y calificado público”<sup>99</sup>, de acuerdo a *Criterio*.

La primera parte del año de 1953 presentaba signos relevantes de polarización y agitación en la sociedad argentina: la sospechosa muerte de Juan Duarte, hermano de Evita y secretario privado de Perón, desembocó en una movilización trágica de la CGT en apoyo al líder. El 15 de abril, una multitud se congregó en la plaza y al empezar el discurso de Perón estallaron dos bombas, con un saldo de siete muertos y un centenar de heridos. El pánico, el caos y luego la ira se apoderaron de la muchedumbre. En consecuencia, el desquite no se hizo esperar: esa misma noche, grupos de manifestantes incendiaron y apedrearon las sedes del Jockey Club y del Partido Socialista y dañaron las centrales del Partido Demócrata y de la Unión Cívica Radical. A su vez, se desató una ola de arrestos de dirigentes y personalidades opositoras que alcanzó los casi cuatro mil detenidos, desde Victoria Ocampo hasta Alfredo Palacios, entre los que se encontraban varios dirigentes católicos<sup>100</sup>. Por lo visto, se trataba de un contrataque poco discriminado. Con una realidad política bastante revuelta y con un peronismo en avanzada, a dos meses exactos de la muerte de Juan Duarte se fundaba el ICC.

---

<sup>98</sup> Publicación de *Criterio* del 25 de junio de 1953, n° 1190, p. 486.

<sup>99</sup> Publicación de *Criterio* del 25 de junio de 1953, n° 1190, p. 486.

<sup>100</sup> Torre, J., “Introducción a los años peronistas”, *op.cit.*, p. 62.

La presencia del cardenal Santiago Copello en la inauguración de los cursos del ICC, aunque respondiera a cuestiones meramente protocolares, revelaba la magnitud del evento. Cabe aclarar que, en tiempos de distanciamiento entre la Iglesia y el Estado, el cardenal Copello se encontraba ubicado en el ojo de la tormenta dentro del mundo católico. Sus críticos, que en su mayoría se paseaban por estos institutos, no comulgaban con la actitud pasiva y sumisa del cardenal frente a las iniciativas del gobierno peronista. Atrás había quedado, para la consideración de sus críticos, el destacado papel del purpurado para consolidar los privilegios que la Iglesia confirmó durante los primeros años del justicialismo. Para estos cuadros católicos, Copello fue perdiendo fuerzas en los últimos dos años del peronismo y su suerte parecía atada a la del gobierno nacional.

Por su parte, en la publicación de la revista *Criterio* no se detallaba sobre este grupo participante. Sin embargo, y de acuerdo a lo analizado en los capítulos previos y a la entidad misma del instituto, se podría distinguir de entre el público a profesionales, intelectuales y profesores pertenecientes sobre todo al laicado y a una minoría de invitados especiales, ajenos al catolicismo, que colaborarán con este instituto.

Dada la doble naturaleza del instituto- católica y científica- la revista *Criterio* no fue la única que se refirió a esta fundación: lo mismo hizo *Ciencia e investigación (CeI)* que provenía del ámbito científico distante al gobierno. *CeI* era la revista patrocinada por la *Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias (AAPC)*, que había tenido su primera publicación en enero de 1945 y que desde entonces buscaba ser un instrumento sostenido para la divulgación de la cultura científica en la sociedad argentina. Por su parte, sobre la AAPC esta investigación se ha ocupado en el capítulo 1.

Para 1953, tanto la entidad como su revista se encontraban vigentes y, a su vez, mantendrían una nítida relación con el ICC: dos de sus directores, Braun Menéndez y Deulofeu, participaban de la AAPC –el segundo era su presidente- como del comité de redacción de la revista –Braun era el editor principal-. Por este motivo, no llamaba la atención que la revista promocionara los cursos de ICC y dedicase algunas de sus editoriales para la descripción sobre la concepción y el funcionamiento del mismo.

En la sección “Mundo Científico” de la edición de junio, la revista anunciaba la creación del ICC –junto a sus fines y directores- y los primeros cursos. Dentro de los cursos que se mencionaban en esta revista -al igual que en *Criterio*- se destacan los siguientes: 1) “Fisiopatología de la diabetes” (veintiocho clases) organizado por Virgilio Foglia y en el cual participaron otros científicos anteriormente nombrados como Luis Leloir y Raúl Trucco. A ellos se le sumaba ni más ni menos que Alberto Houssay, fisiólogo e hijo de Bernardo Houssay. Resulta por lo menos curioso que en la nota de *Criterio* se anunciase este curso a cargo simplemente de Foglia “y un grupo de investigadores” dada la talla que tenía cada uno de los anteriormente mencionados; 2) “Progresos recientes en el análisis químico cualitativo inorgánico” (seis clases) por el Dr. Ariel Guerrero; 3) “Las teorías de la evolución” (diez clases) por el Dr. Emiliano Mac Donagh –directivo del ICC-; 4) “Los insectos transmisores de enfermedades a las plantas de la Argentina” (ocho clases), a cargo del Dr. Belindo Torres; 5) “La función ganglionar en los procesos tumorales” (cinco clases), a cargo del Dr. Alejandro Pavlovsky; 5) “Productos aromáticos” (doce clases), con el Dr. Adolfo Montes; 6) “Electrofisiología nerviosa”, por el ya mencionado Dr. Miguel Covián; 7) “Curso de arquitectura” (seis meses) a cargo del Arq. Carlos Casares; y 8) “Ecología de la vegetación de lugares áridos”, a cargo del Ing. Alberto Soriano<sup>101</sup>.

La edición de *CeI* del mes de julio volvía a hacer mención a los cursos dictados por Mac Donagh, Montes, Guerrero, Foglia y Soriano. A estos se les sumaban “Mecanismo de las reacciones químicas” por Heberto Puente, “Curso sobre virus” por Armando Parodi –quien pertenecía al grupo de Leloir- y “Valoración de la logística” por Agustín Durañona y Vedia. En agosto, *CeI* presentaba en la misma sección los cursos mencionados de Guerrero, Parodi, Pavlosky y Castellanos, Covián, Soriano, Torres y Durañona y Vedia. Los nuevos cursos eran “Matemática Aplicada” (25 clases), “Aspectos químicos y bioquímicos de las materias grasas naturales (12 clases) a cargo de Pedro Cattaneo y Rodolfo Brenner, “Curso de química física para biólogos y médicos” (16 clases) por Carlos Prelat, “Enfermedades de la glándula tiroides (10 clases) dirigido por Enrique del Castillo y colaboradores, “El testículo humano” (7 clases). La duración de cada clase en todos los cursos, según lo

---

<sup>101</sup> *Ciencia e Investigación*, “Instituto Católico de Ciencias” (sección Mundo Científico), junio de 1953, p. 278.

expresado en la revista, era estrictamente de una hora. Algunos cursos, como el de Mac Donagh o el de Guerrero, se dictaban en una clase por semana. Otros, como el de Foglia o el de Parodi, tenían una frecuencia de dos clases por semana<sup>102</sup>. En octubre y noviembre se anunciaban los cursos de Braun, Hugo Chiodi –discípulo de Houssay-, el físico Teófilo Isnardi y de Guerrero. La mencionada Fundación Campomar (más precisamente Raúl Trucco, José L. Reissig, Horacio G. Pontis, Luis F. Leloir y Carlos E. Cardini) se encargaría de un seminario sobre metabolismo de grasas, proteínas y azúcares. Por su parte, Foglia y Covián brindarían un nuevo curso cada uno: “Correlación endócrina” e “Hipotálamo” respectivamente. En cuanto a los integrantes principales del Consejo Directivo, Deulofeu se encargó de un curso sobre reacciones de química orgánica y durante 1954 ofició un seminario sobre química. MacDonagh, por su parte, dictó en este año un curso de zoología biológica (20 clases) y otro sobre las aves migratorias en Argentina mientras que Braun brindó unas clases sobre la sal y la patología de la hipertensión<sup>103</sup>.

En su experiencia como participante de estos cursos, Cereijido, estudiante de medicina por entonces, recordaba lo siguiente:

“En cierta ocasión llegó a mis manos un folleto que anunciaba la creación del Instituto Católico de Ciencias, en el que Eduardo Braun Menéndez, Virgilio G. Foglia, Miguel Covián y otros discípulos de Houssay dictarían cursillos sobre tópicos de fisiología. (...) El Instituto Católico de Ciencias funcionaba en los bajos de un edificio de la calle Carlos Pellegrini, entre Posadas y Leandro N. Alem; la casa parecía haber sido la mansión de alguna familia adinerada. Sus salas no contenían más que unos pizarrones escuetos y una veintena de sillas plegadizas. Una joven hermosísima, de porte aristocrático y afabilidad perturbadora que – más tarde me enteré – era hija de Braun Menéndez, hacía las veces de secretaria ejecutiva, cajera y musa inspiradora. Pagué la inscripción a todos los cursos programados para comenzar esa misma noche; fui a la clase de fisiología química que dictaba un gordo inteligente, afable, entusiasta, de voz estridente, que borraba el pizarrón con las manos, se manchaba su gastado traje azul marino, sudaba, se enjuagaba la frente con los dedos y la dejaba, por supuesto, cubierta de tiza; evidentemente disfrutaba al enseñar. Era el doctor Carlos Prelat... (...) También tome un curso de neurofisiología dictado por Miguel Covián... (...) El curso incluía

---

<sup>102</sup> *Ciencia e Investigación*, “Cursos del Instituto Católico de Ciencias” (sección Mundo Científico), julio de 1953, p. 325.

<sup>103</sup> de Asúa, M. y Busala, A., *op.cit.*, p. 4.

una parte práctica que sería dictada en el Instituto de Biología y Medicina Experimental, y así fue como, días más tarde, como quien visita un santuario, entraba a los laboratorios que dirigía Bernardo A Houssay”<sup>104</sup>.

Los objetivos tripartitos de este instituto –la fundación de laboratorios, la creación de seminarios de investigación a cargo de especialistas y la organización de cursos de orientación- pretendían ser alcanzados por medio de una idea clara de ciencia y un estilo metodológico marcado. En cuanto a lo primero, en la editorial de *CeI* de agosto de 1953 Braun argumentaba:

“No se puede, por lo tanto, concebir una ciencia católica contrapuesta a otra ciencia que no lo fuera. (...) El nombre de católico del nuevo instituto se justifica porque es patrocinado por la jerarquía y contribuyen a sostenerlo católicos que recuerdan la tradición de la Iglesia de favorecer el progreso del saber, fundando universidades, academias, bibliotecas e institutos de investigación. La ciencia que cultive el Instituto Católico deberá ser la misma que se cultiva en todo instituto científico auténtico. Consistirá en la búsqueda de hechos y su correlación causal, sin otra mira que la de ampliar los conocimientos, en la seguridad de que ‘no puede haber contradicción entre las verdades de la fe ciertas y los hechos científicos comprobados’, como lo ha afirmado recientemente S.S. Pío XII”<sup>105</sup>.

Esta declaración de Braun tenía varios cometidos, entre los que se destacan: 1°) insertar la acción de este instituto en los lineamientos culturales y científicos planteados por Pío XII que fueron desarrollados en el capítulo anterior; 2°) colocar a la jerarquía argentina en el lugar de meros “patrocinadores”, entendiendo que su función iba a estar estrictamente relacionada con la tutela pero no así con la organización ni con la propuesta; 3°) garantizar la búsqueda del saber sin presiones ni prejuicios, diferenciándose con el estilo que apreciaban del gobierno nacional; 4°) acortar las distancias de la fundamentación del saber entre científicos y católicos posibilitando una invitación amplia a participar en estos cursos; 5°) mostrar que sus argumentos sobre los proyectos de universidad privada –trabajados en la unidad 1 y 2- eran factibles en nuestro país.

En cuanto a la metodología que pretendía desarrollar el instituto, en la misma editorial Braun aseguraba:

---

<sup>104</sup> Cerejido, M., *op.cit.*, pp. 61-62.

<sup>105</sup> *Ciencia e Investigación*, “El Instituto Católico de Ciencias” (editorial), agosto de 1953, p. 337.

“En los cursos se procurará hacer participar al alumno en forma activa, por medio de la discusión del tema después de cada conferencia y de ejercicios prácticos que integran la enseñanza teórica; por este motivo se ha limitado a un corto número el de los inscriptos de cada curso”<sup>106</sup>.

Investigación y enseñanza eran caminos científicos que iban de la mano para este grupo de investigadores. Nuevamente es Cerejido quien confirmaba esta afirmación en un artículo de la revista “Ciencia Hoy” de 1989 en el que decía:

“En la Facultad nos contentamos con saber que ‘tal sustancia ejerce tal efecto’. En cambio, en el Instituto Católico de Ciencias aprendemos además quién lo ha demostrado, qué explicaciones alternativas se han barajado, para qué especies animales son válidas las afirmaciones, hasta qué punto son confiables las conclusiones. A diferencia de mis profesores del Instituto de Fisiología en la Facultad de Medicina, que basan sus clases en libros de texto, los del Instituto Católico de Ciencias se refieren exclusivamente a trabajos originales, conocen personalmente a sus autores y, cuando nosotros consultamos dichas publicaciones, descubrimos invariablemente que sus nombres figuran en la bibliografía. Lo que más nos subyuga de los nuevos maestros es que no se limitan a hablar de la ciencia: la hacen, son científicos”<sup>107</sup>.

Tanto los cursos como la dinámica propuesta eran de calidad. Prueba de ello eran la talla de los investigadores, la minuciosidad de los temas planteados y la dinámica conjunta de enseñanza e investigación. Por otro lado, también estaba a las claras la intencionalidad del ICC. Al hacerse públicos los intereses científicos-culturales que se conjugaron en la concreción de este proyecto quedaba en claro que éstos desafiaban los anhelos del gobierno nacional. Las personas, las instituciones, la historia, las ideas que se entrecruzaron en este instituto -y que hicieron frente “antes y ahora” a los requerimientos del peronismo- en su gran mayoría no simpatizaban con los trazados peronistas, ni viceversa. Una muestra de ello es el recuadro que acompañaba a la editorial de Braun en *CeI* descrita en este capítulo:

---

<sup>106</sup> *Ciencia e Investigación*, “El Instituto Católico de Ciencias” (editorial), agosto de 1953, p. 338.

<sup>107</sup> Cerejido M., “Braun Menéndez nos falta por todas partes” en *Ciencia Hoy*, vol. 1 n° 3, abril/mayo 1989, p. 68.

“La ignorancia consciente y la honestidad intelectual son atributos que debe poseer todo investigador. La discusión libre requiere una atmósfera desembarazada de toda excesiva autoridad y de toda excesiva reverencia”<sup>108</sup>.

Sumada a esta indirecta, la editorial de *CeI* de septiembre de 1953 titulaba “Tensiones entre la Universidad y la Sociedad” empleando un distanciamiento algo más explícito con el gobierno nacional:

“Se debe resistir firmemente toda intromisión que tienda a restringir aún en forma indirecta la libertad académica y se debe tratar de liberarla donde ha sido cercenada. La universidad debe defender su derecho de investigar, de discutir y publicar sin limitación alguna los resultados de sus estudios, y de enseñar libre de todas directivas extrañas que tarde o temprano, en mayor o menor grado, la convertirán en agencia de propaganda de la ideología y de los intereses del grupo que gobierna. Esta actitud dará por frutos bienes de dos índoles, unos propios de la universidad para cuya vida la libertad es indispensable; otros de índole social, pues limitar en un sentido la invasión indebida del poder estatal dará ejemplo de independencia y sentará precedentes para estimular y dar fuerza a la resistencia contra esa intromisión en otros campos, y contribuirá así a salvaguardar la libertad y la primacía del espíritu”<sup>109</sup>.

Por último, en diciembre de 1953 aparecía una nueva editorial en esta revista que se llamaba “La Ciencia y la Técnica en el segundo Plan Quinquenal” y que abiertamente socavaba los argumentos gubernamentales para una ciencia y una cultura dirigida:

“En numerosos ocasiones el Plan establece que el Estado auspiciará, promoverá o realizará investigaciones científicas y técnicas. Es conveniente considerar cuáles son las condiciones en que este auspicio puede ser útil o la promoción eficaz. Con frecuencia se ha sostenido en estas páginas que la primera condición necesaria para el progreso científico es un ambiente de libertad. Los hombres de ciencia deben tener la libertad de iniciativa, la libertad de acción, la libertad de información, la libertad de discusión y de publicación de sus resultados. El Estado podrá proponer una investigación científica determinada, pero no puede exigírsela a un hombre o a un grupo científico si éstos no consideran oportuno hacerse cargo de la investigación, aun cuando fueran empleados del gobierno. (...) La investigación científica no es función del Estado. El papel del Estado es auxiliar y supletorio. (...) Las excelencias o los defectos de un plan importan menos que el espíritu y la eficacia con que se lo lleva a cabo. Si los hombres encargados de implementarlo no

---

<sup>108</sup> *Ciencia e Investigación*, “El Instituto Católico de Ciencias” (editorial), agosto de 1953, p. 338.

<sup>109</sup> *Ciencia e Investigación*, “Tensiones entre la universidad y la sociedad” (editorial), septiembre de 1953, p. 335.

tienen un conocimiento cabal de lo que es la ciencia y de cómo son y cómo trabajan los hombres de ciencia, las directivas más sabias serán estériles o tendrán consecuencias contraproducentes”<sup>110</sup>.

## **El cierre del Instituto Católico de Ciencias**

Como se expuso hasta ahora la incompatibilidad de intereses que inspiraban al ICC por un lado y al gobierno nacional por el otro tarde o temprano volverían a entrar en colisión. En la dinámica de esos tiempos, cabía espacio para uno solo y desde 1943 había quedado en claro quién ocuparía oficialmente este terreno. La ruptura inicial del gobierno con estos científicos y el comienzo del distanciamiento entre el Estado y algunos sectores de la Iglesia no iban a favorecer con la continuidad de este proyecto. Tampoco la disposición más unilateral que había empezado a tomar el gobierno, primero desde 1950 con una recurrencia de políticas y acciones más censuradoras y de confrontación y luego desde 1952 con la profundización en la concreción de una “cultura dirigida”<sup>111</sup>. Sin embargo, también estas evidencias mostraban la otra cara de la moneda: en su afán por aumentar poder y construir un régimen pleno, el gobierno se fue encerrando en su propio laberinto que en 1955 detonaría en su caída ocasionada por la saturación institucional y las fuerzas de la oposición. En otras palabras, el cierre del ICC muestra por un lado una práctica recurrente del peronismo en esos años (la censura) pero que por el otro manifestaba la propia trampa que se estaba construyendo el peronismo –provocada en gran medida también por sus propios enemigos- que lo llevaría a la debacle. La resistencia cada vez más abierta de los sectores no peronistas acrecentaba este tipo de situación.

El año de 1954 terminaría siendo clave en esta historia. Se trata del año que marcaría la ruptura definitiva entre la Iglesia y el Estado a partir de numerosos sucesos generales que fueron mencionados en el capítulo 2<sup>112</sup>. Como evidencia Hugo Gambini en

---

<sup>110</sup> *Ciencia e Investigación*, “La Ciencia y la Técnica en el segundo Plan Quinquenal” (editorial), diciembre de 1953, p. 529.

<sup>111</sup> Fiourcci, F., *op.cit.*, p. 40.

<sup>112</sup> Otros sucesos más particulares que avivaron las diferencias entre las partes fueron: la participación de Perón en los espectáculos del pastor evangelista Theodore Hicks, la aparición del Partido Demócrata Cristiano (con la activa participación del médico fisiólogo Juan Lewis, mencionado anteriormente) y los rumores de distanciamiento entre Perón y Copello.

*Historia del Peronismo* para el tradicional acto del 17 de octubre de 1954 Perón deslizaba una crítica que repercutió en el seno de la Iglesia:

“Están también los apolíticos, que son algo así como la bosta de palomas; y son así porque no tienen ni buen ni mal olor. Y los enemigos disfrazados de peronistas, que también los hay. A estos los vamos conociendo de a poco, y eliminando de toda posibilidad. (...) Cuando la suerte de la República se juega en su destino, hay un solo delito infamante para el ciudadano: no estar en ninguno de los dos bandos o estar en los dos”<sup>113</sup>.

Esta clara alusión a la Iglesia respondía a la cercanía de algunos de sus sectores con las filas antiperonistas que empezaban a aparecer. Gambini expresa que a partir del acto peronista del jueves 25 de noviembre en el Luna Park, los carteles que se empuñaron en el lugar (“¡Ni clericales ni comunistas!”, “¡Perón sí, curas no!”, “¡Los cuervos de la Iglesia”), los discursos leídos en ese acto – especialmente el de Alberto Teisaire, presidente del consejo superior del Partido Peronista, quien se refirió a la “ingratitude clerical” y el de Eduardo Vuletich, secretario general de la CGT, que reclamó que así como “Cristo echó a latigazos a los fariseos del templo, Perón lo mismo, si es necesario que los eche a latigazos de la tierra”- y la respuesta de la Iglesia distribuida tres días después del acto –que proclamaba que “en el caso de defensa de los principios fundamentales de la doctrina católica, no se trataría de oposición política sino de defensa del altar”- no hubo vuelta atrás en este conflicto. En vano fueron los intentos del cardenal Copello y del nuncio Zanín para que este conflicto no se agravara. Días después, el decreto 20.564 firmado por Perón suprimía la dirección general de Enseñanza Religiosa. Luego se sumarían la disputa ocasionada en torno al 8 de diciembre con motivo de la fiesta de la Inmaculada Concepción, la quita de la personería jurídica del diario católico *El Pueblo* -13 de diciembre de 1954-, la aprobación de decretos y leyes seculares mencionadas en el capítulo 2, la intervención de Radio Colón en 1955, la renuncia del ministro Cafiero –quien se encontraba en una encrucijada importante en aquel tiempo por su condición peronista y católico militante-, la suspensión de las festividades católicas –decretada el 20 de marzo-, la derogación de las exenciones de impuestos a las instituciones religiosas -13 de mayo-, la

---

<sup>113</sup> Gambini, H., *Historia del peronismo. La obsecuencia (1952-1955)*, Buenos Aires, Javier Vergara Editor, 2007, p. 311.

procesión de Corpus Christi, los rumores por una supuesta quema de la bandera nacional por parte de los católicos, el conflicto con el vicario general Manuel Tato y el diácono asesor Ramón Novoa, entre otros eventos destacables en este conflicto que fue cobrando tintes más radicales<sup>114</sup>.

En este clima político, poco se sabe sobre el cierre del ICC. Se trata de un misterio que no se encuentra fundamentado en ninguna fuente explorada hasta el momento. La única pista es la que destacan de Asúa y Busala en su mencionado artículo: el testimonio que Virgilio Foglia le brindó a través de una entrevista a Analía Busala en el que aseguraba que el instituto fue cerrado por la policía y no reanudó sus actividades en el año 1955<sup>115</sup>. Efectivamente, en las publicaciones de *CeI* se anuncian los cursos del ICC hasta septiembre de 1954 por lo que el testimonio de Foglia posiblemente sea verdadero. De esta manera, el cierre del instituto se puede situar en un contexto político determinado –como el que fue descrito- pero analizado a partir de algunas conjeturas. En este intento por atar cabos sueltos, el cierre del ICC habría respondido a dos variables coyunturales que efectivamente se entrecruzaron: por un lado, la potestad del Poder Ejecutivo -a partir del decreto de 1952- para quitar la personería jurídica le habría servido para hostigar a un instituto que abiertamente, se diferenciaba de los lineamientos oficialistas, particularmente por la participación de los “científicos proscritos”. A su vez, la desconfianza creciente de Perón con algunos sectores de la Iglesia avivó la disputa entre las partes, hasta que finalmente se desató el conflicto abierto. En su desvarío triunfalista, el gobierno no habría tolerado la resistencia de la Iglesia a sus propias aspiraciones. Veía que en estos sectores, entre los que se podían ubicar a los organizadores del ICC, se iban forjando conspiraciones en su contra. Y afortunadamente sí existen fuentes que evidencian esto.

### **Una mirada retrospectiva de Perón sobre estos institutos católicos**

Hasta el momento, esta investigación dio lugar a las voces que tarde o temprano terminarían oponiéndose al gobierno de Juan Domingo Perón. Desde un principio, el foco

---

<sup>114</sup> Para una cronología más detallada de los episodios de conflicto entre Perón y la Iglesia a partir de 1954 véase Gambini, H., *op.cit.*, cap. 9 y Page, J., *Perón, una biografía*, Buenos Aires, Grijalbo, 1999, cap. 34.

<sup>115</sup> de Asúa, M. y Busala, A., *op.cit.*, p. 4.

de análisis estuvo intencionalmente puesto en ellos. Sin embargo, resultaría muy valioso para ahondar, en otra investigación, sobre la vasta producción de Perón en referencia a los temas aquí tratados. Esto supondría, imponderable e impostergablemente, un análisis sobre los mecanismos discursivos del peronismo, sus soportes y sus principales interlocutores. Asimismo, exigiría una ampliación enorme de las problemáticas planteadas en este trabajo. Pese a estas dificultades, cabe destacar algunas pronunciaciones de Perón en relación a los institutos que se fueron formando en los tiempos más turbulentos de su gobierno.

*La fuerza es el derecho de las bestias* constituye el primer libro que Perón escribió en el exilio luego de su derrocamiento en septiembre de 1955. Con la intención de difundir su obra y de evidenciar sus impresiones sobre el golpe de estado y el nuevo gobierno argentino, Perón hacía un minucioso análisis político que resulta importante para esta investigación. El calor de sus palabras se podía apreciar desde su introducción en la cual expresaba:

“En este libro, deseo presentar un panorama sintético de la situación argentina, mostrando simple y objetivamente el reverso de una medalla de simulación, falsedad y calumnia. Frente al azote inaudito de la dictadura militar, deseo mostrar cómo la fuerza puesta en manos de marinos y militares sin honor, puede llegar a ser el mayor peligro para el orden constitucional y la seguridad de la nación”<sup>116</sup>.

Perón cuestionaba la relación “oligarco-clerical” –mencionada así por él- que venía expresándose desde antes del golpe de estado. En este sentido, y en lo que respecta a esta investigación, Perón exponía:

“Junto con la aparición del Partido Demócrata Cristiano en la Argentina, comenzaron a aparecer asociaciones de médicos, maestros, abogados, industriales, ganaderos, obreros católicos, etc. Esto promovió un sentimiento de inquietud entre los dirigentes de las más diversas organizaciones gremiales, hasta que un día se presentaron a mi despacho los Secretarios Generales de la Confederación General del Trabajo, Economía, de profesionales, de Estudiantes, etc. En esa reunión me hicieron presente su inquietud por la intervención de la Iglesia en sus actividades gremiales. Ellos entendían que la Iglesia podía asociar católicos,

---

<sup>116</sup> Perón, J., *La fuerza es el derecho de las bestias*, Montevideo, Ediciones Cicerón, 1958, capítulo I y II.

pero no a los obreros, profesionales, estudiantes, etc. como entes gremiales y, en consecuencia, pedían una solución al conflicto por parte del gobierno”<sup>117</sup>.

No sólo estas asociaciones católicas le traían dolores de cabeza a Perón. En su disputa con la Iglesia Católica, Perón relataba cierto manejo político de la enseñanza religiosa:

“La enseñanza religiosa fue desvirtuada y convertida en cátedra política para el Partido Demócrata Cristiano. Aparte de ello, se hacía desde allí una campaña violenta contra la “escuela laica”, institución fundamental del Estado en la enseñanza argentina y finalmente se realizaba, por todos los medios, una persecución despiadada a los niños y niñas que no concurrían a la clase religiosa o no se mostraban entusiastas para ir a misa o incorporarse a las asociaciones religiosas correspondientes”<sup>118</sup>.

Estas palabras de Perón refuerzan la idea planteada en esta investigación: que la aparición de un instituto, católico y de ciencias, despertó en aquel tiempo las suspicacias de los oficialistas, quienes veían en este tipo de proyectos, un desafío cultural y científico a las pretensiones del Estado y una conspiración política para la suerte del gobierno. Incluso cuando el “catolicismo” del instituto no significaba que la ciencia enseñada y producida en él fuera católica.

\* \* \*

En este capítulo se pretendió insertar la aparición del ICC en un camino histórico de búsquedas tanto de los “científicos proscriptos” como de algunos sectores de la Iglesia. Como se puede apreciar, el surgimiento de este proyecto no se dio por sí solo sino que fue reactivo a los numerosos intereses (culturales, científicos y políticos) que se pusieron en juego, tanto de un lado como del otro. Se vio también que la participación de Braun Menéndez en este cometido fue clave. Pese a ser un católico liberal, que siempre se manejó por la periferia de la jerarquía, logró el patrocinio de esta para que los “científicos proscriptos” pudieran dar clases públicas –como explicaba Houssay-. Sin embargo, los objetivos del ICC respondían a cuestiones más amplias que quedaban evidenciadas en el objetivo tripartito planteado en el estatuto de esta institución. La participación de

---

<sup>117</sup> *Ibidem.*

<sup>118</sup> *Ibidem.*

investigadores reconocidos, los temas programados y la metodología reflejaban la calidad del ICC. Sin embargo, estas mismas cuestiones también manifestaban cierta independencia de los sectores católicos respecto a la jerarquía: si el tomismo regía en todas las áreas dentro de la Iglesia, la participación de científicos independientes –con sus propias ideas y enfoques alejados de esta corriente- hablaría de nuevas búsquedas de estos sectores y de un inicial desprendimiento de “la cristiandad” que se concretaría, como explica Zanca, entre 1955 y 1966<sup>119</sup>. Incluso Emiliano Mac Donagh, quien pertenecía a un sector más tradicionalista dentro del catolicismo, hablaba de las teorías evolucionistas desde la “síntesis neo-darwiniana”<sup>120</sup>.

A pesar de estos ejemplos, la inserción de este instituto se daba en el marco de los lineamientos propuestos por Pío XII y por ende su propuesta no terminó siendo tan radical. Pero sí lo fue en el ámbito político: la aparición y el cierre de este instituto pueden ser explicados por las simpatías políticas y las resistencias a los lineamientos oficialistas que cercenaban la autonomía de cualquier institución. Para 1954, los conflictos crecientes con la Iglesia y la resistencia a las ambiciones oficialistas de una cultura dirigida y nacional marcaron el fin de esta experiencia. Con el tiempo, también se supo que este tipo de instituciones estaban bajo la mirada atenta de Perón quien veía en ellas espacios efectivos de conspiración política. Esta situación coyuntural, como se explicó, fue socavando las aspiraciones y las bases de poder del gobierno. Con el golpe de Estado y la caída de Perón para estos sectores -científicos y católicos- comenzó un tiempo de recuperación desde sus propias perspectivas. Así será como las personas claves del ICC tendrán un papel fundamental en este cometido. Como dice el proverbio chino “lo que se pierde a la salida del sol se recupera a su puesta”.

---

<sup>119</sup> Zanca, J., *op.cit.*, capítulo I.

<sup>120</sup> Véase de Asúa, M., “En el año de Darwin. A propósito del evolucionismo en Criterio” en *Criterio*, n° 2346, marzo de 2009, año 81. Como afirma de Asúa, “se hablaba de la teoría de Darwin con un mecanismo que implicaría una acción restringida de la selección natural, una concepción teleológica del proceso y la intervención divina en la creación del ser humano”.

## Capítulo 4 Los primeros años posperonistas

El 16 de septiembre de 1955 –exactamente tres meses después del ataque aéreo a la Plaza de Mayo- se produjo el golpe de estado autodenominado “Revolución Libertadora”, encabezado por el general Eduardo Lonardi, que derrocó al gobierno de Juan Domingo Perón. Un sinnúmero de explicaciones se dieron para analizar esta sublevación: el descontento y la falta de apoyo de la marina y el ejército para con Perón, la campaña anticlerical y la violencia desatada contra la Iglesia, el agotamiento de un Estado que se encontraba absolutamente expandido pero debilitado, sus políticas y estrategias económicas que viraron del auge al fracaso, las oposiciones acérrimas a las prácticas consideradas de corrupción, de censura y de autoritarismo, el resentimiento de Lonardi con Perón por un episodio de espionaje ocurrido en Chile en 1938, hasta la influencia de los intereses británicos que se habían visto desplazados durante la era peronista, entre otras<sup>121</sup>. De todas maneras, certificar la caída del gobierno de Perón con una sola variable es inapropiado dada la conjunción de factores y elementos que la desencadenaron.

A su vez, se han elaborado incontables argumentaciones sobre el saldo de los nueve años del gobierno peronista. Para esta investigación sólo resultan relevantes aquellas explicaciones que tuvieron relación directa con el proceso y los actores analizados y se expondrán con las conclusiones pertinentes. Lo que indaga concretamente este capítulo es la naturaleza y los lineamientos de la “Revolución Libertadora” y el papel que desempeñaron algunos participantes mencionados en esta investigación en la nueva organización social, cultural y científica que este gobierno se propuso llevar a cabo. Asimismo se expondrá cómo los caminos que se entrecruzaron con la formación del ICC tomarán su propio curso en esta nueva etapa, concretando sus propias aspiraciones históricas que fueron postergadas por gobiernos anteriores, especialmente por el de Perón.

---

<sup>121</sup> Para profundizar sobre las causas de la “Revolución Libertadora” ver Novaro, M., *Historia de la Argentina: 1955-2010*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2011, Torre, J. (dir.), *op.cit.*, y James, D. (dir.), *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, NHA, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

## Del “ni vencedores ni vencidos” a la “desperonización”

La “Revolución Libertadora” presentaba en sus filas a dos sectores bien marcados. Por un lado, estaban los nacionalistas y católicos comandados por el general Lonardi quienes creían que los vicios y errores de Perón habían desencadenado el conflicto imperdonable entre el Estado y la Iglesia, pero aun así rescataban algunos aciertos de su gobierno. Por el otro, se encontraban los animados por las ideas liberales y republicanas quienes creían que el aparato de poder del peronismo debía ser desmantelado en su totalidad para salvaguardar las instituciones. Esta simbiosis funcional de ambos grupos posibilitó una vasta cantidad de partidarios para efectuar el golpe. Sin embargo, los propios desacuerdos que se fueron generando una vez en el poder le impidieron a esta “Revolución Libertadora” sacar provecho del consenso social con el que contaba y de la propia desorganización del peronismo –quienes se encontraban desconcertados con la caída y huida de su líder<sup>122</sup>.

Comenzado su gobierno, el general Lonardi anunciaba que bajo su mandato no iba a haber “ni vencedores ni vencidos”. El objetivo principal de Lonardi y sus adeptos era rescatar algunos elementos de la estructura política peronista -especialmente su base social- permitiendo un "peronismo sin Perón". En palabras del sociólogo Marcos Novaro, la intención de este incipiente gobierno era producir cambios leves “en la compleja estructura política y estatal que el régimen (peronista) había dejado como legado, y los grandes cambios ocurridos en la sociedad bajo su sombra”<sup>123</sup>. Muestra de la heterogeneidad del movimiento, a Lonardi lo acompañaban, entre otros, Eduardo Busso (liberal) como titular de Interior, Mario Amadeo (nacionalista católico) en Relaciones Exteriores y Atilio Dell’Óro Maini (católico, mencionado en esta investigación por su activa participación en la revista *Criterio* y en los CCC) en Educación. La presencia en el gabinete de Luis Cerruti Costa (de conocida simpatía con el sindicalismo peronista) daba cierta muestra de conciliación con la anterior gestión. De igual modo, el nuevo gobierno respetó el derecho de asilo invocado por Perón y facilitó su traslado a Asunción.

---

<sup>122</sup> Novaro, M., op.cit., p. 14.

<sup>123</sup> *Ibidem*.

Sin embargo, no hubo mucho margen para la actitud conciliatoria del presidente. Inmediatamente, el gobierno provisional se vio desbordado por una batallada de reclamos, que lo presionaban para que adoptara una política más dura y decidida contra el peronismo. Lonardi fue criticado inmediatamente por el grupo liberal y republicano del movimiento, que tenía más seguidores entre los demás partidos políticos. Asimismo, la nueva Junta Consultiva –encabezada por Isaac Rojas e integrada por representantes de los principales partidos políticos no peronistas- no comulgaba con las ideas conciliatorias de Lonardi y se lo hicieron saber. Finalmente, se le retiró el apoyo al gobierno provisional para descomprimir la situación política: el 13 de noviembre de 1955, tan sólo dos meses después de su asunción, Lonardi fue destituido de su cargo y reemplazado por el general Pedro Aramburu<sup>124</sup>.

El nuevo gobierno terminó con las ambigüedades de Lonardi en relación al peronismo: la política de Aramburu estuvo directamente dirigida a socavar la influencia del peronismo en el país. Por un lado, al gobierno le preocupaba que el peronismo, como movimiento político organizado, triunfara en una eventual elección que implicaría la vuelta a un gobierno constitucional. Por el otro, la herencia económica del gobierno de Perón lo colocaba en una posición incómoda: la elaboración de un plan de ajuste y de reinserción del sector privado repercutiría en los programas de redistribución y recompensas instaurados por el peronismo y eso afectaría en la consideración popular. Así fue como el plan de la “desperonización” de las instituciones y de la sociedad se convirtió en un *leitmotiv* para este gobierno. Las investigaciones y los juicios a personas influyentes del peronismo, la sustracción del cadáver embalsamado de Evita y su traslado a Italia, la intervención de la CGT y el decreto-ley 4161 fueron claros ejemplos de esta intención. Este último, firmado por Aramburu el 5 de marzo de 1956, pretendía ir a fondo con esta cuestión:

“Considerando: Que en su existencia política el Partido Peronista (...) se valió de una intensa propaganda destinada a engañar la conciencia ciudadana (y de) la difusión de una doctrina y una posición política que ofende el sentimiento democrático del pueblo Argentino, (que) constituyen para éste una afrenta que es imprescindible borrar. (...) Queda prohibida en todo el territorio de la Nación (...) la utilización (...)”

---

<sup>124</sup> Luna, F., *Historia integral de la Argentina: El largo camino a la democracia*, Buenos Aires, Planeta 1997, capítulo 2.

de las imágenes, símbolos, signos, expresiones significativas, doctrinas, artículos y obras artísticas (representativos del peronismo). Se considerará especialmente violatoria de esta disposición la utilización de la fotografía, retrato o escultura de los funcionarios peronistas o sus parientes, el escudo y la bandera peronistas, el nombre propio del presidente depuesto”<sup>125</sup>.

En su intento por recuperar un espíritu más libre y democrático en el país, la “Revolución Libertadora” se vio involucrada en los mismos propósitos que justamente pretendía combatir. A continuación se analizarán los nuevos trazados y objetivos que tuvieron las universidades, la ciencia oficial y la cultura católica, que respondían a intereses históricos y coyunturales, y que contaron con el protagonismo de varios participantes del ICC. Todos estos proyectos se concretaron, contaron con el aval del nuevo gobierno y marcaron un cambio sustancial en la organización de las instituciones del país.

### **La “desperonización” de la universidad**

Como se expuso en el capítulo 1, la experiencia peronista en el ámbito universitario había implicado una importante transformación institucional. Las intervenciones, la expulsión de prestigiosos docentes reemplazados por profesores de menor talla, los cambios en las formas de gobierno y en la representación estudiantil, la sanción de la Ley Universitaria, la puesta de la ciencia y de la técnica al servicio de la industrialización y de la sociedad tuvieron lugar durante esta experiencia. Asimismo, el peronismo había concretado el carácter absolutamente gratuito de la universidad pública, la supresión de los aranceles, la creación de la llamada Universidad Obrera, la masificación de la enseñanza superior (casi triplicando la matrícula entre 1947 y 1955, pero que no fue acompañado por un aumento correlativo de graduados), el acceso de los sectores menos pudientes a la educación, la politización del conjunto del sistema educativo y la fragmentación de la comunidad académica<sup>126</sup>. Como consecuencia importante de la política universitaria del peronismo se vislumbró en esta investigación la aparición de espacios académicos y científicos por fuera de la universidad: tal es el caso del ICC, del IByME, del Centro de Investigaciones Cardiológicas (dirigido por Alberto Taquini, perteneciente al círculo de

---

<sup>125</sup> Decreto-ley 4161 firmado por Pedro Eugenio Aramburu el 5 de marzo de 1956 en Novaro, M., *op.cit.*, p.14.

<sup>126</sup> Buchbinder, *op.cit.*, cap 7.

Houssay), la Fundación Campomar, el Colegio Libre de Estudios Superiores, entre otros. En la gran mayoría de los casos, estos nuevos espacios se agruparon por intereses históricos y por el rechazo político para con el gobierno de Perón.

Desde esta lógica, la “desperonización” de la universidad también puede ser entendida como una respuesta política. Tanto los atropellos que vivenciaron los profesores e intelectuales en tiempos de Perón, como la posibilidad de concretar objetivos históricos postergados, eran motivos suficientes como para acompañar la propuesta de la “Revolución Libertadora”. Sumado a esto, las simpatías de gran parte de la intelectualidad argentina con las ideas del nuevo movimiento (ya sea por “lo católico” como por “lo liberal” o por su definición “antiperonista”) y el rol protagónico que se les asignó a personajes relevantes de la ciencia y la cultura nacional en la “reconstrucción” de la universidad, incentivaron la adhesión a este propósito. De todas formas, la negación del reconocimiento de cualquier tipo de validez académica y/o institucional de la “Revolución Libertadora” para con el peronismo socavaba cualquier intento de conciliación. De hecho, así fue como tuvo lugar un nuevo proceso discrecional de cesantías de profesores, auxiliares y personal administrativo afines al “régimen depuesto”<sup>127</sup>. A éstos se les sumaron quienes decidieron renunciar, solidarizándose con los cesanteados. Para cubrir estos puestos vacantes, se abrieron de inmediato concursos de títulos y antecedentes y fue en este punto donde surgieron las primeras chispas entre los grupos que conformaban el movimiento “libertador”: tanto católicos como liberales proponían personas afines a sus ideales y rechazaban a los patrocinados por los otros. El caso más ejemplar fue la discusión en torno a la designación de Dell’Oro Maini en el ministerio de Educación y Cultura y los reparos en consecuencia de los sectores más liberales.

A partir del golpe, el gobierno realizó también varias intervenciones en las universidades designando nuevas autoridades al frente de cada una de ellas: José Luis Romero fue nombrado como interventor de la UBA, José María Manuel Fernández en la Universidad Nacional del Litoral, Benjamín Villegas Basavilbaso en La Plata y Juan Adolfo Vázquez en Tucumán. Estos cuatro compartían una misma particularidad: habían

---

<sup>127</sup> Buchbinder, P., op.cit., p. 170.

permanecido al margen de la universidad durante el peronismo y su retorno respondía a un cambio que se evidenciaba como necesario. La misma suerte corrió el grupo de Houssay: él mismo fue reincorporado al Instituto de Fisiología de la Facultad de Medicina (UBA) y con él los colaboradores que lo habían acompañado (Foglia y Braun). En la entrega oficial de su cátedra, Houssay recibió una ovación del Aula Magna cuando le tocó hablar. Con su vuelta al Instituto, Houssay reorganizó los trabajos prácticos, enseñó personalmente a los ayudantes e inició a jóvenes en la investigación médica. Él mismo recordaba este acontecimiento de la siguiente forma:

“Debí hacerme cargo del Instituto de Fisiología de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires. Lo encontré en un estado de inactividad, desorganización y corrupción imposibles de imaginar. Por ahora y por cierto tiempo sólo es posible realizar investigaciones científicas en el Instituto de Biología y Medicina Experimental aunque es pequeño. Tenemos una tarea gigantesca que cumplir, pero nuestro deber es emprenderla con el máximo de nuestras fuerzas”<sup>128</sup>.

Sin abandonar sus funciones en el IByME, en 1956 Houssay se convirtió en profesor con “dedicación exclusiva” de la UBA. Sin embargo, el 13 de mayo de 1958 dejó la cátedra y su lugar fue ocupado por Foglia y Braun. Ese mismo año, Houssay se retiró definitivamente de la docencia producto de su edad, de la vasta cantidad de proyectos que se encontraba realizando y de cierta desilusión causada por la postergación de sus consejos para la universidad y los reiterados pedidos de recursos para su instituto. Pese a esto, la creación del Conicet le permitirá a Houssay tener una posibilidad sólida de concretar algunas de sus aspiraciones.

Por su parte, Lewis volvió al instituto de investigaciones de Rosario, mientras que Orías había fallecido unos meses antes –pero su instituto de Córdoba reanudó sus actividades de igual modo. La reorganización de las universidades argentinas y la muerte de Jaime Campomar desmembraron al grupo inicial del instituto de Leloir, aunque éste siguió funcionando. De hecho, en 1958 el instituto se trasladó a un edificio de la calle Obligado 2490 (en el barrio de Belgrano) y allí, ese mismo año, se creó el Instituto de Investigaciones

---

<sup>128</sup> Barrios Medina, A., “Con el máximo de nuestras fuerzas”. Disponible en <http://www.houssay.org.ar/hh/1955/index.htm>.

Bioquímicas de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA. Leloir fue nombrado como profesor extraordinario de este instituto, por lo que quedaba integrado a la enseñanza, a la formación de científicos y a la investigación de la universidad pública. Por otro lado, Enrique Gaviola recuperó su puesto como director del Observatorio Astronómico de Córdoba y luego organizó el Laboratorio Central de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Tucumán. Venancio Deulofeu retomó sus funciones como bioquímico en la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA y fue nombrado como consejero del nuevo Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI), entidad semejante al INTA (Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria) que se orientó concretamente en la producción industrial apoyada en una base científica<sup>129</sup>. Por su parte, Héctor Isnardi (profesor del ICC) volvió a dictar sus clases de fisicoquímica y física matemática también en la Facultad de Ciencias Exactas. Además, otros docentes e investigadores como Alfredo Lanari, Mariano Castex, Nicolás Romano y Alejandro Ceballos, entre otros, también fueron repuestos en sus cátedras. Caso contrario fue el de Emiliano MacDonagh quien en 1955 se jubiló de sus cargos como director del Museo de Ciencias Naturales de La Plata y sus cátedras en la Facultad de Agronomía y en la Escuela Normal Nacional (de nivel secundario). Sus nuevas funciones estuvieron ligadas directamente a la creación y organización de la nueva universidad católica.

En cuanto a la organización institucional, la “Revolución Libertadora” sancionó el decreto 6.403 que ampliaba y fortalecía la autonomía universitaria: a partir de ese momento, las universidades nacionales determinarían sus propias estructuras y profesores. Asimismo, el decreto expresaba que la administración gubernamental, económica y educativa de estas universidades corría por cuenta de los propios consejos superiores. Este decreto, en general, fue bien aceptado tanto por los directivos como por las organizaciones estudiantiles de las casas de estudios superiores. Sin embargo, el punto de discordia fue, como explica María Sáenz Quesada en su libro *La Libertadora*, el artículo 28 que permitía la fundación de universidades “libres” –entiéndase privadas- en condiciones de expedir títulos habilitantes<sup>130</sup>. Se trató de una contribución al sector de la Iglesia nacional -que

---

<sup>129</sup> Sáenz Quesada, M., *La Libertadora: 1955-1958*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, cap. 19

<sup>130</sup> *Ibidem*.

apoyaba a este nuevo gobierno- en su intento histórico de consolidar universidades confesionales con reconocimiento habilitante. El ministro de Educación Dell’Oro Maini, previendo tal vez esta decisión, ya había expresado lo siguiente:

“El Estado no tiene el monopolio de la verdad, de la ciencia y de la educación. La triste experiencia realizada es un argumento que valoriza en los hechos la necesidad de abrir caminos a la iniciativa privada”<sup>131</sup>.

Así fue como, por ejemplo, el Instituto Superior de Filosofía se transformó en 1956 en la Facultad Universitaria de Filosofía dirigida por la orden jesuita.

Varios sectores del estudiantado público rechazaron este artículo: lo consideraba en contra de los intereses de la enseñanza estatal y un beneficio desmedido para las clases sociales privilegiadas. A su vez, fue cuestionado el artículo 32 que promovía controles ideológicos a los profesores y le reservaba la capacidad al ministerio de Educación de aceptar la apertura de centros estudiantiles. El apuntado fue el mencionado ministro de Educación quien recibió tanto las críticas de numerosas organizaciones estudiantiles como las del interventor de la UBA, José Luis Romero<sup>132</sup>. En cambio, Houssay, Braun y Gaviola aceptaban la aparición de universidades libres que permitieran la enseñanza, la investigación y la búsqueda del saber en un clima favorable<sup>133</sup>. De hecho, Braun lo veía como una prioridad en el sistema educativo superior:

“NO creo en la posibilidad de convertir a nuestra ‘so called’ Facultad en un centro universitario de verdad. La única solución, a mi juicio, es la universidad privada, y me he impuesto la misión de trabajar por ella”<sup>134</sup>.

---

<sup>131</sup> Sáenz Quesada, M., *op.cit.*, p. 187.

<sup>132</sup> Según expresa Sáenz Quesada, ante este artículo José Luis Romero amenazó con renunciar: “La cuestión de las Universidades libres representa un problema de fondo que divide la opinión de los universitarios argentinos y que en las actuales circunstancias es conveniente postergar”. Ver Sáenz Quesada, M., *op.cit.*, p.190.

<sup>133</sup> *Ibidem*.

<sup>134</sup> Hurtado, D., *op. cit.*, p. 105.

El clima universitario se tornó tenso: los movimientos estudiantiles, amparados por los sectores liberales y reformistas, se opusieron a esta medida y exigieron la renuncia de Dell'Oro Maini. Ante este conflicto, algunos podían certificar que la politización de la universidad continuaba aun sin Perón. Con un clima insostenible y para evitar un desenlace trágico, el ministro decidió renunciar en mayo de 1956. Como contrapartida, Aramburu le solicitó la renuncia a tres interventores universitarios: Romero, Villegas Basavilbaso y Vicente Fatone (Universidad del Sur). La situación logró normalizarse aunque este artículo -que no había logrado finalmente implementarse- dejó descontentos a todos los sectores: los católicos sintieron que el gobierno de Aramburu no había apoyado esta iniciativa con fervor mientras que los liberales sintieron la renuncia de Romero. Pasará un tiempo hasta que el gobierno de Frondizi recupere este artículo, lo apruebe y posibilite la fundación de la UCA.

### **El CONICET y la ciencia argentina**

En enero de 1958, por medio del decreto-ley 1291, se creó el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), que dependía directamente del Poder Ejecutivo y que tenía como responsabilidad promover y financiar la actividad de investigación en el plano nacional. Este proyecto había comenzado a gestarse unos años antes por la iniciativa del nuevo gobierno y las peticiones concretas del grupo de los mencionados científicos. En el número 9 del año 1955, inmediatamente después del derrocamiento de Perón, la editorial de *CeI* expresaba la cordialidad con el nuevo gobierno:

“Nuestra revista, que nació en 1945, pudo sobrevivir la época más desfavorable que haya tenido nuestra historia para el progreso científico, y hoy, ante el triunfo de la Revolución Libertadora, alentamos la esperanza de que se inicie una era de verdadera democracia y libertad”<sup>135</sup>.

Nuevamente, las palabras de Cerejido resultan elocuentes para describir algunos sentimientos que afloraron con el cambio de gobierno:

---

<sup>135</sup> *Ciencia e Investigación*, “La ciencia necesita un ambiente de libertad” (editorial), año 11, n°9, 1955, pp. 433-434.

“Teníamos la sensación de que esa historia interrumpida en 1946, se reanudaría en esos momentos y con nosotros. De alguna manera pensábamos que el período peronista no había sido un segmento de historia argentina, algo que al país le hubiera sucedido o que los habitantes hubiéramos experimentado, sino una especie de vahído nacional, un lapso sin información ni memoria, del que por suerte ya nos estábamos recuperando”<sup>136</sup>.

Las reformas universitarias y la reincorporación de los “científicos proscritos” a sus antiguas cátedras habían sembrado un clima de cooperación entre las partes que perduraría por varios años. Mientras que en la universidad había sectores diferenciados (católicos y liberales, entre los que se encontraban algunos de estos científicos), en la organización de la ciencia nacional no quedó margen para las dudas: serían estos científicos reconocidos quienes le darían un impulso serio y necesario a las investigaciones de este país. Así apareció el CONICET cuyo primer directorio estuvo conformado por: Bernardo Houssay, Félix González Bonorino, Venancio Deulofeu, Eduardo Braun Menéndez, Fidel Alsina Fuertes, Luis Leloir, Alberto Sagastume Berra, Eduardo De Robertis, Humberto Ciancaglini, Rolando García, Ignacio Pirotsky, Alberto Zanetta y Lorenzo Parodi. A su vez se sumó un representante por la JICEFA y otro en que sería la voz de los organismos oficiales de cultura del país<sup>137</sup>. De estos miembros directivos se ha mencionado con anterioridad a cuatro de ellos en distintas circunstancias (Houssay, Braun, Leloir y Parodi). Otros, como González Bonorino y García, habían sido convocados por José Babini quien era interventor de la Facultad de Ciencias Exactas desde 1955.

En la primera reunión del directorio se designó a Houssay como presidente y a García como vicepresidente del CONICET. Pese a las coincidencias iniciales, rápidamente surgieron dos proyectos marcados y con concepciones diferentes entre los miembros directivos: por un lado, el grupo que se alineaba con Houssay –Braun, Deulofeu, Leloir y Parodi- tenía como objetivo “crear un sistema de financiamiento centrado en la filantropía y en aportes del Estado con el objetivo dominante de subsidiar proyectos de investigación y becas para el envío de investigadores al exterior”<sup>138</sup>. Sus destinatarios principales serían los investigadores de ciencia básica, especialmente la biomedicina. El otro grupo estaba

---

<sup>136</sup> Cerejido, M., *op.cit.*, p. 84.

<sup>137</sup> Hurtado, D., *op.cit.*, p. 107.

<sup>138</sup> Hurtado, D., *op.cit.*, p. 109.

liderado por García y González Bonorino, secundados por Pirotsky, Ciancaglini y Zanetta. Proponían un proyecto más amplio, en el cual el conocimiento científico se inscribiera en un marco de aplicaciones industriales, desarrollo económico y necesidades sociales<sup>139</sup>. Abogaban a su vez por el impulso de las ciencias sociales y por el fomento de las investigaciones en el interior del país. Dos grupos, dos proyectos y dos presupuestos: las primeras peleas, relacionadas con las asignaciones de las becas, no tardaron en llegar. Sin embargo, de acuerdo al testimonio de García las primeras tensiones internas con Houssay fueron superadas por la mediación de Braun Menéndez. En una conferencia realizada el 12 de mayo de 2006 en Buenos Aires, García recordaba lo siguiente:

“Las negociaciones internas fueron posibles gracias, en buena parte, a que pese a profundas diferencias ideológicas se priorizó siempre el desarrollo académico. Personajes como Eduardo Braun Menéndez –uno de los grandes científicos de la Universidad, profesor de la Facultad de Medicina y miembro del CONICET- o Venancio Deulofeu –jefe del Departamento de Química Orgánica de la Facultad-, a pesar de ser profundamente conservadores apoyaron nuestro proyecto. Su apoyo fue fundamental para, por ejemplo, traer la primera computadora que tuvo este país: Braun Menéndez fue quien convenció a Bernardo Houssay de abstenerse en la votación del Consejo del CONICET para aprobar el presupuesto correspondiente”<sup>140</sup>.

Finalmente, se lograron asignar subsidios para las Humanidades y las ciencias sociales. Pese a este hecho puntual, la línea de Houssay fue la más apoyada por el poder ejecutivo y por ende la que logró imponerse en el corto plazo. Sin embargo, la necesidad de actualizar las actividades científicas en el país y el entusiasmo por la novedad de contar con esta nueva institución salvarían las distancias entre los grupos.

Entre los logros inmediatos de este organismo se pueden destacar la aparición de la figura del investigador y el profesional de carrera (1961), el financiamiento de proyectos de distintas áreas y un programa nacional de becas para la investigación y otro de subsidios. Desde entonces, el CONICET ejerció decisiva influencia en la investigación científica del país<sup>141</sup>.

---

<sup>139</sup> *Ibidem*.

<sup>140</sup> García, R., “¿Hacia dónde van las universidades?”, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales (UBA), 2009.

<sup>141</sup> Sáenz Quesada, M., *op.cit.*, p. 435.

Por otro lado, el impulso que se le dio al Instituto Balseiro -creado en julio de 1955 pretendió recuperar la imagen de la física nacional desdibujada por el papelón del Proyecto Huemul y de Ronald Richter-, a la Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA) y a la tecnología aeronáutica suponían algunos puntos en común entre el peronismo y la “Libertadora”. Sin embargo, en estos tres ejemplos pese a la continuidad “temática” existió una clara reorientación político-científica luego del derrocamiento de Perón.

### **La Universidad Católica Argentina**

Si en algo estaban de acuerdo liberales y católicos a fines de la década del cincuenta era que la universidad pretendía algo más que emitir títulos. La idea de “formación integral” socavaba los ideales del cientificismo y la mera profesionalización<sup>142</sup>. Con la reglamentación del mencionado artículo 28 empezó a funcionar la Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires. Fundada por el Episcopado Argentino, se trataba de la consolidación de la tendencia más tradicionalista y conservadora de la Iglesia y la continuidad de los Cursos de Cultura Católica (a los cuales pertenecía el ICC). La continuidad, sin embargo, no se vio reflejada en la designación del rector: Octavio Derisi fue nombrado rector de la UCA relegando a Luis María Etcheverry Boneo, responsable de los CCC. El primer Consejo Superior estuvo integrado por Eduardo Braun Menéndez, Ángel Battistessa, Guillermo Blanco, Atilio Dell’Oro Maini, Agustín Durañona y Vedia, Luis María Etcheverry Boneo, Alberto Ginastera, Faustino Legón, Gerardo La Salle, Emiliano MacDonagh, Francisco Valsecchi, Amancio Williams y Ricardo Zorraquín. Tres integrantes del ICC (Braun, MacDonagh y Durañona y Vedia) se encontraban en la concreción de este anhelo histórico.

Al igual que en el CONICET, pronto surgieron discrepancias dentro del consejo directivo sobre el modelo que debía seguir esta nueva universidad y sobre su conducción. Quien plantó severas diferencias con la orientación y los modos que la universidad católica pretendía fue Braun Menéndez. Él creía que el proceso de formación de una universidad católica debía ser gradual, planificado y sólido. No aceptaba la aparición de un espacio

---

<sup>142</sup> Zanca, J., *op.cit.*, p. 120.

católico de enseñanza superior que naciera de la noche a la mañana, ni que su único aliciente sea el de dar títulos habilitantes<sup>143</sup>. Tampoco acordaba que primase el criterio de la catolicidad en la selección del personal docente en la universidad privada. En la edición de *CeI* de marzo de 1957, Braun argumentaba:

“Si los maestros elegidos tuvieran la alta categoría universitaria, científica y moral indispensable, nadie escudriñará su pasado, y nadie se interesará por sus ideas políticas o por sus tendencias en el campo católico”<sup>144</sup>.

Como se fue argumentando con anterioridad, Braun había abogado por la aparición de una universidad privada –como centros libres de investigación- y por la eliminación del monopolio del Estado en la emisión de títulos habilitantes durante muchos años. Sin embargo, al momento de la creación de la UCA sus desacuerdos fueron muy notorios con el resto de los directivos. Dadas las diferencias, decidió renunciar al Consejo Superior y su lugar fue ocupado por Mariano Castex<sup>145</sup>.

El presbítero Rafael Braun confirmaba la disconformidad de su padre en el surgimiento de la UCA en una carta que enviaba al diario *La Nación* el 3 de diciembre de 2007:

"El doctor Eduardo Braun Menéndez falleció el 16 de enero de 1959 en un accidente aéreo. Hasta el último día de su vida, nuestro padre manifestó su desacuerdo con el modelo universitario adoptado en la creación de la Universidad Católica Argentina (UCA). Hoy, una profusa publicidad de la UCA promociona becas con su nombre. En representación de sus ocho hijos vivientes, deseo informar que no hemos sido consultados para ello, y que tampoco hemos efectuado contribución económica alguna para solventarlas"<sup>146</sup>.

La aparición de la UCA consolidaba los sueños históricos del catolicismo de consolidar una casa de estudios capaz de emitir títulos. Ahora el objetivo a lograr era que

---

<sup>143</sup> Zanca, J., *op.cit.*, p. 123.

<sup>144</sup> *Ciencia e Investigación*, “Las etapas para la creación de una universidad privada”, año 13, núm. 3, marzo de 1957, p. 98.

<sup>145</sup> Como explica Zanca, Castex había criticado oportunamente a Braun desde la revista *Estudios*. Sin mencionarlo, Castex criticaba a quienes querían formar universidades “al modo de las antiguas academias griegas, (haciendo) surgir su esbozo universitario alrededor de núcleos de alta investigación”. Zanca, J., *op.cit.*, p. 125.

<sup>146</sup> Diario *La Nación*, Carta de lectores, 3 de diciembre de 2007.

esta institución posibilitara una transformación radical –política y educativa- y una “recristianización” de la sociedad<sup>147</sup>. El comienzo de la década del sesenta abrirá un nuevo panorama dentro de la discusión católica argentina.

\* \* \*

En este capítulo se pretendió analizar cómo prosiguieron los caminos de los mencionados científicos y de algunos sectores del catolicismo luego del derrocamiento de Perón. En primer lugar, se analizó que tantos unos como otros se sumaron en el desafío esencial que observaba este nuevo gobierno: “desperonizar” las instituciones y los sectores predominantes del país. Particularmente, en el ámbito educativo (universidad) y científico se vieron las contribuciones más importantes. En este sentido, el papel que jugaron algunos participantes del ICC fue, en algunos casos, crucial. En segundo lugar, se trató de ver cómo a partir de la “Revolución Libertadora” se concretaron algunos espacios que históricamente se venían reclamando, tanto por unos como por otros: un organismo público que administrara las investigaciones nacionales y que contara con científicos autorizados – CONICET- y un espacio católico, de enseñanza superior, con habilitación para emitir títulos habilitantes –UCA-. Este tiempo cerrará el círculo de dos luchas distintas que habían congeniado fugazmente en la organización de un instituto (el ICC) y que fueron descriptas en esta investigación. La posibilidad de acercamiento entre los “científicos proscritos” y algunos sectores del catolicismo como respuesta a las políticas del peronismo quedó desechada a partir de la “Libertadora”: con la acalorada discusión entre católicos y liberales –que tocaba diversos puntos de la realidad nacional- la separación fue inminente. Aun así, científicos como Houssay y Braun apoyaban el surgimiento de universidades “libres”, sin estar de acuerdo con los lineamientos de los sectores católicos nacionales. Por último, se intentó demostrar en este capítulo que en la organización de la universidad y la ciencia nacional luego de 1955, las voces de estos dos reconocidos científicos por momentos fueron o bien discutidas y no necesariamente aceptadas o manifestaban sus desacuerdos con los nuevos lineamientos que otros sectores buscaban promover.

---

<sup>147</sup> Zanca, J., *op.cit.*, p. 125.

## Conclusiones

En el libro *Pensar la Argentina*, Roy Hora y Javier Trímboli le preguntan a Juan Carlos Torre sobre el porqué de su fascinación por el peronismo y él responde:

“Recuerdo la frase en la que Furet (en *Pensar la Revolución*) afirmaba que del hecho de que la Revolución Francesa tuviera sus causas no había que concluir que su historia estuviera toda contenida en ellas. En ese momento, esa frase me permitió distinguir y valorizar tanto el contexto previo como la coyuntura específica en la que emergió y se formó el peronismo.

En ese libro, Furet sostiene, además, que la Revolución Francesa ejerce sobre los franceses una atracción irresistible, y se interroga luego, por la vigencia de esa atracción; se pregunta si ésta se ha ‘enfriado’ o no. Yo apenas hice un cambio porque vi en esa frase el eco de una obsesión argentina. Efectivamente, apenas uno reflexiona un minuto comprueba que el peronismo es el hecho organizador de toda una obsesión política y cultural de la generación post ’55, la cual no puede sino volver y volver sobre él: hasta que uno no ajusta cuentas con el hecho peronista es difícil pensar otra cosa. Y para conocer la naturaleza de ese fenómeno que hace vibrar, desde el punto de vista cultural y político, a dicha generación escribo mi libro (*La vieja guardia sindical*) comenzando con esa frase (‘El estudio del peronismo ejerce una atracción especial entre nosotros’), y en ese nosotros me incluyo naturalmente yo”<sup>148</sup>.

Esta expresión de Torre vuelve con fuerza a la hora de esbozar unas palabras finales en esta investigación. Retornar al peronismo –o al antiperonismo- implica situarse en el período del siglo XX que más preocupó a los historiadores nacionales e internacionales en relación al pasado del país. Y pese a que las causas sobre sus orígenes, su organización, sus mecanismos y sus políticas en mayor o menor medida ya se encuentran establecidas, aún restan historias por escribir. Esta investigación intenta ser una demostración de que la historia relacionada con el peronismo afortunadamente se encuentra inconclusa.

Sin embargo, este trabajo no pretende ubicarse necesariamente como un trabajo sobre el peronismo. De hecho, tanto Perón, como actor individual, como el peronismo, como espectro ideológico-organizativo, tuvieron un rol tangencial en esta investigación. Se intentó reflejar prioritariamente cómo habían llegado los científicos y algunos sectores de la

---

<sup>148</sup> Hora, H. y Trímboli, J., *Pensar la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1994, p. 201.

Iglesia Católica a consolidar un espacio privado de ciencia y cultura en tiempos en los cuales el peronismo había ocupado todos los espacios. Y se pretendió visualizar qué sucedió con estos grupos después de la experiencia peronista para visualizar que este recorrido estuvo plagado de identificaciones y desacuerdos ideológicos de todo tipo. Desde el lado “científico”, los desacuerdos con el peronismo existieron antes de que Perón llegase al poder. El público reclamo que Houssay y otros tantos dirigieron al GOU y las aspiraciones del peronismo por organizar la universidad y la ciencia nacionales provocó el irreconciliable distanciamiento de las partes. A su vez, las diferencias políticas y científicas (ciencia básica versus ciencia aplicada) impidieron cualquier tipo de reconocimiento de legitimidad entre unos y otros. En esta contienda, la exclusión de estos reconocidos científicos –que estaban amalgamados desde antes del GOU- de la esfera pública los llevó a desenvolverse en espacios privados durante la década peronista. Esto coincidió también con la intención de algunos científicos de desarrollar institutos privados de ciencia –no necesariamente católicos- siguiendo los modelos internacionales de esos tiempos. Los avatares políticos y el desenvolvimiento del Estado nacional intensificarían la ruptura entre estos científicos y el gobierno y provocarían una regulación más profunda de los distintos espacios científicos y culturales del país. Con la llegada de la “Libertadora”, estos científicos no sólo recuperarían sus antiguos puestos sino que se encargarían de la reorganización de la universidad y de la ciencia nacional –aunque algunos como Braun no estaban convencidos de que esto fuera posible-, consolidando particularmente un proyecto por demás ambicioso: el CONICET.

Desde el lado católico, la relación con el peronismo se había desenvuelto en una lógica de “grises” que a partir de la década del cincuenta se fue agravando hasta la colisión. Con un Estado en plena expansión y un movimiento social apuntalado, la Iglesia tuvo que reacomodarse en este escenario y consolidar sus espacios de intervención y autonomía. En otras palabras, debió diferenciarse del peronismo para lograr cierto margen de maniobra y responder a los embates que cuestionaban su autoridad. A su vez, en esta coyuntura repercutieron fuertemente los lineamientos que provenían de Roma sobre la promoción de espacios de investigación y enseñanza católica. Con la opción de una universidad católica por el momento descartada, los Cursos de Cultura Católica, primero, y el Instituto Católico

de Cultura, después, cumplieron esa función. Sobre todo en el segundo, se empezó a vislumbrar un sutil desprendimiento de algunos sectores más liberales dentro del catolicismo con la promoción de la enseñanza tomista tradicional. En su afán de consolidar espacios autónomos y de seguir los lineamientos culturales de Roma la creación de nuevos cursos se realizó en un escenario poco proclive para hacerlo. Con la caída del gobierno de Perón –pretendida también por sectores de un catolicismo disconforme- un nuevo panorama se plantaba: la participación directa del catolicismo en la organización de la educación y la cultura que no estuvo exenta de reparos y cuestionamientos y la posibilidad de concretar el anhelo de la Universidad Católica Argentina.

En el medio, el Instituto Católico de Ciencias conjugó diversos intereses -históricos y coyunturales, científicos y católicos- y actuó como respuesta frente a la intervención del gobierno de Perón en el plano universitario-científico como también religioso-cultural. Braun Menéndez sirvió como ideólogo, promotor y administrador de esta propuesta de calidad, patrocinada por la jerarquía y llevada adelante por laicos. Pese a su corta duración, queda el recuerdo de organizadores y participantes que destacaban el nivel de las temáticas y las metodologías que no respondían a los lineamientos de la educación pública. Estas diferencias, como las políticas, produjeron su abrupto cierre en manos de las fuerzas oficiales: incluso Perón reconocería tiempo después su sospecha en relación a este tipo de espacios.

La visión de la historia que inspira esta investigación es que la etapa peronista probó a fuego la capacidad de resistencia y autonomía, por un lado, y las aspiraciones, por el otro, de científicos y católicos posibilitando un nuevo horizonte para cada uno de ellos luego de 1955. Estos horizontes resultaron funcionales a la política del nuevo gobierno que se propuso “desperonizar” las instituciones del país. Se observó también, a lo largo de la investigación, que las relaciones políticas tuvieron un especial talante a la hora de posicionar, tanto a científicos como a católicos, en un rol -protagónico o secundario- en la ciencia y la educación nacional.

Volviendo a los conceptos de Torre y Furet, la vigencia sobre el peronismo llega a estos días. La discusión sobre el peronismo evidentemente no se ha enfriado. Por el contrario, tanto en lo académico (desde la investigación y la producción escrita) como en la opinión pública se siguen poniendo bajo interpretación y discusión tanto el peronismo como su autoproclamado heredero actual, el kirchnerismo. A partir de lo trabajado en esta investigación, se podrían establecer relaciones entre la historia y la actualidad en temas como la relación entre Estado y ciencia, Estado y educación, gobierno e Iglesia Católica, gobierno e intelectualismo desde la lógica peronista. El pasado bien estudiado es capaz de iluminar el presente, de la misma manera que el presente colabora al dirigir la atención a temas de la historia que tal vez habían sido pasados por alto. Sin embargo, como afirma John H. Elliot “esto no da ninguna licencia a los historiadores para imponer la agenda de su propia época sobre el pasado”<sup>149</sup>. En esta investigación no se puede descifrar acertadamente qué fue lo que primó. De todos modos, reinterpretar y redefinir las continuidades y las rupturas sería un sólido primer paso para profundizar la mirada del pasado y del presente en esta materia. Aunque tal vez el peronismo siempre sea un problema de perspectiva al cual indefinidamente haya que volver, una y otra vez.

---

<sup>149</sup> Elliot, J., *La rebelión de los catalanes. Un estudio sobre la decadencia de España (1598-1640)*, Madrid, Siglo Veintiuno, 1977.

## Bibliografía

### Fuentes primarias

BARRIOS MEDINA, A. y PALADINI, A., *Escritos y Discursos del Dr. Bernardo A. Houssay*, Buenos Aires, Eudeba, 1969.

DERISI, O., *La Universidad Católica en el recuerdo: a los veinticinco años de su fundación*, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, 1983.

Discursos de PÍO XII (1950-1952). Disponibles en la web del Vaticano.

BARRIOS MEDINA, A. y PALADINI, A., *Escritos y Discursos del Dr. Bernardo A. Houssay*, Buenos Aires, Eudeba, 1969.

FOGLIA, V. G. y DEULOFEU, V. (editores), *Bernardo A. Houssay, Su vida y su obra, 1887-1971*, Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Buenos Aires, 1971.

HOUSSAY, B., “Vida y obra científica de Eduardo Braun Menéndez (1903-1959)”, *Ciencia e Investigación*, No.4 y 5, 1959.

PERÓN, J., “Discurso del presidente de la nación argentina general Juan Perón. Acto de homenaje tributado por las universidades argentinas al otorgársele el título de doctor ‘honoris causa’”, Buenos Aires, 1947.

-----, “La cultura a través del pensamiento de Perón, Buenos Aires”, Presidencia de la Nación, Secretaría de Prensa y difusión, 1954.

-----, *La fuerza es el derecho de las bestias*, Montevideo, Ediciones Cicerón, 1958.

Revista *Ciencia e Investigación*.

Revista *Criterio*.

### Fuentes secundarias

#### a) Contexto político, económico y cultural

BELINI, C., *La industria peronista: 1946-1955, políticas públicas y cambio estructural*, Buenos Aires, Edhasa, 2009.

- BERROTARÁN P., JÁUREGUI A. y ROUGIER M. (eds.), *Sueños de bienestar en la Nueva Argentina: estado y políticas públicas durante el peronismo*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2004.
- BERROTARÁN, P., “Funcionarios y Gobierno en la Nueva Argentina”, *Primer congreso de estudios sobre el peronismo: la primera década*, Universidad de Mar del Plata, 2008.
- GAMBINI, H., *Historia del peronismo*, Buenos Aires, Planeta, 1999.
- GENÉ, M., *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo, 1946-1955*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica – Universidad de San Andrés, 2005.
- GERCHUNOFF, P. y LLACH, L., *El ciclo de la ilusión y el desencanto*, Buenos Aires, Ariel, 2003.
- HALPERÍN DONGHI, T., *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel, 1994.
- JAMES, D. (dir.), *Nueva Historia Argentina*, t. IX, *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.
- LUNA, F., *Perón y su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, primera edición unificada, 1992.
- , *Historia integral de la Argentina: El largo camino a la democracia*, Buenos Aires, Planeta 1997.
- NOVARO, M., *Historia de la Argentina: 1955-2010*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2011.
- PAGE, J., *Perón, una biografía*, Buenos Aires, Grijalbo, 1999.
- PLOTKIN, M., *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Caseros, Eduntref, 2da. Edición, 2007.
- , “Perón y el peronismo: un ensayo bibliográfico”, *Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe*, Vol. 2, No. 1, 1991.
- RAMALLO, J., *Etapas históricas de la educación argentina*, Buenos Aires, Fundación Nuestra Historia, 2002.
- REIN, R., BARRY, C., ACHA, O., QUIROGA, N., *Los estudios sobre el primer peronismo: aproximaciones desde el siglo XXI*, La Plata, Instituto Cultural de la Provincia de Buenos Aires, 2009.

ROMERO, L., “Democracia, república y estado: cien años de la experiencia política en la Argentina” en *Argentina 1910-2010. Balance del Siglo*, Russel, R. (Ed.), Buenos Aires, Alfaguara, 2010.

SAÉNZ QUESADA, M., *La Libertadora: 1955-1958*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.

SIDICARO, R., *Los tres peronismos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

SORIA, C., CORTÉS ROCCA, P. y DIELEKE, E., (eds.), *Políticas del sentimiento: el peronismo y la construcción de la Argentina moderna*, Buenos Aires, Prometeo, 2010.

TORRE, J. (dir.), *Nueva Historia Argentina*, t. VIII, *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2002.

WALDMANN, P., *El peronismo 1943-1955*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.

### **b) Contexto de la ciencia argentina**

CEREIJIDO, M., “Braun Menéndez nos falta por todas partes”, *Ciencia Hoy*, Vol.1, No.3, abril-mayo de 1989.

-----, *La nuca de Houssay*, México, Fondo de Cultura Económica, 2000.

DE ASÚA, M. y BUSALA, A., “Instituto Católico de Ciencias (1953-1954). Más en la leyenda que en la historia”, *Criterio*, No. 2368, marzo de 2011.

DE ASÚA, M., *Una gloria silenciosa: dos siglos de ciencia en la Argentina*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2010.

DOSNE PASQUALINI, C., “La gran tradición. Houssay, Braun Menéndez, Leloir, De Robertis, Milstein”, *Medicina (Buenos Aires)*, Vol.71, No.1, enero-febrero de 2011.

FELD, A., “El Consejo Nacional de Investigaciones: Estado y comunidad científica en la institucionalización de la política de ciencia y tecnología Argentina (1943-1966)”, *Conocer para Transformar. Producción y reflexión sobre Ciencia, Tecnología e Innovación en Iberoamérica*, Caracas, UNESCO, 2010.

GARCÍA, R., “¿Hacia dónde van las universidades?”, Buenos Aires, Facultad de Ciencias Exactas y Naturales (UBA), 2009, disponible en línea.

HURTADO, D. y BUSALA, A., “La divulgación como estrategia de la comunidad científica argentina: La revista Ciencia e Investigación (1945-48)”, *Redes*, Vol. 9, No. 18, junio de 2002.

-----, “De la ‘movilización industrial’ a la ‘Argentina científica’: La organización de la ciencia durante el peronismo (1946-1955)” en *Revista Da Sbhc*, Rio de Janeiro, v. 4, n. 1, p. 17-33, ene | jun 2006.

HURTADO, D. y FELD, A., “Los avatares de la ciencia”, *Nómada*, Universidad de San Martín, No. 12, agosto de 2008.

HURTADO, D., *La ciencia argentina: un proyecto inconcluso*, Buenos Aires, Edhasa, 2010.

IRIARTE, C. y SCALISE, S., “Perón y la Ciencia”, *Primer congreso de estudios sobre el peronismo: la primera década*, Universidad de Mar del Plata, 2008. Disponible en: <http://redesperonismo.com.ar/archivos/CD1/SC/iriarte.pdf>.

JAIM ETCHEVERRY, J., “La concepción universitaria de Eduardo Braun Menéndez”, *Medicina (Buenos Aires)*, Vol. 60, No.1, 2000.

MONTSERRAT, M. (comp.), *La ciencia en la Argentina entre siglos: textos, contextos e instituciones*, Buenos Aires, Ediciones Manantial, 2000.

VESSURI, H., "Science in Latin America" en KRIGE, J. y Pestre, D. (eds.), *Science in the Twentieth Century*, Amsterdam, Harwood Academic Publishers, 1997.

### **c) Contexto de la Iglesia Argentina**

BIANCHI, S., *Catolicismo y peronismo. Religión y política en la Argentina. 1943-1955*, Tandil, Trama Editorial-Prometeo Libros- IEHS, 2001.

BRUNO, C., *Vida y acción del padre Luis María Etcheverry Boneo*, Buenos Aires, Cristo Sacerdote, 1996.

CAIMARI, L., *Perón y la Iglesia Católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1994.

DI STEFANO, R y ZANATTA, L., *Historia de la Iglesia argentina: desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Grijalbo, 2000.

LIDA, M., “Catolicismo y peronismo: la zona gris” (en línea), *Ecos de la Historia*. Disponible en: [www.academia.edu/732910/Catolicismo\\_y\\_peronismo\\_la\\_zona\\_gris](http://www.academia.edu/732910/Catolicismo_y_peronismo_la_zona_gris).

-----, “El catolicismo de masas en la década de 1930 en la Argentina”, artículo en prensa, Universidad Nacional de Tucumán, 2009.

RIVERO DE OLAZÁBAL, R., *Por una cultura católica*, Buenos Aires, Claretiana, 1986.

#### **d) Intelectuales**

ADAVMOSKY, E., “El régimen peronista y la confederación general de profesionales: orígenes intelectuales e itinerario de un proyecto frustrado (1953-1955)”, *Desarrollo económico*, Vol.46, No.2, 182, julio-septiembre de 2006.

BAUMAN, Z., *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad y la posmodernidad*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2005.

BOBBIO, N., *La duda y la elección. Intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, Barcelona, Paidós, 1998,

BUCHBINDER, P., *Historia de las universidades argentinas*, Buenos Aires, Sudamericana, 2006.

BARSKY, O., DEL BELLO, J., GIMÉNEZ, G., *La universidad privada argentina*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2002.

FIORUCCI, F., *Intelectuales y peronismo, 1945-1955*, Buenos Aires, Biblos, 2011.

FURET, F., *Pensar la revolución francesa*, Barcelona, Petrel, 1980.

HORA, H. y TRÍMBOLI, J., *Pensar la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 1994.

TERÁN, O., *Historia de las ideas en Argentina: diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 2008.

ZANCA, J., *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad: 1955-1966*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.

-----, *Cristianos antifascistas: conflictos en la cultura católica argentina, 1936-1959*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2013.